ENRIQUE PATIÑO

LOS TENIENTES DE ARTIGAS

ANDRESITO
BLAS BASUALDO - FERNANDO OTORGUÉS
MANUEL VICENTE PAGOLA
PEDRO CAMPBELL

MONTEVIDEO
IMPRESORES: A. MONTEVERDE & CÍA.
1936



LOS TENIENTES DE ARTIGAS

ENRIQUE PATIÑO

LOS TENIENTES DE ARTIGAS

ANDRESITO
BLAS BASUALDO - FERNANDO OTORGUÉS
MANUEL VICENTE PAGOLA
PEDRO CAMPBELL

MONTEVIDEO
IMPRESORES: A. MONTEVERDE Y CÍA.
1936

A la memoria de
Feliciano Patiño
soldado de Artigas.
Muerto en la ba-
talla de Sarandí
en las filas de los
Dragones de la
Unión

PRÓLOGO

Los tres primeros de estos estudios histórico - militares que refieren a Andresito Artigas, Blas Basualdo y Fernando Otorgués fueron ya publicados en 1934 y 1935, en la Revista Militar y Naval. La publicación respondió al propósito de atraer rectificaciones y aclaraciones, con la exhibición de documentos que pudieran existir en el dominio privado, y cuyo conocimiento contribuyese a esclarecer los pasajes oscuros de nuestro proceso histórico y las versiones corrientes sobre la accidentada existencia de sus actores.

Algunas indicaciones llegaron, efectivamente, al autor acerca de la vida y hechos de los personajes históricos que antes se nombran. Pero todas ellas, con excepción de la que se indicará a su debido tiempo, resultaron confusas o contradictorias, y algunas en abierta pugna con la estructura documental de estos estudios. Se prefirió, entonces, que ellos vean nuevamente la luz sin modificaciones importantes, lo que no significa que dejen de ser susceptibles de nuevas y más ajustadas interpretaciones.

*
* *

En el curso de estos trabajos, su autor ha debido juzgar con cierta severidad, aunque sin acritud alguna, a diversas figuras de los anales rioplatenses que, en la gran-

diosa epopeya que vivieron los orientales — según la anticuada denominación — desde 1811 a 1820, estuvieron, fuera de confines, contra sus anhelos, derechos e intereses.

Ha de entenderse que esa censura sólo alcanza al personaje en relación al hecho determinado, a los móviles que le impulsaron y a los resultados adversos que pudo producir para la causa nativa, o contra la idea federalista que Artigas encabezaba, pero que no llega a los demás aspectos y antecedentes de su personalidad.

Ha de entenderse, asimismo, y mejor aún, que el reproche no va dirigido en absoluto a sus países respectivos, porque la nación argentina nunca se solidarizó con la política del centralismo porteño respecto de los orientales, y porque el Brasil, por boca de sus escritores militares más reputados, desautorizó los procedimientos usados por algunos comandantes de tropas en la guerra de 1816 - 1820.



ANDRESITO

ANDRESITO

Andrés Guacurarí, que alcanzó el grado de coronel en el ejército artiguista, es una figura histórica injustamente olvidada. Su nombre de pila con el apellido del Jefe de los Orientales aparece apenas en los manuales de historia nacional, con brevísima mención de los hechos políticos y de guerra en que intervino.

Sin embargo, excluídos Otorgués, Latorre y Rivera, fué el coronel Andrés Guacurarí quien, en la guerra contra los luso-brasileños de 1816-1820, tuvo a sus órdenes columnas más numerosas; el que, con mando independiente, más combates libró con varia fortuna, sin el arte o la ciencia de los militares de carrera, es cierto, pero con la inteligencia, el tesón, el valor y la actividad de los mejores capitanes de las guerras irregulares de Sud América.

En lo que atañe al orden político, ni el propio Rivera alcanzó durante el mando de Artigas una posición tan significativa como la de Andresito, que en 1818-1819 ejerció al mismo tiempo que la comandancia general de Misiones, el cargo de teniente gobernador de Corrientes.

La malquerencia casi unánime de los historiadores argentinos para Artigas — que algunos escritores uruguayos han compartido, dando más valor a la leyenda caprichosa que forjaron sus enemigos políticos y personales, que a los enunciados fríos pero definitivos de los documen-

tos — recayó también sobre sus tenientes, con implacable rigor.

No obstante, la exégesis histórica, ejercida por espíritus ya libertados de las terribles pasiones políticas, que oscurecieron durante medio siglo muchas de las claras inteligencias de ambas márgenes del Plata, ha reducido a polvo vano las páginas calumniosas y de encendida pasión escritas contra el Jefe de los Orientales. Está completamente demostrado que cargando con sus propias faltas y también con las culpas de que sólo debieran ser responsables algunos de sus comandantes subordinados, aún habiendo cometido errores que una crítica despiadada de sus actos quiso transformar en delitos, hubo en su personalidad histórica méritos sobrados para que se le concediese la amplia rehabilitación moral que, iniciada en el Congreso de Wáshington, culminó con la erección de su estatua en la plaza pública.

Pero los nombres de muchos de los que fueron sus segundos en el decenio de su figuración política y militar permanecen oscurecidos, o desfigurada su actuación por el cúmulo de oprobios y exageradas imputaciones que contra ellos se vertieron.

En homenaje a la verdad que es eterna y a la justicia inmutable en sus leyes, hay que iniciar el juicio reivindicatorio que consagre en su aspecto verdadero a esas figuras de segundo plano que, incultas e instintivas como eran, contribuyeron con su heroísmo, con sus angustias, con sus luchas desesperadas a la formación de la conciencia y el sentimiento de una nueva nacionalidad.

**SU ORIGEN. — SU EDUCACIÓN.
SU TÁCTICA.**

El origen de Andrés Guacurarí, más conocido por Andrés Artigas y en su época sólo como Andresito, es oscuro. Algunos historiadores le suponen, sin fundamento alguno, nacido en la antigua población de Santo Tomé, en las Misiones occidentales. Pero el canónigo Gay que fué vicario de San Borja recogió el testimonio de algunos indios ancianos de esta población que, conociendo a Andresito desde niño, le aseguraron que había visto la luz en ella. (1)

San Francisco de Borja, que tal fué el nombre primitivo del pueblo, está situado dentro del territorio misionero que hasta el año 1801 perteneció a la Banda Oriental o provincia de Montevideo.

De pura sangre guaraní, Andresito vivía con su madre la existencia de verdadera esclavitud, de duro trabajo y mezquina retribución que las reducciones jesuíticas impusieron a los aborígenes y que los luso-brasileños, nuevos ocupantes del país, agravaron con su severidad. Pero el anhelo de independencia y el sentimiento de protesta contra los sucesivos opresores palpitaban en el espíritu del joven indio, como en el de los demás hombres de su valerosa nación.

Cuando el general Diego de Souza invadió la Banda Oriental con un ejército luso-brasileño para sostener el tambaleante poder español, las tribus charrúas y guaraníes que habitaban las Misiones huyeron ante los invasores y se presentaron al Jefe de los Orientales, cuyo

---

(1) "A Republica Gesuitica do Paraguay".

cuartel general estaba en el Daymán. En ellas iba Andresito.

Como la mayor parte de los hombres de su nación, Andresito sabía leer y escribir y tocaba algún instrumento musical. Posteriormente adquirió nuevos conocimientos llegando a ser más instruído de lo que pudiera suponerse. Hablaba y escribía en tres idiomas: el guaraní nativo, el español y el portugués, como se desprende de su correspondencia oficial y privada y de las proclamas a sus compatriotas.

"Andrés Artigas, dice un historiador correntino, es en los sucesos de la época una figura compleja. Su ilustración, agrega, es indiscutida. Su letra y firma claras y firmes revelan una cultura definida" (2).

Cuando Artigas convocó las provincias que seguían sus banderas para celebrar un congreso de diputados en Mercedes, en 1815, Andresito integraba las diputaciones de Corrientes y Misiones, lo que poniendo fuera de sí al historiador Vicente F. López, le hizo exclamar que el jefe indígena era uno de los "bajos y estúpidos tenientes a propósito para el general que los empleaba" (3).

El proyectado congreso de Mercedes fracasó por la inminencia de la invasión luso-brasileña, que obligó a los orientales a empuñar de nuevo las armas momentáneamente abandonadas. Si las ideas federalistas de Artigas sostenidas entonces por seis provincias hubiesen triunfado, Andresito habría sido enaltecido como Güemes y otros heroicos rebeldes, porque los cronistas de historia que en nuestras tierras de América destilaban odio sobre

(2) Dr. Hernán F. Gómez: "Hist. de la Prov. de Corrientes".
(3) "La Revolución Argentina". Cap. IV.

los vencidos tienen generalmente propicia la pluma para los vencedores...

"Pertenecía Andresito, dice Zinny, a una raza inofensiva, amable y bien dispuesta" ([4]). Su despejo, su valentía, su buen corazón, su lealtad, le señalaron de tal manera a la atención de Artigas, cuya perspicacia para conocer a los hombres le fué reconocida por sus más acérrimos enemigos, que llegó a considerarle como hijo de adopción, autorizándole a llevar su apellido.

Los charrúas y guaraníes que se incorporaron al Jefe de los Orientales fueron los que libraron los últimos combates contra la invasión luso-brasileña de 1811, constituyendo la retaguardia imperforable mientras el pueblo oriental continuaba la marcha detrás de su caudillo, buscando, como la tribu de Israel en pos del Arca de la Alianza, en la leyenda bíblica, su tierra de promisión. El contingente indio, afirma Arreguine, valió de mucho en esta ocasión. Los enemigos fueron lanceados más de una vez por caciques oscuros y turbas sin nombre ([5]).

En el campamento del Ayuí y en las nuevas operaciones militares hasta el segundo sitio de Montevideo, así como en las luchas contra las tropas porteñas de ocupación, Andresito siguió la suerte de su padre adoptivo. En el apogeo del poder político de éste, en 1815, la figura del caudillo guaraní se destacó netamente: era ya capitán de Blandengues y, a nombre de Artigas, se encargaba del gobierno de Misiones.

"En su gran empresa política, dice Gay, contó Artigas con la cooperación de los indios misioneros, cuyo espíritu

---

(4) "Hist. de los Gobernadores". T. II.
(5) "Hist. del Uruguay". Cap. XXXVIII.

había preparado" (6). Andresito fué para él "un instrumento maravillosamente idóneo", a quien sus hermanos de raza acogieron con entusiasmo; inteligente como era comprendió las ideas de su padre político y aceptó la misión de defenderlas con la constancia y el valor con que lo hizo.

Andresito se formó militarmente en el cuerpo de Blandengues, que Artigas mandaba en persona y que constituía el núcleo principal de sus fuerzas. Este antecedente explica sus ideas de organización y disciplina, pues Artigas que sirvió durante catorce años en las tropas regulares españolas contrajo severos hábitos militares, que transmitía a sus subordinados.

Fué el mismo Artigas quien practicando los conocimientos militares adquiridos en las filas hispánicas ideó, además, la táctica llamada de la montonera. Consistía, según el general José M. Paz, que más tarde tuvo que combatirla, "en llegar a presencia del enemigo y sin desmontarse desplegaban en guerrillas y cuando habían llegado a la distancia conveniente echaban pie a tierra quedando uno con los dos caballos y avanzándose el compañero de algunos pasos para hacer fuego, el que continuaba mientras se creía conveniente. Algunas veces se conservaba a caballo el uno teniendo de la rienda el caballo del que se había desmontado. Si eran cargados y se veían precisados a perder terreno, saltaban en sus caballos con rara destreza, y antes de un momento habían desaparecido; si, por el contrario, huía el enemigo montaban con igual velocidad para perseguirlo y entonces

---

(6) Ob. cit.

obraban como caballería, aunque sus armas no fuesen las más adecuadas" ([7]).

Esa fué la táctica que empleó generalmente Andresito, muy semejante a la que usaron los boers de Sud Africa en la guerra contra los ingleses de 1899 - 1901, obligados por su inferioridad en número, recursos y armamento ([8]). Los luso - brasileños que la ignoraban creyeron obtener grandes victorias cuando el caudillo indígena eludía la acción de sus armas, dispersando a los fieles guaraníes para reunirlos sin dificultad cuando era oportuno.

CAMPAÑA DEL PARANÁ EN 1815

El 15 de octubre de 1814 el Congreso de la Asunción designó "Dictador del Paraguay" al doctor Gaspar Rodríguez de Francia, concediéndole extensos poderes por el plazo de tres años.

Sabedor de la elección, el Jefe de los Orientales envió poco tiempo después uno de sus oficiales con el objeto de presentar sus plácemes al doctor Francia por el cargo que le había sido asignado, y para prevenirle que el gobierno de Buenos Aires, a cuya cabeza estaba entonces el director Posadas, realizaba gestiones secretas para establecer la monarquía con un príncipe europeo en los territorios del antiguo virreinato, asegurándose así los porteños una situación de preeminencia sobre las demás provincias que fueron del mismo.

El dictador paraguayo se limitó a manifestar su agradecimiento, sin tomar en cuenta las insinuaciones de

(7) "Memorias póstumas". T. I.
(8) Gral. C. De Wet: "Tres años de guerra".

Artigas para sostener el régimen republicano (9). Tal actitud desconsiderada o egoísta era vejatoria para la dignidad y el poderío de Artigas, que en aquel período dominaba el escenario rioplatense; pero pronto se percató el Jefe de los Orientales que la disposición de ánimo de Francia era, además, netamente contraria a sus miras políticas.

"Ojo alerta siempre con los paraguayos, le escribía Artigas a Andresito en junio de 1815. Acaban de interceptarles en el Paraná una carta que remito a usted en copia, y por ella verá usted que así Alvear como Francia están unidos contra nosotros. Que Buenos Aires le mandaban armas y municiones, las que se han comisado igualmente". La carta interceptada era dirigida por Nicolás Herrera, secretario del Estado de Buenos Aires, a Juan P. Robertson (10) y lucía la fecha de treinta y uno de marzo de aquel año; su texto justificaba la razón que asistía al Jefe de los Orientales para hacer vigilar con la escuadrilla que mandaba Campbell el tráfico comercial del Paraná. "Va la licencia que usted solicita para llevar los quince fusiles con sus municiones. El señor director Alvear me ha encargado prevenga a usted para que lo haga presente al señor doctor Francia que le dará veinticinco fusiles por cada cien paraguayos que le remita de aquella provincia para reclutas de estos regimientos, y proporcionalmente pólvora y municiones; puede usted asegurárselo así en la inteligencia que se cumplirá y se darán

(9) C. Bóglich: "El dictador del Paraguay".

(10) Comerciante inglés y contrabandista de armas. Con su hermano W. P. Robertson, que ejerció iguales oficios, escribieron la obra "Letters on South America", en la que fustigaron apasionadamente al Jefe de los Orientales y a sus tenientes.

garantías o fianzas si se quiere: lo que interesa es la brevedad" ([11]).

Con el pretexto de que las fuerzas artiguistas cometían desmanes en la frontera del Paraguay, el dictador Francia envió una columna de las tres armas, al mando del capitán Francisco Antonio González, en agosto de 1815, para ocupar los cinco pueblos misioneros de la margen oriental del Paraná, entre ellos Candelaria, donde debía residir el teniente gobernador de la provincia de Corrientes en tiempo de guerra y cuando las necesidades lo exigiesen, según lo mandaba un decreto del director Posadas, del diez de setiembre de 1814 ([12]).

Al saber la invasión Artigas usó primeramente de las vías pacíficas para que quedaran libres las misiones paranaenses.

"Los paraguayos si quieren vivir en tranquilidad con nosotros, le escribía el Jefe de los Orientales a Andresito el treinta y uno de agosto, que repasen el Paraná y se pongan en las fronteras de la república. Nadie ha reconocido por frontera al pueblo de Candelaria y mucho menos después que los naturales desengañados buscan nuestra protección. Usted escríbale a González que nada tiene que hacer en el pueblo de Candelaria sino del otro lado: y que éste es el modo de conservar la buena armonía que solicita usted. Según insinué a usted mismo anteriormente, marche con toda su gente hacia aquel punto hasta obligarlos a que lo desamparen". ([13])

---

(11) Museo Mitre "Contrib. Document. a la Hist. del R. de la Plata". T. IV.

(12) A. Zinny: "Historia de los Gobernadores". T. II.

(13) Museo Mitre. Idem, ídem.

Poco duró el gobierno establecido por González a nombre del "Dictador del Paraguay". Con sus corsarios que comandaba el valeroso Pedro Campbell, Artigas hizo inspeccionar los buques que remontaban el Paraná con mercaderías y decomisar las armas de guerra que llevaran. Al mismo tiempo Andresito ejecutaba la orden de desalojar a los paraguayos de los pueblos que ocupaban.

Investido por primera vez con un mando militar independiente, el caudillo guaraní se mostró como verdadero comandante de tropas. Con sus fuerzas sólidamente organizadas y sometidas a una severa disciplina, se puso en marcha en los primeros días de setiembre con quinientos hombres de infantería y caballería, desde la margen occidental del Uruguay a la oriental del Paraná.

Iba como segundo jefe y a la vez como capellán de esa tropa, fray José Acevedo, que sobre su hábito sacerdotal llevaba con gallardía los arreos militares, como aquellos obispos españoles que en las guerras contra los moros vestían la coraza sobre la muceta y cargaban la espada al cinto. La vanguardia de doscientos cincuenta hombres, también de infantes y jinetes, fué confiada al capitán Manuel Miño, español y uno de los más avezados guerreros de la época.

Andresito enfermó durante las marchas, pero sin dejar de mano las medidas militares del caso. Desde San Carlos intimó la entrega de Candelaria al oficial paraguayo que la comandaba en reemplazo de González que se había retirado al Paraguay, y puso la mitad de sus tropas a las órdenes de fray José, para que cooperara con Miño a la toma de la plaza [14].

(14) Intimación de Andresito al Cap. Isasi. Museo Mitre. Ob. cit.

El capitán José Isasi, jefe de una guarnición de trescientos hombres con dos bocas de fuego, entabló negociaciones dilatorias en espera de socorros, pretextando no tener órdenes precisas para pactar. Pero, de acuerdo con las directivas de Andresito, fray José celebró con sus oficiales un consejo de guerra, resolviéndose el ataque.

El 16 de setiembre tuvo lugar el asalto. Ambos adversarios disponían de abundantes municiones y el fuego duró muchas horas, comportándose con gran valor tanto los sitiadores como los sitiados. Finalmente el capitán Isasi se rindió sin condiciones, dejando en poder de los vencedores sus piezas de artillería, más de un centenar de fusiles y doscientas lanzas. La vida de los vencidos fué rigurosamente respetada.

Restablecido el caudillo guaraní reasumió el mando de sus tropas y tras de breves combates con las guarniciones paraguayas, se apoderó de los pueblos de Santa Ana, Loreto, Corpus y San Ignacio Miry, con lo que quedó bajo su mando e influencia el territorio llamado de las Misiones del Paraná ([15]). Seguidamente Andresito volvió con parte de su columna a Candelaria, capital eventual de Corrientes, donde asumió el cargo de teniente gobernador de la provincia, por mandato del Jefe de los Orientales ([16]).

El gobierno del caudillo guaraní duró hasta setiembre de 1816. Su acción fué correcta y templada, pues los más encarnizados enemigos de la tendencia artiguista no señalan ninguna violencia, ni exacción alguna de Andresito o sus tenientes en el territorio ocupado.

(15) Gay. Ob. cit. Parte de Andresito sobre la toma de Candelaria. Museo Mitre. Ob. cit.

(16) Zinny. Ob. cit.

Gobernando simultáneamente en la provincia de Corrientes, separada desde hacía poco tiempo de la Intendencia de Buenos Aires, y en las Misiones occidentales, ejercía un mando más extenso que cualquier otro de los comandantes de Artigas. Pero esta circunstancia no tentó su lealtad, no desató su ambición, ni disminuyó los sentimientos de obediencia hacia su padre adoptivo.

El Jefe de los Orientales apreciando en su valor intrínseco la adhesión del caudillo guaraní, lo tuvo al corriente de sus planes para resistir la invasión de las tropas luso-brasileñas, que ya se vislumbraba al comenzar el año 1816.

"Los portugueses, le escribía desde Purificación en 11 de enero de ese año, se mueven contra nosotros, según las noticias privadas que tengo. En consecuencia, es preciso irnos preparando poco a poco y ponernos en términos de poder contener los esfuerzos de esta potencia, a quien como tan vecina debemos suponer más enemiga, por la experiencia que tenemos de sus procedimientos inicuos, y mayormente cuando sé que su plan es decidido a ocupar todo lo que divide la costa oriental del Paraná".

Poco después, en marzo 26, al remitirle más armas, Artigas le decía a su leal teniente: "Ya le he dicho a Ud. anteriormente que mantenga mucha vigilancia sobre la costa del Uruguay; y así con el armamento que se le va mandando procure armar los pueblos de la costa y especialmente el pueblo de Yapeyú y el de Concepción que son los que Ud. debe guardar más, conservando su posición en Santo Tomé, para ocurrir de ese modo a donde sea más inminente el peligro. No hay que vivir descuidados cuando los portugueses no se duermen, aunque es verdad que ellos se mirarán para hostilizarnos; pero sus movimientos

son sospechosos y nunca debemos aguardar a que nos sorprendan".

En sus comunicaciones sucesivas el Jefe de los Orientales le prescribía a su comandante en las Misiones la fecha y forma de su contrainvasión a las Misiones orientales, para que ejecutara su parte en el conocido plan militar de Artigas de 1816 ([17]).

PRIMERA CAMPAÑA DE MISIONES. 1816

A principios de setiembre partió Andresito de Santo Tomé al frente de un millar de hombres, sólo la mitad con fusiles, y descendiendo el curso del Uruguay fué a situarse en Itaquí. Las guardias luso-brasileñas que vigilaban sus movimientos trataron de oponerse al pasaje de Andresito, pero los jinetes de su vanguardia dispersándose al vadear el río se reunieron en la margen oriental para apagar el fuego de mosquetería, con una carga a lanza que despejó el terreno de enemigos.

Al día siguiente sus patrullas de reconocimiento derrotaron un pequeño cuerpo de milicias en San João Velho. Estos éxitos parciales y la proclama con que Andresito se hizo preceder despertaron el adormecido espíritu de independencia de los indígenas.

En esa proclama que encabezó con su nombre y títulos ([18]) recordaba a sus compatriotas que, llamado al mando de las Misiones, pudo quitar los pueblos goberna-

(17) Rev. Histórica. T. III, pgs. 761 y sigs.

(18) Andrés Guacurarí y Artigas, Ciudadano Capitán de Blandengues y Comandante General de la Provincia de Misiones por el Supremo Gobierno de la Libertad, a todos los naturales de la Banda Oriental, etc. F. Bauzá: "Hist. de la Dom. Españ." T. III. Doc. de prueba.

dos por Buenos Aires y rescatado otros que el año anterior se hallaban bajo el yugo de los paraguayos; que concurría para libertar los siete pueblos de esa Banda que desde quince años atrás estaban en manos del portugués, que hizo gemir a los infelices indios en la más dura esclavitud y ofrecía derramar hasta la última gota de sangre por su liberación. "Ea, pues, compaisanos míos, les decía al final, levantad el sagrado grito de libertad, destruid la tiranía..."

El capitán Manuel Antonio Curaeté, representando al caudillo, circuló esa proclama en los siete pueblos misioneros y todos los guaraníes en edad de llevar armas se pusieron en marcha para incorporarse a Andresito.

El movimiento alarmó a los ocupantes del territorio. El brigadier Francisco dos Chagas Santos, uno de los militares portugueses más capaces, comandaba en la frontera de ambas Misiones con su cuartel general en San Borja, y al saber los reveses sufridos por sus puestos avanzados, envió contra los guaraníes al capitán Joaquín Ferreira Braga con algunos infantes y trescientos jinetes. El teniente artiguista, dejando el grueso de su hueste con la artillería acampado en la costa del Uruguay, marchó con unos quinientos hombres al encuentro de los luso-brasileños y atacándolos en el Rincón de la Cruz el 16 de setiembre, los derrotó completamente, tomándoles la bandera. La columna de Ferreira Braga huyó en dispersión hacia San Borja dejando diez y seis muertos en el campo del combate, entre ellos el hijo del jefe vencido, que era el abanderado (19).

Este triunfo de relativa importancia produjo la insu-

---

(19) Canónigo Gay. Ob. cit.

rrección de todas las antiguas Misiones orientales. Pronto tuvo Andresito a su alrededor más de mil quinientos hombres, muchos sin armas, pero no dudó en atacar al brigadier Chagas en su propio cuartel general.

Al amanecer del 21 de setiembre el ejército de Andresito se aproximó a San Borja al son de sus músicas marciales. Cercó la plaza y aunque su método era primitivo e inapropiado, el coraje de sus hombres lo hacía temible. Su ejército observaba mucha disciplina, según el testimonio de un testigo presencial; sus componentes eran sufridos, tenaces y tenían mucha fe en su caudillo ([20]).

El día 25 Andresito intimó a Chagas la rendición de la plaza en términos perentorios y enérgicos que no estaban reñidos con la cortesía: "Rinda V. S. las armas, le decía en síntesis, y entregue el último pueblo que me falta, pues vengo a rescatarlo, no habiendo otro fin que me mueva a derramar la última gota de sangre por nuestro suelo nativo ([21]) quitado con toda ignominia en 1801, pues estos territorios son de los naturales misioneros a quienes corresponde el derecho de gobernarse, siendo tan libres como las demás naciones".

Chagas no cedió a la intimación. Los escritores luso-brasileños le han reprochado que no tomara las precauciones necesarias para resistir un asedio, estando a quince días de marcha de Río Pardo, centro de los recursos militares de la provincia de Río Grande, y a ocho del grueso de las fuerzas del general Curado de quien dependía y

(20) Almeida Coelho: "Memoria historica do extincto regimento de Santa Catharina".

(21) Esto y la proclama a los pueblos de las Misiones Orientales antes transcripta, confirman que Andresito era originario de la Banda Oriental.

cuyo cuartel general estaba en Santa Tecla. Pero si Chagas fué imprevisor, como afirman, su decisión para defenderse mereció los mayores encomios.

La guarnición que comandaba se componía de doscientos milicianos de infantería, una compañía del regimiento de Santa Catharina con ochenta y cinco bayonetas, llegada oportunamente a la plaza pocos días antes de comenzar el sitio, doce piezas de artillería con abundantes municiones y un regimiento de caballería guaraní compuesto de ocho compañías de tres oficiales y sesenta y cuatro plazas cada una ([22]). De éstos se pasaron algunos al enemigo, pero el total de la fuerza de Chagas que los escritores militares portugueses que han tratado la campaña de 1816 redujeron a doscientos o trescientos hombres, alcanzaba y tal vez sobrepasaba el número de seiscientos, lo que nada resta al heroísmo de los defensores de San Borja.

Era este pueblo un recinto fortificado; sus murallas aunque débiles fueron apuntaladas con pilas de cuero, lo mismo que sus puertas y los dos cañones de los sitiadores poco pudieron contra ellas. Los guaraníes de Andresito atacaron varias veces con gran valor pero sin resultado. El día 28 los asaltantes provistos de hachas intentaron derribar las puertas, pero la artillería de los sitiados tirando con metralla los rechazó, desmontando uno de los cañones de Andresito, que sin mayores pérdidas reocupó sus líneas.

Desprovista de agua y ya comenzado el ataque general, la plaza estaba a punto de rendirse el 3 de octubre, cuando el vigía colocado en la cúpula de la iglesia avistó

---

(22) "Rev. do Arch. Publico do R. Grande". T. IV.

un grueso cuerpo de tropa que atravesaba el bañado existente al sur de San Borja. Eran ochocientos soldados regulares de las tres armas ([23]) que comandaba el teniente coronel José de Abreu, quien desde Alegrete, donde recibió un aviso del general sitiado, se dirigía a marchas forzadas en su auxilio.

No sin sufrir pérdidas, dice Gay, ([24]) Abreu obligó a Andresito, después de un combate de dos horas, a retirarse del asedio que había durado trece días. Con su columna casi intacta pues la persecución que se le hizo fué apenas de una hora, Andresito repasó el Uruguay en la confluencia del arroyo Buhuty, sus tenientes vadearon en otros parajes y todos se pusieron fuera del alcance de los luso - brasileños.

Esta operación de guerra es presentada por algunos historiadores extranjeros como un desastre total de Andresito y varios de los uruguayos lo han repetido, sin estudiar detenidamente los sucesos, y sin el contralor de los documentos y las narraciones de la época. En realidad los diversos ataques a San Borja y el combate del 3 de octubre constituyeron una serie de hechos tan pronto favorables como adversos para las armas artiguistas. La plaza habría caído en poder de Andresito sin la activa intervención de Abreu, que recorrió cincuenta leguas en cinco días, pero este brillante jefe unido a Chagas no pudo obligar al caudillo guaraní al combate decisivo.

Apreciados en su conjunto estos diversos episodios y la facilidad con que Andresito rehizo su columna en la margen occidental del Uruguay se deduce que no se pro-

(23) Gral. Tasso Fragoso: "A batalha do Passo do Rosario".
(24) Ob. cit.

dujo la "derrota completa" de que hablan los historiadores, entre ellos Bauzá ([25]), quien reproduce la versión consignada por el comandante luso-brasileño Arouxe de Moraes Lara en su "Campanha de 1816".

Andresito fué evidentemente rechazado en la segunda fase del combate de San Borja, perdiendo su artillería y bagajes. Pero cuando la división que mandó contra Abreu con el capitán Tiraparé fué derrotada comprendió seguramente que no le era posible resistir la acción combinada de los enemigos que reunían entre ambos quince piezas de artillería, y aplicó su táctica de la montonera.

Combatiendo, dividió su hueste en pequeñas columnas algunas de las cuales, la infantería, principalmente, vadearon el Uruguay frente a San Borja teniendo allí las mayores pérdidas, las más numerosas por la barra del Buhuty y otras por el paso de San Marcos frente a Santo Tomé.

Andresito cargó diversas veces a la cabeza de su caballería perdiendo su espada durante la refriega. Determinó entonces no usar otra hasta ganarla con honor ([26]).

El comandante Moraes Lara atribuye mil muertos a las fuerzas de Andresito. Esta afirmación es fantástica, pues si los guaraníes hubieran tenido esa cantidad de muertos y sólo la mitad de heridos habrían desaparecido definitivamente del escenario guerrero, porque Andresito no tenía en San Borja sino de mil quinientos a mil seiscientos hombres. Sus victorias posteriores destruyen con su elocuencia aquella versión.

Por otra parte los que han visto un campo de batalla

(25) "Hist. de la Dom. Española". T. III. Lb. VI.
(26) A. Zinny. Ob. cit.

saben que cuando las armas son equivalentes, el número de muertos del vencido es más o menos el del vencedor, salvo cuando una gran superioridad numérica imponga la victoria fulminante y mortífera, o cuando el pánico cunde en las filas del vencido. Pero de que no lo hubo en las tropas de Andresito lo atestigua el propio teniente coronel Abreu. Su parte del combate de San Borja, del 8 de octubre, dice: "Es increíble que un enemigo indisciplinado y sin orden y puesto en confusión, se mantuviese por espacio de dos horas en la creencia de poder contrarrestar nuestras armas" ([27]).

Después de la retirada de Andresito, el brigadier Chagas salió de San Borja al frente de ochocientos hombres de tropa escogida, con cinco bocas de fuego, llevando once canoas, nueve carretas para conducirlas y abundantes municiones, y vadeó el Uruguay en 14 de enero de 1817 por un paso vecino a la confluencia del Aguapey. Al propio tiempo enviaba al teniente Carvalho con otra columna a forzar el pasaje del río Uruguay frente a Itaquí, que fué defendido sin éxito por el escuadrón de caballería indígena que comandaba el capitán Vicente Tiraparé.

Al saber la invasión, Andresito acudió con quinientos hombres sin esperar la incorporación de los correntinos que a las órdenes del comandante Aranda iban en su ayuda; derrotó después de un violento encuentro al mayor Gama Lobo que con trescientos soldados se dirigía a destruir Yapeyú por orden del brigadier Chagas, arrojándolo sobre éste. Reunidos ambos jefes luso-brasileños enfrentaron a Andresito el 19 de enero. Pero el caudillo guaraní considerándose en inferioridad dispersó su co-

(27) "Rev. do Inst. Hist. e Geografico do Brasil". T. VII.

lumna en diversas direcciones y escaramuceando, sin mayores pérdidas, fué a rehacerse cerca del Paraná (28). El combate de Aguapey de que hablan algunos historiadores extranjeros y nacionales, y en el que Andresito habría sido "derrotado completamente" no tuvo lugar nunca.

Hasta mediados de marzo los luso-brasileños ocuparon el territorio de donde habían desalojado a Andresito. Según las órdenes del marqués de Alegrete, gobernador de la provincia de Río Grande, y para destruir la base de operaciones del jefe indígena, el brigadier Chagas hizo incendiar y saquear los pueblos de Yapeyú, La Cruz, Mártires, Santo Tomé y Santa María, librándose de la destrucción pero no del saqueo San José, Apóstoles y San Pedro. Andresito no pudo oponerse por la fuerza a esas tropelías en virtud de que la mayor parte de sus tropas estaban en ese tiempo con Artigas en Purificación.

"No es sin pena, dice el general brasileño Tasso Fragoso, que evocamos ahora la memoria de tan lamentables hazañas, en que algunos de nuestros antepasados cegados por su odio acérrimo al caudillo oriental, practicaban actos idénticos a los que le atribuían" (29).

Después de repasar Chagas el Uruguay en 13 de marzo, los indios volvieron a visitar sus pueblos y ante sus ruinas juraron vengarse. Andresito los excitó y reclutando nuevos contingentes ocupó dichos pueblos tratando de reedificarlos (30).

Alarmado Chagas por el creciente poder del caudillo guaraní resolvió ir nuevamente a buscarle en su terreno. A mediados del mismo año pasó por segunda vez el Uru-

(28) M. de Moussy: "Memoria sobre las Misiones argentinas" 1856.
(29) Ob. cit. Cap. IX.
(30) Moussy: "Memoria" cit.; Gay. Ob. cit.

guay frente a San Borja, con quinientos hombres y cinco piezas de artillería, y sin estar suficientemente informado acerca de la fuerza numérica y posiciones de Andresito, lo atacó en Apóstoles el día 17 de julio.

Fué ésta una de las más brillantes acciones de guerra del jefe guaraní. Bien fortificado, dice Gay, rechazó completamente al brigadier Chagas después de vivísimo combate en que los fusileros indígenas doblegaron los esfuerzos de la infantería regular luso - brasileña. Enseguida que los enemigos después de experimentar serias pérdidas retrocedieron por el mismo camino — y esto contra la opinión de Gama Lobo, segundo de Chagas, — Andresito con sus jinetes los persiguió sin darles respiro, hasta hacerles vadear precipitadamente el Uruguay.

El brigadier Chagas no se mostró menos tesonero y valeroso que su contrario. Mientras éste agrupaba sus contingentes el jefe luso - brasileño reorganizó sus tropas y en 18 de marzo de 1818 traspuso por tercera vez el Uruguay, a la cabeza de mil soldados con mucha artillería. Impotente para luchar en campo raso contra el armamento y la organización de la columna luso - brasileña, Andresito con sus quinientos hombres y secundado por Aranda y los correntinos, unos novecientos hombres en total, se fortificó en el pueblo de San Carlos, apoyándose principalmente en la iglesia y el colegio, que eran edificios sólidos en los que se abrieron aspilleras, por las que los guaraníes causaban con sus fuegos graves daños a la infantería enemiga.

La lucha fué terrible y continuada. Bajo la acción de la artillería luso - brasileña, duró el sitio desde el 31 de marzo al 3 de abril en que se dió el ataque general,

siendo destruído a cañonazos y luego puesto en llamas el recinto fortificado. Pero ni Andresito ni Aranda, y menos sus enemigos trataron de parlamentar. Fué tal la saña de los sitiadores que en la acción murieron centenares de personas de ambos sexos.

Andresito con sus mejores tropas logró escapar de San Carlos, donde tanto los luso-brasileños como los guaraníes y correntinos mostraron la mayor intrepidez y firmeza. Las tropas de Chagas tuvieron por su parte muchos muertos, entre ellos el mayor Camilo Machado, que fué conducido a San Borja y sepultado con grandes honores en mérito a su valor.

La constancia de los indígenas no decayó por este contraste: estaban furiosos contra los luso-brasileños y continuaron siendo completamente adictos a su caudillo ([31]).

CAMPAÑA DE CORRIENTES. 1818-1819.

Andresito se encontraba en la Tranquera de Loreto a mediados de 1818 vigilando con sus tropas la frontera del Paraguay del que se temía un ataque, y con sus puestos de observación sobre Chagas que había vuelto a San Borja, cuando recibió orden de Artigas de concentrar sus regimientos y marchar a Corrientes, para restablecer la autoridad de la liga federal.

El 25 de mayo había sido depuesto y encarcelado el gobernador Juan Bautista Méndez, que respondía a dicha liga, por el capitán José Francisco Vedoya que estando a la cabeza de seiscientos soldados se hizo proclamar gobernador interino. "Atrabiliario y malo, dice el histo-

(31) Gay. Ob. cit. A. F. de Souza "Biog. do Brig. Chagas". Rev. do Inst. Hist. do Brazil". T. 43.

riador correntino Mantilla, ninguno le quería; ambicioso e inepto era un estorbo fatal; su pronunciamiento, además, desconcertó el plan madurado" ([32]). Ese plan consistía en anular al gobernador Méndez y colocar la provincia bajo la hegemonía de Buenos Aires, sustrayéndola de la liga.

Con los regimientos que comandaban los mayores Francisco Javier Siti, Juan Asencio Abiaró e Ignacio Mbayoé, la artillería del comandante Blas Uré, varios escuadrones del comandante José López y teniendo de jefe de estado mayor al comandante Vicente Tiraparé, en total mil doscientos hombres, entró Andresito en dicha provincia, cuya población se sobrecogió de temor ante las posibles represalias, pues los enemigos de Artigas habían difundido la versión de que sus tropas cometían toda suerte de arbitrariedades.

El gobernador Vedoya que asumió el mando en jefe de las fuerzas correntinas situó su cuartel general en Saladas, para oponerse al avance de Andresito, en tanto que éste marchando paralelamente al Paraná se dirigía por San Miguel a la capital de la provincia.

"José Francisco Casado, porteño, jefe de estado mayor en el campamento de Las Saladas, dice Mantilla, salió al encuentro de los indios misioneros con seiscientos hombres de las tres armas, llevando como segundo al comandante de artillería José Fernández Rueda. Después de un simulacro de combate en que agotó sus municiones sin haber visto al enemigo, regresó Casado con la noticia de que Andresito había sido arrojado del territorio" ([33]).

(32) "Crónica histórica de Corrientes".
(33) Ob. cit.

Casado creyó, efectivamente, que su encuentro con las patrullas exploradoras de la vanguardia de Andresito en las Lomas de Caa-Cati había sido un completo triunfo y lo comunicaba así al Cabildo de Corrientes, afirmando que no quedaba un solo invasor en su frontera. En esa creencia contramarchó a Saladas donde se incorporó a Vedoya, reuniendo entre ambos un millar de soldados con cinco cañones.

El caudillo guaraní no permaneció inactivo. "Andresito rápido en sus concepciones, dice el historiador Gómez, sabiendo que las fuerzas del mayor Casado carecían de municiones, avanzó como un alud sobre Saladas y destrozó la división correntina". En efecto. A fines de julio se le incorporó el regimiento del comandante Pantaleón Sotelo, marchando enseguida contra Vedoya.

El primero de agosto a la terminación del día estaba Andresito a una hora de marcha de Saladas y el día dos "intentó retirarse Vedoya, dice Mantilla, hasta la costa del río Ambrosio para recibir la incorporación del comandante Brest de Goya; pero su tropa le arrastró a salir contra Andresito, a quien facilitara por los informes falsos de Casado. Los indios no esperaban el ataque ejecutado de tres a cuatro de la tarde bajo dirección. El portugués José López (a) López chico, jefe de la vanguardia misionera, hizo frente a los correntinos en el primer momento, perdiendó terreno al empuje brioso de aquéllos; pero Andresito echó al combate con habilidad el resto de sus tropas, desordenó a los enemigos y los puso en precipitada fuga" ([34]).

En la memorable acción de Saladas Andresito coman-

---

(34) Ob. cit.

daba su propio centro, López el ala derecha y Sotelo la izquierda. La infantería guaraní a pesar de la inferioridad de sus medios se mantuvo contra la correntina y ésta se batió con su habitual denuedo; pero la caballería resistió poco las recias cargas a lanza que eran la fase ofensiva de la "táctica de la montonera", y que Andresito llevó personalmente encabezando a sus guaraníes. Sólo dos compañías de infantes correntinos permanecieron en el terreno batiéndose con heroísmo; las mandaba el capitán Córdova que desoyó las repetidas intimaciones de rendición e hizo continuar el fuego, hasta que todos cayeron sin salvar ninguno.

Córdova y sus soldados oscuros tuvieron en aquel momento y dentro del reducido marco de las guerras civiles americanas, la misma actitud histórico - militar que Cambronne y los suyos, cuando en la espantosa confusión de las últimas horas en la batalla de Waterloo fué pronunciada la frase inmortal: "La guardia muere, pero no se rinde".

Los resultados de la victoria fueron decisivos. "El gobernador Vedoya que había salido apresuradamente del campo de batalla con su escolta, llegó a la ciudad de Corrientes embarcándose enseguida con sus parciales para Buenos Aires. Lo mismo hicieron muchas familias atemorizadas por las versiones circulantes" ([35]).

"El Cabildo, una institución que subsistió aunque incompleta, expresa Gómez, reintegró en la comandancia general de armas al mayor Pedro Sánchez Negrette y acreditó ante Andrés Artigas una diputación formada

(35) V. E. Quesada: "La Prov. de Corrientes". B. Martínez: "Historia de E. Ríos".

del gobernador depuesto Méndez, el alcalde de segundo voto Paula Pérez y del R. P. comendador José Rodríguez Perón. En viaje al campamento de Andrés Artigas, los comisionados abrieron negociaciones desde San Lorenzo, caracterizando que las responsabilidades pertenecían a los emigrados y al elemento militar bajo cuya presión se había procedido" ([36]). No se conoce la respuesta verdadera de Andresito a esas sugestiones, pero su conducta posterior demostró que no abrigaba ningún propósito de represalias.

Antes de entrar a la capital de Corrientes, Andresito procedió con verdadera pericia militar para prevenir cualquier ataque. Hizo ocupar el puerto de Esquina con el mayor Siti y trescientos guaraníes y el de Goya con el mayor Mbayoé e igual número de hombres, en tanto que sus líneas de comunicaciones con Artigas quedaron aseguradas por las fuerzas del comandante Sotelo, colocadas entre el Paraná y el Uruguay.

Haciéndose preceder por enérgicos bandos — como lo han hecho los generales de todas las épocas al acercarse a la capital del enemigo — para la requisa de armas, la devolución de los niños guaraníes que las familias correntinas tenían como esclavos y asegurar el libre ejercicio del comercio, Andresito con el resto de sus guerreros ocupó la población de Corrientes, veinte días después de su victoria de Saladas.

"Sus tropas entraron tranquilamente y con el mayor orden hasta la plaza, afirma Zinny, de donde fueron dirigidas a sus cuarteles y Andresito con sus oficiales — que eran fervientes católicos — asistieron a una misa en la

(36) Ob. cit.

iglesia de San Francisco" ([37]). Mantilla narró la ocupación como sigue: "Andresito hizo su entrada el 21. A distancia de una legua de la ciudad dejó su caballo y se desprendió el sable; caminó a pie, desarmado, precedido de un escuadrón de caballería y dos cañones y seguido por un batallón de infantería y un piquete de caballería, en cuyo centro iban dos banderas de su ejército.

El Cabildo y los sacerdotes lo recibieron bajo palio en las afueras de la ciudad: descansó en el templo de la Cruz, escuchando himnos religiosos; en medio de músicas, salvas y repiques de campanas llegó hasta la iglesia matriz, a cuya puerta le recibió el vicario con la clerecía, comunidades religiosas y pueblo; asistió a un solemne tedéum cantado por el capellán de su ejército, fray Tomás Félix, mercedario; tomó posesión de la ciudad, dando la vuelta a la plaza con todo su acompañamiento, y se alojó en la casa de don Manuel de Vedoya" ([38]).

El mismo historiador dice después que "desde aquel día Corrientes pasó bajo plena barbarie". Sin embargo, la ceremonia por él relatada en que intervino un ejército dividido en batallones y escuadrones, con su artillería, músicas marciales, banderas y capellán no puede admitirse como la descripción de un malón de indios que imponen su barbarie. Es, pues, la pasión política que habla, abultando y deformando los hechos.

Al mismo tiempo que Andresito entraba en la ciudad con sus fieles guaraníes, la escuadrilla artiguista mandada por Pedro Campbell, que ejercía la vigilancia del Paraná, fondeaba en el puerto de Corrientes. A bordo de

(37) "Hist. de los Gobernadores".
(38) Ob. cit.

la nave capitana se encontraron ambos tenientes del Jefe de los Orientales, abrazándose triunfantes después de tantos peligros arrostrados.

GOBIERNO DE ANDRESITO.

El exgobernador de Corriente Pedro Ferré, que era sólo un industrial afecto a las ideas federalistas en 1818 - 19, consignó en sus "Memorias" severos conceptos contra el gobierno ejercido por Andresito, y especialmente contra los guaraníes que mandaba. Sus afirmaciones han servido a los historiadores de la otra banda para describir las acciones de aquel gobierno, y trazar con las más cargadas tintas la silueta del vencedor de Saladas.

Piensa Ferré que los indígenas al recobrar su libertad después de una larga esclavitud se entregaron a toda clase de excesos en las propias Misiones; y que al entrar a la provincia de Corrientes se hicieron dueños de vidas y haciendas, obligando a los habitantes al abandono de sus hogares, buscar refugio en los bosques más lejanos y espesos; que librados los facinerosos de las cárceles se las poblaba con ciudadanos beneméritos, sin exclusión de los ministros del santuario; que el llanto y la amargura asaltaba todas las clases de la sociedad y que todo era horror, conflicto y consternación. Expresa, también, que decretaban ingentes contribuciones y que, cuando no eran satisfechas, los funcionarios imponían crueles castigos y los ancianos y los niños eran llevados a trabajar en la plaza pública.

Ferré no relata hechos, no cita nombres, fechas, documentos, sino que comenta en términos generales e in-

concretos las tropelías que dice cometidas. Puede admitirse que haya un fondo de verdad en sus declamaciones, pero no hay duda de que éstas fueron dictadas por el disgusto, el despecho, que produce el ver ocupada la tierra natal por tropas extrañas.

Esas opiniones aunque muchas veces repetidas por los enemigos del Jefe de los Orientales y sus segundos, no están abonadas por otros antecedentes históricos. La disciplina y organización de las tropas de Andresito fueron reconocidas por historiadores de positiva autoridad como el mayor luso-brasileño Almeida Coelho, Augusto F. de Souza, el canónigo Gay y Antonio Zinny. Este último, además de haber sido director del Colegio Argentino en Corrientes, tuvo a su disposición los archivos de las provincias para escribir sus numerosas obras.

De estos testimonios se desprende que los guaraníes de Andresito no eran una horda dispuesta al malón sino una fuerza reglada, dividida en regimientos y escuadrones, con su servicio de artillería y sus músicas militares, es decir con la organización que impide el desorden.

Zinny afirma que el mando de Andresito que duró desde octubre de 1818 al mes de abril de 1819, fué pacífico y humano. De momento hizo aprehender al alcalde de primer voto Bartolomé Cabral y otros miembros del Cabildo que resistían abiertamente la ocupación, engrillándolos a bordo de la nave capitana de Campbell; pero ante la interposición del comerciante inglés Postlethwaites, del guardián del convento de San Francisco y otras personas caracterizadas, los libertó usando de los mayores miramientos.

El mismo historiador agrega que, en tanto no se regu-

larizaron los servicios de abastecimiento, los guaraníes careciendo de carne y pan masticaban pedazos de cuero ablandados en agua; y que durante los siete meses de permanencia en la capital de Corrientes sólo se cometió el hurto de un pañuelo, que Andresito castigó haciendo azotar a su autor en la plaza pública. ([39])

Antes de haber transcurrido dos meses de su entrada a la capital, Andresito reorganizó las autoridades de la provincia conservando el mando de las armas. Repuso en su dignidad de gobernador a Juan Bautista Méndez, constituyéndose el Cabildo con los ciudadanos de más significación dentro de las ideas federalistas, y de acuerdo con éstos los demás funcionarios. "También se renovaron todas las autoridades de campaña con una prolijidad sistemática. Pero si entre éstas y las del núcleo de federales separatistas, en positiva mayoría, no dejó de nombrarse a otras del partido recién vencido de federalistas nacionales. Al proceder así, tal vez inducido por el gobernador Méndez, o tal vez cumpliendo instrucciones del general Artigas, que reconocía la oportunidad de estas transacciones de política práctica, Andresito continuaba la tradición local, que siempre repudió las unanimidades en los cuerpos colectivos de la provincia". ([40])

Después de este paso político Andresito se trasladó al puerto de Goya, dejando a disposición del gobernador el regimiento que mandaba Abiaró, para sostener su autoridad y el mantenimiento del orden que los vencidos en Saladas intentaban alterar. Campbell, nombrado comandante de la marina correntina y actuando como se-

(39) Ob. cit.

(40) H. F. Gómez. Ob. cit.

gundo jefe de Andresito, le acompañaba por el Paraná, con la flotilla de pequeños barcos que enarbolaban la bandera artiguista.

Se preparaba en esos días una campaña militar en la provincia de Santa Fe, invadida por cuarta vez, por las tropas de Buenos Aires al mando del general Balcarce.

Las fuerzas navales de Campbell y el regimiento de guaraníes de Siti engrosaron las fuerzas del gobernador de Santa Fe, Estanislao López, pero los combates fueron pocos y la guerra terminó con el convenio del 12 de abril de 1819, regresando Campbell con los buques y las tropas a Corrientes.

Andresito se mantuvo en Goya, desde donde apoyaba al gobernador Méndez y en marzo regresó a la capital. Fué recién entonces que pidió una contribución, en nada excesiva, para vestir a sus soldados, que estaban cubiertos de andrajos, y a los niños guaraníes rescatados del poder de las familias correntinas. Se dirigió al Cabildo, no a los habitantes, y no fué ella una imposición violenta, como afirma Ferré, sino una indicación formulada en términos que no desmerecen de los usados por ningún general: "Las tropas reconquistadoras de mi mando se hallan en campaña, decía en su oficio del 8 de marzo de 1819, y se me hace preciso ocurrir a V.S. a que con la brevedad posible y con la mayor prudencia pensionen V.S. a la capital y sus pueblos, con la cantidad de ocho mil pesos en dinero efectivo para sostén de las armas" ([41]).

Con la publicación de este documento pretendió una "comisión recopiladora" designada oficialmente para coleccionar datos y documentos referentes a Misiones, dar

(41) En el Lb. Caplr. de Corrientes.

"una idea del despotismo y rapacidad de Andrés Artigas" y demostrar que "la pobre Corrientes fué ahogada bajo el peso de mil humillaciones y pasó por los terribles momentos que Roma bajo el poder de Atila y sus bárbaros hunos".

Un testigo presencial de la ocupación de Corrientes el comerciante y escritor inglés Robertson Parish, cuyo testimonio hace en este caso plena fe, asegura lo contrario, esto es, el buen orden y la moderación de Andresito y sus guaraníes. [42]

De modo que si algo demuestra lo que se deja transcripto es la fantasía fronteriza con la ignorancia de los recopiladores de la "Colección", puesto que Atila nunca llegó a Roma y que desde la Italia septentrional se volvió a sus tierras, ante el requerimiento y las dádivas del papa León Magno.

El 23 de abril se retiró definitivamente Andresito con la mayor parte de sus tropas, dirigiéndose de Corrientes a las Misiones, para intervenir en la lucha desigual y heroica que Artigas y los orientales, casi reducidos a los últimos extremos, sostenían contra la invasión luso-brasileña. Al partir dejaba constituída la provincia y fuertes destacamentos para sostener las autoridades, vigilar las acciones del dictador del Paraguay doctor Francia que amenazaban por el norte, y las fuerzas de Buenos Aires que excursionaban por el Paraná. En aquellos momentos la más completa tranquilidad interna reinaba en Corrientes; su comercio se reanimaba y el gobernador Méndez recorría la campaña para asegurar el libre ejercicio de los trabajos rurales y conocer las necesidades.

(42) "Letters on South America".

Dos meses después de la marcha de Andresito se produjeron en la provincia y en su capital insurrecciones y desórdenes. Los cuatro hermanos Escobar, hombres de acción y de prestigio que tan pronto estuvieron en favor como en contra de la verdadera causa federalista, se levantaron en armas contra el gobernador Méndez, apoderándose de Curuzú - Cuatiá y marchando enseguida considerablemente reforzados contra la capital.

Fueron los cuerpos guaraníes quienes ayudaron eficazmente a restablecer la calma. Con el regimiento de indígenas que comandaba Abiaró fué el gobernador Méndez a situarse en San Roque, en tanto que el mayor Siti con el suyo unido a otras fuerzas correntinas, por una parte, y el comandante Campbell y el capitán guaraní Lorenzo Ticurey con una compañía de la infantería indígena, por otra, dispersaron a los revoltosos.

Un mes más tarde, en agosto, el peruano Juan Mexías Sánchez, antiguo secretario de guerra de Andresito, que fué enviado a Corrientes por el comandante Sotelo en demanda de auxilios, pretendió ejercer por sí algunos actos de gobierno, valiéndose del nombre respetado del caudillo guaraní, que desde mediados de junio estaba prisionero de los luso - brasileños. Mexías Sánchez logró embaucar a una parte de los guaraníes y sublevarlos contra el gobierno; puesto al frente de ellos cometió algunos excesos y finalmente, cumpliendo órdenes del Cabildo, Campbell lo aprehendió enviándolo a San Roque, a disposición del gobernador Méndez. Este lo hizo engrillar y lo remitió al campamento de Purificación donde, según Mantilla, fué fusilado [43]. Otros historiadores dicen que

(43) "Crónica, etc."

fué muerto en una emboscada que le prepararon en Corrientes algunas de las víctimas de sus atropellos.

Como queda establecido, Andresito se retiró de Corrientes en el mes de abril de 1819; a principios de mayo regía su gobierno de las Misiones y a fines de junio caía prisionero de los invasores de la Banda Oriental, de modo que sólo el encono político y la malquerencia histórica pueden atribuirle la responsabilidad de hechos que en su presencia no hubieran ocurrido, ni habrían contado con su adquiescencia y mucho menos con su complicidad.

SEGUNDA CAMPAÑA DE LAS MISIONES ORIENTALES, 1819.

La resistencia de los orientales a la invasión luso-brasileña estaba casi aniquilada, cuando Andresito a la cabeza de un millar de sus fieles guaraníes pasó el Uruguay en San Isidro, en la primera década de mayo. Solamente Artigas, Latorre, Rivera y Felipe Duarte permanecían en armas contra el invasor; Bauzá, los Oribe, Fuentes y otros defeccionaron en 1817; Lavalleja, Otorgués, Manuel Francisco Artigas, Berdún y Bernabé Rivera estaban prisioneros en Río Janeiro desde 1818.

El incansable Andresito, llevando de jefe de vanguardia a uno de sus más bravos guerreros, el capitán Manuel Cahiré, como él de raza guaraní, desalojó por la fuerza las guarniciones luso-brasileñas y se apoderó de los pueblos de las Misiones orientales, estableciéndose en San Nicolás, donde encontró municiones abundantes y algunas piezas de artillería.

El nueve de mayo lo enfrentó por cuarta vez su tenaz adversario el brigadier Chagas, con una división de ochocientos hombres de las tres armas. Durante algunas horas la artillería de Chagas bombardeó el recinto fortificado sin que sus ocupantes dieran señales de vida. Sospechando un ardid de su enemigo, el jefe luso - brasileño demoraba el asalto, pero la infantería comandada por el valeroso teniente coronel Arouxe de Moraes Lara comenzó el ataque. Apenas los atacantes se pusieron al alcance, un nutrido fuego de metralla y fusilería se abrió contra ellos causándoles grandes pérdidas, entre éstas la de Moraes Lara que cayó muerto en el terreno.

Los luso - brasileños se desordenaron y Chagas ante el riesgo de perder su artillería e infantería ordenó la retirada general, pero los infantes de Moraes Lara no quisieron abandonar el campo sin llevarse el cadáver de su jefe, lo que consiguieron combatiendo valerosamente. Apenas se inició la retirada, la caballería de Andresito salió de sus posiciones y cargó a la enemiga que se dispersó en su mayor parte. La persecución duró algunas horas y Chagas para contener a los jinetes guaraníes tuvo que volver a desplegar su infantería y emplazar sus cañones, con lo que la acción terminó.

El brigadier se retiró hasta Palmeira, entre los ríos Piratiní y Camacuá y, en constante observación de los movimientos de Andresito, pidió ayuda al conde Figueira, entonces gobernador de Río Grande, y al coronel Abreu.

El amplio triunfo de San Nicolás no hizo descansar al caudillo guaraní sobre sus laureles. Nada sabía de Artigas, porque las columnas y patrullas luso - brasileñas enseñoreadas del país se interponían entre unos y otros e

interceptaban su correspondencia. Trató entonces de restablecer el contacto y unirse, si era posible, al Jefe de los Orientales. Con ese fin dejó quinientos hombres con el comandante Tiraparé guarneciendo San Nicolás y con los restantes, unos setecientos, marchó hacia el sur hasta el río Ibicuy y sus exploradores aún más lejos sin obtener noticias de Artigas, por lo que regresó hacia el norte.

Entretanto el gobernador de Río Grande, Figueira con varios batallones efectuaba su unión con Chagas, en las proximidades del paso Real del río Piratiní y juntos avanzaron en imponente columna sobre el pueblo de San Nicolás, cuya guarnición lo abandonó sin combatir, repasando su mayor parte el Uruguay.

A mediados de junio de 1819 Andresito regresaba a San Nicolás con su columna casi exclusivamente de caballería, cuando en el paso de Itacuruví del río Camacuá, al norte de San Borja, chocó contra el coronel Abreu que iba al mando de ochocientos soldados con artillería. Después de un corto y violento combate, comprendiendo que no podría resistir la acción de conjunto de las tres armas, dada su inferioridad numérica, el caudillo guaraní dispersó sus jinetes, según los métodos de la guerra de recursos, dándoles cita en la margen derecha del Uruguay.

El 24 de aquel mes, al vadear de los últimos, solo y probablemente sin armas de guerra, pues como ya se ha dicho no usaba espada, Andresito fué tomado prisionero por una patrulla que comandaba un sargento. Algunos de sus guaraníes dispersos, también cayeron en poder de los luso-brasileños; otros resistieron con tenacidad en encuentros parciales perdiendo en uno de ellos la vida el valeroso Tiraparé. Los más numerosos se incorporaron

al Jefe de los Orientales acompañándole en su última campaña de Entre Ríos [44].

La inesperada prisión del caudillo guaraní constituyó un gran éxito para sus enemigos. "Una simple casualidad que equivalía a una espléndida victoria, consigna el mayor luso - brasileño Augusto F. de Souza, puso término a esta campaña; el valeroso Andrés Tacuary, más conocido por Andresito o Artiguinhas, fué aprisionado por un sargento y unos soldados nuestros en San Isidro, en circunstancias en que con algunos indios preparaba una jangada para cruzar el Uruguay, siendo luego enviada bajo una buena guardia a Río de Janeiro y allí pasado a la fortaleza Santa Cruz. El apresamiento de este jefe que incuestionablemente gozaba del mayor prestigio entre los guaraníes, perfecto baquiano del territorio de Misiones, de donde era oriundo, dotado de gran bravura y constancia en medio de los reveses, fué un golpe profundo para don José Artigas, agravado pocos meses después con la noticia de su fallecimiento" [45].

Desaparecido de la acción el caudillo que más influencia tuvo con los indígenas, dice Gay, Artigas ya no contó con quien defendiera las Misiones [46].

Los luso - brasileños trataron indignamente al héroe prisionero. No fueron capaces de imitar el gesto, tan enaltecedor de la dignidad humana, de Artigas devolviendo en 1815 los siete jefes enemigos suyos que el directorio porteño enviara a su campamento para que dispusiera de sus vidas. Ni el brigadier Chagas que más de una vez retrocedió ante las lanzas de Andresito, ni el coronel

(44) I. de María. Comp. de Hist. de la R. O. del U. T. IV.
(45) Rev. do Inst. Hist. e Geog. "Biog. de Chagas". T. 43, 2ª parte.
(46) Ob. cit.

Abreu con quien riñera más de un combate, tuvieron las consideraciones elementales que merece un valiente enemigo vencido.

Andresito fué objeto de crueldades y vejaciones; llevado primeramente a los calabozos de la provincia fué conducido enseguida a las prisiones de Río Janeiro. Si ha de creerse a un historiador antiartiguista, el tratamiento infligido al caudillo y a sus parciales fué verdaderamente inhumano: "La suerte de éste y de sus desgraciados compatriotas fué la más amarga. Atados por el pescuezo con cueros frescos que secándose eran más fuertes que el hierro, fueron llevados a pie hasta los calabozos de Porto Alegre, en la capitanía de Río Grande, por centenares de leguas, a trabajar en las obras públicas, dándoseles por único sustento un poco de fariña a veces corrompida. Allí hasta cuatrocientos perecieron de miseria. Los que cayeron prisioneros en diferentes encuentros de armas, fueron igualmente remitidos a Porto Alegre y Río Grande, encerrados en hediondos calabozos, desnudos y maltratados sin piedad como brutos; cargados de hierros se les veía que los hacían servir para nivelar las calles y plazas de Porto Alegre" ([47]).

PRISIÓN DE ANDRESITO. SU DESAPARICIÓN

Según la versión generalizada entre los escritores de historia del Río de la Plata y del Brasil, Andresito habría fallecido en los calabozos de la fortaleza de Santa Cruz, pocos meses después de ser aprisionado, víctima del ve-

(47) J. M. de la Sota: "Cuadros históricos".

neno (48). En verdad su suerte fué otra, aunque más triste tal vez.

Desde la fecha en que llegó a Río Janeiro hasta el año siguiente permaneció Andresito, con otros orientales, preso en un pontón que era la más abominable de las cárceles. Más tarde fueron trasladados todos a los calabozos de "debajo de tierra" de la isla Das Cobras, sujetos a los regímenes más duros y a las mayores necesidades (49), hasta que a principios de 1821 don Francisco de Borja Magariños, que residía en Río Janeiro desde 1813, obtuvo la intervención del diplomático español, conde Casaflores a favor de sus desgraciados compatriotas.

En el primer trimestre de dicho año 1821 fueron puestos en libertad Andresito, Otorgués, Berdún, Duarte y otros jefes prisioneros a condición de jurar como españoles la constitución de 1812, lo que hicieron en una exposición dirigida al embajador español, obligados por las penurias y las humillaciones a que estaban sometidos (50).

Era ésta la única solución que se les presentaba a los prisioneros para poner término a su largo cautiverio. España restaurada bajo el cetro de Fernando VII parecía deseosa y lo suficientemente fuerte para reconquistar sus antiguas colonias americanas; las tropas de la corona de Portugal, que los prisioneros consideraban como enemigas, ocupaban íntegramente el territorio de la Banda Oriental;

(48) Este estudio consignaba esa versión al ser publicado por primera vez en la "Revista Militar y Naval". Una oportuna indicación del ilustrado profesor Dr. Felipe Ferreiro condujo al autor a comprobar el regreso de Andresito en 1821.

(49) Carta de M. F. Artigas a su esposa. I. de María. Ob. cit. T. IV.

(50) "Francisco de B. Magariños a sus compatriotas".

los argentinos ocupados en sus propios problemas no prestaban atención a las desdichas de los orientales, ni disponían de fuerzas para ayudarlos.

¿A quién volver los ojos para recuperar su dignidad de hombres libres? Sólo en los funcionarios de España, a cuyo estado político habían pertenecido, encontraron los prisioneros protección y ayuda; y ese es el motivo por que el 7 de abril de 1821 Otorgués, Andresito, Taperay, Souto Patiño y otros muchos suscribieron como españoles un documento en el que confiaban a Magariños su representación ante las cortes de 1822 - 23, a fin de que reclamara los legítimos derechos que correspondían a la ciudad de Montevideo y su provincia ([51]).

Merced, pues, a la influencia española pudieron volver a su país los jefes artiguistas. En el bergantín inglés "Francis" del armador John Perie que zarpó de Río Janeiro el 17 de junio y arribó a Montevideo el 8 de julio de 1821, regresaron José Antonio Berdún, fray José Acevedo, Andrés Artigas y diez o doce patriotas más ([52]).

Desde la fecha de su llegada se pierde la huella del caudillo guaraní y sobre su nombre y fin hay un denso misterio que no ha podido esclarecerse hasta ahora. Si falleció en Montevideo y en qué circunstancias, si volvió a su pueblo natal o a Río Janeiro sólo podrá ser aclarado por algún documento en lo presente desconocido. Los libros parroquiales que antes registraban todos los actos de la vida civil no contienen dato alguno a su respecto.

Lo incierto de su fin da mayor interés aún a la figura

---

(51) Arch. Gral. de la Nación "Archivo de los Magariños". Carpeta 3.
(52) Arch. Gral. Lb. 99, pág. 198.

histórica de Andresito; pero la leyenda de que murió envenenado en la fortaleza de Santa Cruz está, para honor de sus enemigos, definitivamente destruída.

ANDRESITO Y LOS LUSO - BRASILEÑOS

Ninguno de los historiadores que tratan las dos campañas militares de Andresito en las Misiones le atribuye la ejecución de actos contrarios a la moral de la guerra. Su actitud era lógica, además; el jefe guaraní luchaba en terreno propio, en medio de poblaciones amigas, de sus hermanos de raza que tan lealmente le seguían. No se le señalan tampoco actos de crueldad con los enemigos vencidos, después de sus victorias. ¿Por qué, entonces, fueron tan severos con él los luso - brasileños?

No hay explicación plausible y nunca podrán aceptar los profesionales de las armas que un jefe militar vencido y aprisionado en el campo de batalla, pueda ser tratado como un criminal y sometido a torturas por sus vencedores. Se descubre a través de la historia militar del mundo una norma caballeresca y humana que las modernas reglas de la guerra recogen y formalizan: un general vencido conserva su categoría y es tratado como tal por los vencedores; hasta se le devuelve su espada cuando su valentía y su constancia le han hecho acreedor a esa distinción.

Temístocles, vencedor en Salamina y condenado luego al destierro por sus conciudadanos atenienses, fué a refugiarse en la corte de su enemigo el rey Admeto, que lo sentó en medio de su hogar olvidando lo pasado. Este hecho laudable es probablemente el origen de aquella norma y

constituye el precedente que ningún militar olvida. Lo invocó Napoleón al pisar la cubierta del navío inglés "Bellerophon" manifestando que, terminada su carrera política, deseaba sentarse en el hogar británico bajo la protección de sus leyes. Si Inglaterra no resultó todo lo generosa que debió ser con el emperador vencido y lo condujo al destierro de Santa Elena, fué por que se lo exigían así imperiosas razones políticas y militares y porque su formidable prisionero conmovía el continente europeo con su sola presencia.

El barón Holmberg, coronel porteño, derrotado y hecho prisionero por Otorgués en el Espinillo, en 1814, fué enviado al campamento de Artigas que lo libertó sin condiciones; y lo mismo ocurrió con el general Viamonte y su estado mayor, vencidos en Santa Fe por el jefe artiguista Mariano Vera y mandados a Purificación, donde el Jefe de los Orientales después de retenerlos algunos días los dejó en completa libertad.

Posteriormente Juan Manuel de Rozas, con ser quien era, respetó la dignidad del general Paz caído accidentalmente en su poder en 1835; y Quiroga, el terrible Facundo, tuvo en sus manos al general Alvarado, su enemigo, al que trató dignamente y dejó libre, recordando que era un guerrero de la independencia argentina.

Pero los que llamaban bárbaros al Jefe de los Orientales y sus tenientes no tuvieron esa generosidad con Andresito, el vencedor de Candelaria, del Rincón de la Cruz, de Apóstoles, de Saladas y de San Nicolás.

En Montevideo un callejón sin salida recuerda al viandante que pasa de largo la legendaria figura del caudillo guaraní, y es circunstancia curiosa que su apellido indí-

gena esté hasta mal escrito. Guacurarí no es, por otra parte, un apelativo vinculado a su figuración histórica; después que fué adoptado como hijo por Artigas, firmó siempre con su apellido. Como Andrés Artigas y más aún como Andresito fué conocido en la Banda Oriental, en Corrientes y en ambas Misiones, donde un tiempo su prestigio luciera y resonaran sus proezas.

Puede decirse que la nación guaraní de las Misiones orientales se extinguió casi al mismo tiempo que su afamado caudillo. "Las guerras de 1816 a 1819, afirma el canónigo Gay, hicieron desaparecer casi todos los indios varones de San Borja y con la invasión de Rivera en 1828, desaparecieron enteramente.

Andresito fué de los caudillos guaraníes el que mejor resumió en sí las cualidades fundamentales de aquella nación desventurada: el altivo sentimiento de su independencia, el valor impetuoso, la lealtad y la constancia ilimitadas. De justicia sería, pues, que en Andresito se personificara el recuerdo duradero de aquellos heroicos indígenas, que combatieron y murieron por defender la Banda Oriental donde vieran la luz.

BLAS BASUALDO

BLAS BASUALDO

Dada por Artigas en 1811 la orden del alzamiento general contra las autoridades españolas, Blas Basualdo, capitán de milicias ya renombrado por su audacia, sublevó los criollos de la región de cerro Lunarejo, ubicada en el actual departamento de Rivera. Al mando de doscientos patriotas se mantuvo al norte de la Banda Oriental, en la misión de vigilancia que le fué asignada y para difundir la idea de emancipación en el vasto territorio que se extiende hasta el río Ibicuy, donde aun perduraba la influencia hispánica, arraigada por sus frailes colonizadores y por sus hombres de armas hasta entonces triunfantes.

Mientras Artigas y sus parciales operaban en el sur y vencían a los peninsulares en el Colla, San José y Las Piedras, encerrándoles en la plaza fuerte de Montevideo, Basualdo mantenía el norte de la Banda Oriental en el más completo orden, no señalándose ninguna reacción de los elementos españoles.

Cuando el Jefe de los Orientales se retiró con sus tropas del primer sitio de Montevideo, situándose en las márgenes del Ayuí, Basualdo se le incorporó con un contingente de trescientos cincuenta voluntarios, recibiendo de Artigas el título de jefe de división. Fué con Rivera, Otorgués, Balta Ojeda y Manuel Francisco Artigas, de los que se conservaron leales a la causa oriental, desoyendo las insinuaciones y rechazando indignados las pro-

mesas del delegado porteño Sarratea, que había logrado producir la desunión entre las fuerzas nativas que Artigas comandaba.

Al volver el Jefe de los Orientales al asedio de Montevideo, Basualdo le acompañaba con un regimiento de caballería de cuatrocientos cincuenta patriotas, en el que figuraban como capitanes José Antonio Berdún y Juan Bautista Santander. El mismo día en que los orientales ocupaban otra vez su sector en las líneas sitiadoras "se estrenaron en un fuerte escopeteo con los realistas en el Cordón", dirigiendo el combate Manuel V. Pagola, que era el segundo de Artigas en el mando [1]. En esa acción participó Basualdo con sus jinetes así como en las escaramuzas que casi diariamente se sucedían, pues los españoles obligados por la escasez de agua en la plaza efectuaban continuas salidas, siendo muchas veces acuchillados por la caballería patriota. En el combate del 9 de marzo de 1813 Basualdo con la cooperación de Rivera y el apoyo de alguna infantería, tuvo lucida actuación que confirmó su fama de valeroso.

Obligado por sus desavenencias con los hombres del gobierno de Buenos Aires y con Rondeau, por la convocatoria del congreso de la Capilla de Maciel, Artigas dejó el sitio de Montevideo por segunda vez en enero de 1814 sólo como acto personal, pero Basualdo y sus voluntarios le siguieron fielmente.

Las fuerzas nativas quedaron en las líneas del asedio, pero al enterarse que su jefe se había retirado se desgranaron paulatinamente en su busca. Artigas se situó sobre la margen del Uruguay en las cercanías de Belén

(1) I. de María: "Comp. de Hist. de la R. O. del U." T. II.

y allá fueron sus partidarios reuniéndosele poco a poco. Con los hombres que espontáneamente afluían y las divisiones de Basualdo y Balta Ojeda llegó a constituir de nuevo una fuerza importante (2).

BASUALDO EN LAS MISIONES

Los momentos eran difíciles para el Jefe de los Orientales. Rondeau y luego Alvear con las tropas regulares de Buenos Aires continuaban el cerco de Montevideo ocupado por los españoles; y sus comandantes, Dorrego, Soler y otros dominaban mucha parte de la Banda Oriental, en son de guerra contra los nativos. Simultáneamente tres columnas importantes a la orden del gobierno porteño marchaban contra Artigas, que había sido declarado por decreto fuera de la ley: la del coronel Eduardo Holmberg, desde Santa Fe, la del comandante Hilarión de la Quintana desde el Arroyo de la China (ahora Concepción del Uruguay) y la del intendente Bernardo Pérez y Planes desde las Misiones occidentales, por Corrientes.

En tan apurada situación Artigas demostró que poseía el sentido de la estrategia, aunque probablemente nunca habría leído un tratado relativo a la rama más elevada del arte militar. Rivera, el de mayor capacidad entre sus comandantes, fué destinado a contener a los jefes porteños que operaban en la Banda Oriental; para batir a De la Quintana, que fué aniquilado en el paso del Puente de Gualeguay, perdiendo su artillería, se valió de sus aliados entrerrianos; y contra Holmberg, mandó a Otorgués que, secundado por el caudillo de Entre Ríos Eusebio

(2) Gral. F. Rivera: "Memoria de los sucesos, etc."

Hereñú, lo derrotó completamente en el Espinillo, en dicha provincia, tomándolo prisionero, al comenzar marzo de 1814.

Basualdo por su parte rechazando la vanguardia de Pérez y Planes en Mocoretá, entró en la provincia de Corrientes y ocupó Curuzú Cuatiá. El jefe porteño que mandaba contingentes correntinos y misioneros trató de eludir la columna artiguista remontando el Uruguay hasta su afluente el Aguapey, en las Misiones, lo que precisamente ocasionó su pérdida.

Artigas había logrado concertar con Yegros, gobernante del Paraguay, una acción de conjunto para contrarrestar las pretensiones absorbentes de Buenos Aires, y fué en esa ocasión que los paraguayos le aportaron el concurso de sus armas.

El capitán Vicente Matianda, que comandaba la guarnición de Candelaria, se unió con sus tropas al jefe artiguista. Pérez y Planes que disponía de seiscientos hombres, entre ellos doscientos infantes, fué alcanzado por Basualdo y Matianda en La Cruz, en las proximidades del río Aguapey y derrotado completamente después de un combate vigoroso y sostenido, en el que Basualdo lanza en puño y a la cabeza de sus jinetes cargó a los infantes enemigos, hasta rendirlos conjuntamente con el jefe superior que le entregó su espada.

Como consecuencia de este brillante hecho de armas, que ocurrió también en marzo de 1814, las ofensivas que el gobierno porteño dirigió contra el Jefe de los Orientales quedaron aniquiladas y Corrientes, que aun dependía de la intendencia de Buenos Aires y las Misiones occidentales entraron en la órbita de la influencia política y militar de Artigas.

LA LUCHA EN ENTRE RÍOS

Al finalizar aquel año fué llamado Basualdo para oponerse a las nuevas tropas que el gobierno concentraba contra Artigas, ocupando la región de la margen entrerriana del río Uruguay, que se transformó en una de las bases de los recursos artiguistas.

El coronel Eusebio Baldenegro, jefe oriental al servicio de Buenos Aires, llegó por vía fluvial al Arroyo de la China donde logró desembarcar con éxito, acompañado de ciento cincuenta Dragones de la Patria que comandaba el teniente coronel Hortiguera y algunas piezas de artillería. A este núcleo se reunieron trescientos soldados que ocupaban Paysandú al mando del teniente coronel Melián, y que repasaron el Uruguay llamados por Baldenegro, más doscientos cuarenta hombres de las milicias entrerrianas (3).

A la cabeza de sus setecientas plazas, Baldenegro marchó inmediatamente contra Basualdo; éste no eludió el choque y ambos jefes orientales se enfrentaron en la Capilla del Palmar, sobre la confluencia del arroyo Pos - Pos, el 14 de diciembre. Basualdo sólo disponía de cuatrocientos hombres de caballería, una compañía de infantes y de dos piezas de pequeño calibre; sin embargo la brega que fué porfiada y sangrienta duró todo el día. Ambos eran valientes y tenaces y cruzaron sus fuegos hasta que las municiones se agotaron; luego siguió el choque de los sables y las lanzas en desesperadas cargas, pero al fin la

(3) Of. de Soler a Dorrego interceptado por Artigas. Bauzá: "Hist. de la Dom. Españ." Doc. de prueba 11 A.

superioridad de los elementos de Baldenegro obligó a Basualdo a retirarse, lo que hizo combatiendo hasta Yeruá, donde en un nuevo encuentro, al día siguiente, perdió un cañón y algunos prisioneros, logrando no obstante resistir a su adversario que, sin intentar desalojarlo, ni amagar siquiera la persecución, regresó a su punto de partida.

Estos dos reveses no produjeron resultados decisivos. Es verdad que la retirada de Basualdo desorganizó sus fuerzas, y dejó en descubierto del lado del río Uruguay la posición del Jefe de los Orientales, que se vió obligado a nuevas determinaciones para asegurarla (4). Con la ayuda de algunas milicias entrerrianas que le proporcionó el caudillo Ramírez, Basualdo pudo reconstruir su división que denominó Auxiliadora del Norte y con la audacia que le era característica invadió Corrientes el 17 de diciembre.

SU CAMPAÑA EN CORRIENTES

El comandante de la plaza de Curuzú - Cuatiá, José Gabriel Casco se unió a Basualdo con sus contingentes, y formando la vanguardia marchó hacia la capital de Corrientes. En noviembre anterior Casco había sido batido en Curuzú - Cuatiá por los jefes correntinos, lo que se festejó en Buenos Aires como un gran triunfo sobre las tendencias artiguistas, y bajo la impresión del agravio buscaba anhelosamente un desquite.

Mandaba las opuestas fuerzas correntinas el mayor

(4) Bauzá, ídem, ídem.

graduado Jenaro Perugorría, (5) que habíase manifestado antes partidario de la liga federal encabezada por Artigas, obteniendo de éste armas y dinero. Vuelto a Corrientes pareció en el primer momento que serviría a la causa federalista y llegó hasta reunir un congreso provincial, que presidió como "Diputado Representante de Artigas", pero enseguida apoyado por la fuerza veterana derrocó a Juan Bautista Méndez, que gobernaba legalmente y era adicto a las ideas federativas. Como premio a su tentativa para sustraer Corrientes de la influencia artiguista, recibió Perugorría del gobierno de Buenos Aires la designación de comandante general de la provincia (6).

El comandante Casco entretuvo a Perugorría guerrilléandolo en el río Batel, a la espera de Basualdo. El jefe correntino aguardaba a su vez el auxilio de las tropas de Baldenegro, que le había sido anunciado desde Buenos Aires, y pasando el río a pesar de la resistencia de los tiradores de Casco se situó en la hacienda de Colodrero, en la que se atrincheró disponiendo de buena artillería.

Hacia el 20 de diciembre Basualdo, con un total de setecientos hombres y un cañón, tomó contacto con Perugorría que tenía algo más de cuatrocientos soldados, en su mayoría infantes y varios cañones. La lucha fué ardua y bien mantenida por ambas partes, rechazando los sitiados a punta de bayoneta hasta tres asaltos de los sitiadores. Faltos de víveres y principalmente de agua, que los sitiados no pudieron obtener haciendo pozos y por

(6) A. Zinny: "Hist. de los Gobern." T. II.

(5) Con este nombre y apellido figura en las listas de revista. Algunos historiadores afirman que se llamaba Jenaro Pedro Gorría.

haber sido rechazados en las salidas que efectuaron, para proveerse en las lagunas cercanas, Perugorría capituló a los cuatro días con garantía de la vida para él y sus subordinados [7].

Antes de empezar a combatir en Colodrero, Basualdo envió a José de Silva, patriota correntino de todos estimado, con el fin de ocupar la capital y reunir las milicias. Para facilitar la tarea expidió Basualdo un manifiesto invocando su investidura de comandante general y que está fechado en Batel, el 19 de diciembre. "Nadie está exento del servicio militar sino por causa muy justa", decía y a la vez estimulaba el olvido de todos los resentimientos que podían causar sumo perjuicio; y agregaba: "no nos mostremos hombres de un carácter privado; tengamos carácter público, que unidos en una misma causa seremos felices y haremos a nuestro país feliz" [8].

El prestigio de Artigas, en cuya representación actuaban Basualdo, Casco y Silva, cambió instantáneamente la situación. Silva reunió sin dificultades los milicianos y entró en la ciudad de Corrientes el 28 de diciembre. Los miembros del Cabildo habían huído en su mayoría y los restantes reconocieron el oficio de Basualdo, que "en carácter de comandante general dirigía al comandante de milicias de la provincia don José de Silva".

El día 29 le llegaban al comandante Silva nuevas comunicaciones de Basualdo enterándolo de la rendición de Perugorría, y nombrándolo gobernador de la provincia, "en cuyo carácter también fué reconocido por el Cabildo".

---

(7) J. Pujol: "Memoria sobre los sucesos de Corrientes en 1814". Rev. de B. Aires. 1865.

(8) H. F. Gómez: "Hist. de Corrientes".

Sabrá Vd., le escribió, como el 24 del corriente se rindieron las fuerzas del famoso Perugorría, sin más tratado que bajo mi palabra de honor les librase la vida; es todo lo que puedo a Vd. comunicar de nuevo; hoy le remito a Vd. lo que me pide; pórtese con energía y entusiasmo, que espero de Vd. como hombre sensato y verdadero ciudadano desempeñará lo mejor en lo que se le comisiona". (9)

Basualdo envió al capitán Sandoval con un destacamento de Dragones para sostener la autoridad del nuevo gobernante, pero "en contra de lo que pudiera suponerse, dice el historiador Gómez, don José de Silva no se puso al servicio de una política de represalia, ni ella le fué indicada por el vencedor".

El jefe vencido en Colodrero, sus oficiales y doscientos soldados fueron remitidos al campamento de Purificación. Después de una minuciosa información y presionado por sus jefes, que creían necesario destruir el mal efecto causado en la liga federal por la traición de Perugorría, Artigas lo hizo fusilar por "haber faltado, dice la sentencia condenatoria del 17 de enero de 1815, al juramento con que se obligó a sostener los derechos de Corrientes, abusar de la confianza depositada en su persona y perturbar el orden volviendo las armas contra sus hermanos orientales, por lo que se le declaraba reo de lesa patria, enemigo de su provincia y traidor a la libertad de los pueblos". (10)

Perugorría murió como un bravo que era y con sentimiento del mismo Artigas "que lo lloraba", dice el escri-

---

(9) Idem, ídem.
(10) M. F. Mantilla: "Crónica Hist. de Corrientes".

tor y estadista correntino Pujol. (11) "No es mi ánimo, escribía Artigas al gobernador Silva en 26 de enero, derramar la sangre preciosa de los americanos, pero las circunstancias nos han estrechado de tal modo que debemos hacer respetable nuestra justicia si deseamos que ella triunfe. Esto mismo conoció el comandante Perugorría y penetrado de su crimen, muy lejos de acobardarse en el último suplicio, lo confesó públicamente y animó a los soldados de la libertad para que siguiesen su sistema constantemente y escarmentasen en su persona para no ser infieles a su patria". (12)

"El castigo de Perugorría, expresa el historiador Gómez, venido como representante de Artigas a organizar políticamente la provincia, estableciendo su primer Congreso en 1814, era para la moral de la época algo inevitable". Pero los demás prisioneros fueron todos perdonados y puestos en libertad. "Los delincuentes han pagado su delito y los inocentes regresan a gozar de la tranquilidad de sus casas, le escribía el Jefe de los Orientales al gobernador de Corrientes el 10 de enero. Después de un serio escrutinio sobre los oficiales que acompañan al ciudadano Jenaro Perugorría, he descubierto la malicia de éste y simplicidad de aquéllos; uno y otro pongo en conocimiento de Vd. para que esos infelices no sean incomodados, ni aun degradados por un yerro eventual y los malvados escarmienten en adelante en la cabeza de aquel delincuente" (13).

---

(12) Original en el Archivo de Corrientes.
(13) Idem, idem.
(11) Rev. de Buenos Aires. T. VII.

BASUALDO EN LA CAPITAL

El 8 de enero entró en la ciudad de Corrientes el vencedor de Colodrero con sus tropas. Una enorme concurrencia, dice el doctor Gómez, se congregó a homenajear al vencedor de Perugorría, cuyo espíritu de conciliación era conocido, tanto por las proclamas de Silva, que él inspirara, cuanto por las severas instrucciones que le diera de mantener el sosiego público, de no permitir desórdenes y de que hiciera renacer la tranquilidad, "para que los vecinos vivan gustosos en sus hogares, privando el que las familias se dispersen errantes por influjo de los enemigos del sosiego general". Abundando en esos propósitos. Basualdo le había escrito a Silva el mismo día que le comunicaba su victoria, el 29 de diciembre, desde San Roque: "en el caso de que se halle en la ciudad hará presente a su vecindario por medio de carteles fijados en las esquinas, que el modo de pensar de nuestro general don José de Artigas y su comandante general Blas Basualdo, es que ningún vecino desampare nuestra santa causa de la libertad, sino que se mantengan en sus casas tranquilos, cuidando de sus labores domésticas, sin temores ni recelo alguno por las opiniones cualesquieran que hubieran seguido". Y agregaba: "Tengo dadas mis órdenes a mis súbditos imponiendo la pena de vida al que robe al vecino o cometa algún desorden, como lo he verificado en el camino que he hecho dos justicias" (14).

Así sentía y obraba el correcto y enérgico jefe artiguista, a quien se ha querido presentar como un bando-

(14) En el Archivo de Corrientes, ...

lero sin fe ni ley, más que nada para atenuar el significado y los efectos de sus victorias. El historiador correntino Gómez, que con tanta eficacia ha contribuído a poner en claro los sucesos que ocurrieron en su provincia en 1814-15, dice después: "Tan generosa actitud que cosechó a Basualdo calurosa ovación popular, fué extremada con la permanencia de un día en la ciudad capital. El nueve se pone en movimiento y contramarcha a dominar la campaña y unirse con Artigas, evitando así los enormes perjuicios que irrogan los acantonamientos".

El Cabildo no pudo permanecer silencioso ante esta conducta, y labró el día nueve un acta que subscriben el gobernador Silva y los regidores Pedro José Cabral, J. B. Flores, Bartolomé Quiroga, J. J. Lagraña y Gaspar López, haciendo constar que el pueblo secundó al coronel Basualdo y que ni éste ni sus tropas habían irrogado daño alguno a la ciudad. Antes de partir Basualdo ratificó el nombramiento de Silva como gobernador, quien en diez de enero escribía al general Artigas asegurándole la adhesión de Corrientes al sistema federal, y comunicándole, junto con el Cabildo, la corrección de las fuerzas que lo representaban".

Artigas respondía: "Acabo de recibir el testimonio autorizado con que ese ilustre Ayuntamiento certifica no solamente el restablecimiento de la paz y de la unión, sino la mejor comportación del jefe, oficiales y soldados de la División Auxiliadora. Yo felicito al pueblo en nombre de V. S. y a mí mismo por tan favorable resultado, para que todos se desengañen de los ardides con que la malicia desfigura los hechos para envolvernos en la confusión y hacernos más infelices. Yo celebraré que V. S.

reconociendo el importante servicio que acaban de hacer mis tropas a la provincia de Corrientes, dejándola en pleno goce de sus derechos y en manos de sus hijos naturales, se desvele por su conservación y aumentación. Este es mi objeto por más que mis enemigos publiquen lo contrario. Yo acredito con los hechos lo que ellos no pueden ni con palabras" ([15]).

Durante su mando en Corrientes Basualdo tomó prisionero al comandante de milicias José Ignacio Añasco y, mediando el parecer de sus oficiales, lo mandó fusilar. No obstante su gravedad, este hecho no le fué reprochado con mayor acritud por los historiadores extranjeros, tan contraídos a la búsqueda de faltas que censurar en Artigas y sus tenientes. ¿Por qué? La explicación es simple. Añasco había cometido muy poco tiempo antes una verdadera tropelía haciendo ejecutar a dos capitanes de Ensenadas y colgar sus cadáveres en la plaza pública de San Cosme, sólo porque siendo artiguistas se negaron a marchar con Perugorría ([16]). Se cumplió pues en Añasco la ley de la represalia, que, por dura que parezca, fué aplicada hasta por el virtuoso general Belgrano, como por Alvear y Lavalle, tan glorificados por sus compatriotas.

El 17 de enero estaba Basualdo en Saladas, donde supo la rotunda victoria obtenida el día 10 en Guayabos por Fructuoso Rivera contra Manuel Dorrego y en su homenaje, al comunicarla, mandó izar la bandera de la federación.

"Quedo enterado, le contestaba el gobernador Silva el día 30, de la voluntad del señor general, que en los pue-

(15) En el Archivo de Corrientes.

(16) J. Pujol: "Memoria" cit.

blos orientales [17] se fije la bandera tricolor, blanca, azul y colorada, para distinguirse de Buenos Aires, la que debe tremolar también en medio de los ejércitos, para que todo el mundo se desengañe y sepa lo que defendemos, cuya disposición circulé a los pueblos de mi mando". [18]

EL REGRESO A ENTRE RÍOS

Sin perder de vista los negocios políticos y militares de Corrientes, con cuyo gobernador mantuvo nutrida correspondencia, transmitiéndole las noticias de la guerra en el Alto y Bajo Perú y "caracterizando en vistas generales la importancia y trascendencia del momento histórico", [19] Basualdo regresó a Entre Ríos en busca de su antiguo contendor el coronel Baldenegro.

Este trató de negociar con aquél, renovando las proposiciones que días antes hiciera al Jefe de los Orientales, de que uno ni otro se inmiscuyeran en los asuntos de Entre Ríos y Corrientes y que fueron rechazadas por Basualdo, argumentando que las provincias aclamaban a Artigas como el campeón de las aspiraciones populares.

Baldenegro mantuvo su consecuencia a los procedimientos del centralismo porteño y habló de marchar contra Basualdo, para imponerle la paz por la fuerza. Sus cálculos fallaron. Con sus valerosos y sufridos jinetes fué Basualdo quién marchó contra Baldenegro, pero éste desmoralizado por las constantes deserciones que raleaban sus filas, y frente a la perspectiva de un nuevo combate con

(17) Debe entenderse "orientales" del Paraná, esto es, Corrientes, Entre Ríos, Misiones y la Banda Oriental.

(18) H. F. Gómez. Ob. cit.

(19) Gómez. Ob. cit.

el jefe triunfante que arrollaba violentamente sus avanzadas, acató la orden que tenía de regresar y se embarcó para Buenos Aires con trescientos hombres que le quedaban. Sin combate formal Basualdo ocupó el Arroyo de la China a mediados de febrero, reasumiendo su cargo de jefe del litoral entrerriano.

FIN DE BASUALDO.

Infortunadamente, poco tiempo sobrevivió a estos sucesos el generoso caudillo. En la tercera semana de mayo de 1815, cuando Artigas alcanzaba la cúspide de su poderío gobernando o dominando en seis provincias, Basualdo fallecía de enfermedad en su guarnición, en momentos en que había sido electo representante de Entre Ríos al congreso de la liga federal, que debió reunirse en Mercedes y que fracasó por la inminencia de la invasión luso - brasileña, propiciada por Buenos Aires.

El Jefe de los Orientales le decretó grandes honores póstumos. "Acabamos de perder, le decía al Cabildo de Montevideo en su oficio del 21 de aquel mes, al virtuoso ciudadano comandante de división D. Blas Basualdo. La muerte le arrancó de nosotros después de una dolencia dilatada y en el lleno de sus destinos, señalando su carrera con servicios brillantes que reclaman el reconocimiento de la patria y el reconocimiento de los hombres de bien. Yo he regado su sepulcro con mis lágrimas y he tributado a su memoria todas las honras debidas a su mérito admirable. Sin embargo, sus trabajos y sus glorias piden una demostración. La Provincia le debe fatigas de cinco años; la victoria coronó tres veces sus esfuerzos y sus resul-

tados bienhechores halagaron la consolación pública. Yo excito todo el civismo, la ternura y la gratitud de esa noble corporación para que acompañando mi justo dolor y el del ejército lleve su memoria al pie de los altares, dedicando un día la piedad religiosa en su obsequio". [20]

Sobre la indicación de Artigas el Cabildo montevideano conmemoró a Basualdo, en términos que no dejan dudas acerca de su valimiento como guerrero y como ciudadano. "En este estado, expresa el acta respectiva, noticioso S. E. del lastimero suceso acaecido en el Ejército Oriental, cual era la pérdida de uno de sus más beneméritos y dignos jefes, habiendo fallecido el valiente e inmortal coronel D. Blas Basualdo; penetrado del golpe tan terrible que la horrorosa muerte descargó sobre nosotros con quitárnosle en tiempo que más carecíamos de la fe y lealtad de un tan valiente como prudente caudillo, demostró S. E. las mayores y más susceptibles pruebas que le causaba tan doloroso acontecimiento; y enseguida pasó a acordar, como acordó, que para el siete del entrante junio se celebrasen en la Iglesia Matriz de esta ciudad las exequias y funerales como corresponde a la memoria de tan heroico como virtuoso militar..." [21]

Las ceremonias fúnebres realizadas en consonancia con lo resuelto por el Cabildo, constituyeron, con su pompa y esplendor y la concurrencia de las autoridades y la población, un espectáculo nunca visto en Montevideo. El Cabildo en pleno presidió la singular escena de derramar el vino en la palma simbólica de los antiguos ritos funerarios. [22] Pero aquella consagración oficial y popular no

(20) Rev. Histórica. T. XII, facsímil de la pág. 98.
(21) Lb. capitular de 1815, acta del 31 de mayo.
(22) I. de María: "Montevideo antiguo". T. II.

impidió que, posteriormente, la calumnia histórica se cebara en la memoria del vencedor de La Cruz y Colodrero, como por sistema ocurrió con casi todos los subordinados del Jefe de los Orientales.

SU JUSTIFICACIÓN HISTÓRICA.

Pedro Feliciano Cavia, el difamador de Artigas, dijo en su conocido folleto que el teniente correntino Juan Esquivel fué asesinado por orden de Basualdo, cerca de los Vateles, jurisdicción de Corrientes. Hizo esta afirmación sin aducir ninguna prueba, pero se guardó bien de recordar que "los Vateles" fué el campo de batalla de Colodrero, siendo éste el nombre de la estancia donde se atrincheró el mayor Perugorría y Batel (o Bateles) el del curso de agua tributario del río Corrientes que la limitaba.

El relato del doctor Pujol, político correntino en nada afecto a las tendencias artiguistas, establece que los prisioneros tomados por Basualdo en la acción de Colodrero o Batel fueron todos indultados y recobraron su libertad, con excepción del jefe Perugorría, como ya se ha dicho. ([23]) De modo que si todos los prisioneros obtuvieron indulto, es lógico pensar que Esquivel — si realmente existió — no caería prisionero; y si resultó muerto en el combate constituye una verdadera falsedad y una intemperancia de lenguaje decir que fué asesinado.

Existió una tercera circunstancia en que pudo ser comprendido el nombrado Esquivel, y es la que se enuncia en la carta de Basualdo anteriormente transcripta, de que hizo "dos justicias" en el camino de Batel a Co-

(23) "Memoria" cit.

rrientes. Pero resultaría un pecado venial en aquellos tiempos hacer pegar cuatro tiros a un salteador de caminos, tomado en flagrante delito, aún prescindiendo de las formas legales que nadie invocaba, ni conocía, cuando los generales de tropas regulares saqueaban pueblos e incendiaban iglesias y conventos, sin reparar si estaban dentro los niños que en ellos recibían instrucción.

Ramos Mejía afirma en su "Neurosis de hombres célebres", ([24]) que Basualdo fué un ebrio consuetudinario "oprimido por el *delirium tremens*", sin que ningún documento, relato escrito o tradición conocida abone esa acusación, tan arbitraria a la memoria de un hombre que murió de enfermedad natural en plena juventud, y que, tres meses antes, había dado en la ciudad de Corrientes las muestras públicas de su magnanimidad y equilibrio, que hemos documentado.

Otros escritores afirman que con el apodo de "Blasito" cometió innúmeros desmanes y Antonio Díaz llega hasta señalar las fechas de los mismos. "Ausente Artigas, dice, quedaron en el territorio (oriental) grupos desordenados que cometieron toda clase de excesos que Artigas no autorizó entonces, pero que toleró después por los años 1815, 16, 17 y 18 en que florecieron Otorgués, Encarnación, Blasito, Gari, Pedro Amigo, Manuel Casavalle, Gai y otros no menos célebres y sanguinarios capitanejos". Agrega después, que "Blas Basualdo (a) "Blasito", fué asesinado por un muchacho en una pulpería a inmediaciones de Nogoyá, Entre Ríos, en 1828". ([25])

---

(24) Cap. IV.

(25) T. XIII de la "Hist. Polit. y Mil. de las Reps. del Plata", págs. 21 y 27.

Ya se ha demostrado en el curso de este estudio que Basualdo actuó poco tiempo en el territorio de la Banda Oriental, siempre bajo las inmediatas órdenes de Artigas y a la cabeza de un contingente bastante numeroso; y que su principal desempeño fué en las provincias de Corrientes y Entre Ríos. Se ha establecido, asimismo, con la transcripción de documentos irrebatibles, que su fallecimiento se produjo en 1815, todo lo que pone en evidencia, una vez más, la forma parcial, apasionada e injusta con que trataron nuestros hechos y nuestros hombres los historiadores de la otra banda Vicente F. López, Ramos Mejía, algunos otros y además Díaz, a quien no se puede considerar como nuestro aunque publicó sus libros en Montevideo.

En cuanto al alias de "Blasito", nadie en vida se lo adjudicó al coronel Basualdo. En su correspondencia, cuando Artigas nombraba a sus segundos decía por lo general: Otorgués, Latorre, Bauzá, Ramírez, pero siempre que se refería a Rivera le llamaba "don Frutos" y a Basualdo "don Blas", lo que demuestra la alta consideración que le merecían sus dos valerosos tenientes. ([26])

Pero es posible que ese apodo de "Blasito" haya correspondido al hijo de Basualdo de nombre Ildefonso, que quedó huérfano de padre siendo aún niño, en el mayor desamparo y sin educación alguna, y el que posteriormente intervino en hechos delictuosos, por los que fué encausado bajo la acusación de asesinato y robo en 1823 por el regidor decano y juez de menores de Guadalupe (Canelones) Ildefonso Champagne, no recayendo sentencia en su contra por hallarse prófugo. ([27])

(26) Cartas de Artigas a Barreiro. Bauzá. T. III.
(27) A. Díaz. Ob cit. T. XIII.

Sin embargo, no es tampoco Ildefonso Basualdo el asesinado de Nogoyá en 1828, de que habla Antonio Díaz. En 1832 aparece reivindicando la propiedad de valiosos campos del departamento de Soriano que correspondían a la estancia de Basualdo, donde nació su hijo, y de cuya gestión hay antecedentes en nuestros archivos judiciales. Esta circunstancia permite, además, suponer que el coronel Basualdo no era santiagueño, como dijo el general Rivera en su "Memoria" ya citada, sino oriundo de la Banda Oriental, teniendo por cuna el departamento chaná.

* * *

Destruídas fácilmente todas las inexactitudes históricas que la ensombrecían, la figura cívica y guerrera de Blas Basualdo se destaca en sus contornos verdaderos. Su breve actuación fué brillante y victoriosa; su lealtad a los postulados artiguistas constante y sincera.

En su efímero gobierno de Corrientes y durante el que ejerció en la región norte y este de Entre Ríos, desplegó las cualidades que en aquellos tiempos de confusión y de violencia eran indispensable a un jefe de provincia. No permitió ni toleró exacciones de ningún género; mantuvo rígidamente el orden y las tropas que comandó guardaron siempre su disciplina.

Por estas circunstancias que no están contradichas documentariamente, ni con argumentos valederos, Artigas pudo llamar al coronel Basualdo "virtuoso ciudadano de mérito admirable", y el Cabildo montevideano calificarle de "caudillo tan valeroso como prudente", siendo con estos honrosos títulos que debe figurar en nuestra Historia.

FERNANDO OTORGUÉS



Fernando Vazquez

FERNANDO OTORGUÉS

Entre los segundos de Artigas que con insuperable valentía y constancia lucharon contra la ocupación española y la porteña, y resistieron a los invasores luso-brasileños, fué Otorgués el más caracterizado como militar, y de los más importantes por los comandos y las funciones de gobierno que ejerció. En los momentos culminantes de su actuación guerrera y política tuvo Otorgués casi tanto relieve como el propio Artigas. Los poderes extranjeros que, sucesivamente, asentaran su dominio en la Banda Oriental reconocieron su prestigio y procuraron atraerle a sus respectivas causas, como medio de concluir las contiendas en que estaban empeñados [1].

El gobernador español Vigodet, encerrado con su ejército en la plaza fuerte de Montevideo, fué el primero que abrió negociaciones con Otorgués en 1814 valiéndose de Romarate, comandante de su escuadrilla naval, con la esperanza de ser ayudado por los jefes nativos en la guerra contra Buenos Aires. Después la corte de Río Janeiro quiso propiciar un entendimiento con Otorgués prescindiendo de Artigas, para restituir la Banda Oriental a

(1) Conservamos al famoso caudillo su apellido histórico, conforme a las normas de las composiciones de esta índole. Tal vez se apellidara Torguet, como figura en la partida de defunción de su padre, aunque esta anotación puede estar equivocada (f. 208 del Lb. 2º de defunciones de la I. Metropolitana).

la corona española, en la segunda mitad del mismo año 1814; y, por último, el directorio porteño trató en 1817 de separarlo de la causa oriental, a fin de que la ofensiva militar luso - brasileña venciera con más facilidad la resistencia que oponían Artigas y sus parciales.

La verdad rigurosa es que Otorgués, de fuerte aunque tosca mentalidad, se prestó a los juegos diplomáticos del general Vigodet, de la princesa Carlota Joaquina y del director Pueyrredón que, sin embargo, no lograron envolverle en las maniobras políticas que comprometieron su buena fe y su lealtad tanto o más que las del jefe oriental. Otorgués permaneció en lo fundamental completamente adicto a la causa nativa, lo que en la oscuridad y confusión de los tiempos puede servir de suficiente justificativo histórico a un caudillo de inferior cultura, en quien la aptitud para la acción era la cualidad resaltante.

Antecedentes son éstos de la mayor importancia para conocer la verdadera fisonomía moral de Otorgués, que una implacable crítica histórica presenta deformada a la posteridad.

El brioso caudillo cayó prisionero de los luso - brasileños por sorpresa en 1818 y con este episodio terminó su vida pública. Hasta el año anterior el general Pueyrredón buscaba su cooperación, tratándole de igual a igual; pero el intento de atraer a Otorgués a la causa porteña fracasó. Desde entonces, y no antes, comenzó contra él la campaña de difamación que no le ahorró calificativo por infamante que fuera y que aún hoy le atribuye todas las maldades, los procedimientos más crueles y los atropellos más execrables.

Qué hechos sucedieron desde 1817 en que el director de

las Provincias Unidas llama su amigo y paisano a Otorgués, hasta 1818 en que fué aprisionado por los luso-brasileños, que cambien fundamentalmente el concepto que merecía a Pueyrredón? Los documentos demuestran que la conducta militar y política de Otorgués no fué diferente en 1818 de la de 1817; que ningún hecho repudiable ejecutó, lo que lleva al historiador imparcial a preguntarse si las faltas y delitos que se le atribuyen fueron cometidas con anterioridad a las gestiones de Pueyrredón, por qué éste procuraba su amistad y colaboración?

La historia debe escribirse, dice Tácito en sus "Anales" sin resentimiento ni favor; y es cumpliendo este precepto invariable de profunda moral y fundándose en los documentos, que hay que trazar la figura real al par que legendaria de tan discutido guerrero.

SU ORIGEN. — SU EDUCACIÓN

Nació Otorgués en el seno de una familia bien constituída. Su padre de nombre José era oriundo de Tamarite de Litera, de la provincia de Huesca, en el antiguo reino de Aragón, cuyos habitantes se caracterizaron por la pertinacia de su carácter, su incorruptible honradez y su valor. Obtenido su retiro del cuerpo de Dragones por invalidez, José Torguet permaneció en Montevideo donde fundara su hogar, falleciendo en 1780 a los cuarenta y cuatro años de edad.

También por su madre Feliciana Pérez era de sangre europea Otorgués, que había heredado los rasgos distintivos de su ascendencia aragonesa. Era blanco de color, alto y esbelto, de recio carácter, de soberbia apostura e

indómito valor que le atrajeron las simpatías de los nativos.

Siendo de familia pobre recibió una instrucción incompleta, que sus contemporáneos Dámaso Larrañaga y José R. Guerra afirman que no correspondía a sus "talentos nada comunes" (2). Sólo había aprendido a leer, escribir y algo de contabilidad y desde muy joven se dedicó a las tareas del campo, en las que llegó a ser sumamente diestro. Su fuerza y arrojo para dominar el toro y el potro salvajes, su maestría de jinete y su habilidad para el manejo del lazo y las boleadoras dieron a Otorgués un gran renombre que perduró muchos años. Aun en la guerra civil de 1897 hablaban de Otorgués los viejos soldados alrededor de los fogones de los campamentos, como de un gaucho sobresaliente, cuyo nombre era conservado por la tradición.

LAS PRIMERAS ARMAS

Desde los primeros tiempos de su actuación como oficial del regimiento de Blandengues y después de las milicias en el servicio de vigilancia limítrofe, Artigas contó con la cooperación de Otorgués y otros criollos, que le acompañaban sin revestir carácter militar.

La vida en el confín era sumamente dura, llena de privaciones y rodeada de peligros. Retenes de efectivos reducidos y separados de sus respectivos cuerpos y bases de abastecimiento por quince o más días de marcha, cubrían el servicio fronterizo para reprimir el contrabando, que tuvo su auge en los últimos años del siglo diez y ocho y

(2) "Apuntes históricos". Rev. Histórica. T. VII.

primeros del diez y nueve, repeler las constantes invasiones de los luso-brasileños que procuraban extender su dominio político hasta el río Negro, combatir el bandolerismo ejercido por partidas organizadas y con buenas armas y contener los desmanes de los indios que, arrojados por los invasores de sus pueblos y plantaciones, habían perdido sus instrumentos y hábitos de trabajo, y buscaban en el robo de ganado la satisfacción de las necesidades de su existencia.

Los retenes debiendo contar con su sola fuerza contra tantos y tan variados enemigos estaban siempre sobre las armas. Desde 1797 a 1801 se produjeron numerosos encuentros en que actuaron Jorge Pacheco, Rondeau, Artigas, Felipe Cardozo y otros, y en los que no por carecer de importancia militar se arriesgaba menos la vida.

En 1801 tuvo lugar una de las más encarnizadas escaramuzas en la que "Artigas con una partida de adictos personales suyos, entre los que ya se distinguía el bravo Fernando Otorgués, sorprendió una fuerza portuguesa que arreaba ganado para la frontera, pretendiendo ser comerciantes que venían del río Negro" (3).

LUCHA CONTRA LOS INGLESES 1806 - 1807

Otorgués y sus hermanos José y Matías tomaron las armas al producirse la invasión inglesa de 1806, como todos los criollos que, sin vislumbrar aún el porvenir de las colonias españolas de América, se creyeron en el deber de ayudar a sus opresores contra la conquista británica.

(3) J. Maeso. "Artigas". T. II.

José como cabo y Matías en clase de soldado de artillería, formaron en las tropas que Montevideo movilizó para tentar la reconquista de Buenos Aires. Matías con el apellido de Otorgue figura en la "Relación de los oficiales y tropa del Real Cuerpo de Artillería, que tomaron parte en las acciones del 10 y 12 de agosto de 1806 en la reconquista de Buenos Aires", suscripta por el capitán - comandante Francisco Agustini (4); y José, que fué herido en dichos combates, obtuvo cédula de inválido en 1809 (5).

Fernando Otorgués, como sargento de las milicias de Colonia, tuvo eficaz intervención en la arriesgada empresa que llevó a buen término la capacidad militar del coronel Liniers. Encargado de abastecer el ganado de silla y de arrastre para la columna expedicionaria, Otorgués reunió ochocientos potros que hizo domar durante las marchas para Colonia, y merced a su actividad los cañones y el tren pudieron llegar al paraje de embarque, al mismo tiempo que las tropas. Iguales servicios prestó durante las marchas de aproximación a Buenos Aires, concurriendo como sus hermanos a las vigorosas acciones que libertaron la ciudad de las tropas inglesas. El gobernador español Elío tuvo en cuenta esos servicios, y sobre la reclamación de Otorgués mandó que se le abonaran los haberes correspondientes a su clase de sargento (6).

Al comenzar el año siguiente la flota inglesa echó anclas frente a Montevideo, teniendo a su bordo considerablemente reforzadas las tropas de desembarco. Como

---

(4) Rev. Hist. T. IV, pág. 634.
(5) "Tomas de razón" del Arch. Gral. de la N. Argentina.
(6) Arch. Gral. de la Nación.

voluntario del cuerpo de caballería que movilizó el virrey Sobremonte, Otorgués asistió a las fuertes escaramuzas libradas en el Buceo, entre la columna de las tres armas que mandó el coronel Allende y las tropas del general Auchmuty (7). En los días 16 a 18 de enero de 1807 estas tropas desembarcaron y con el fuego de su artillería, combinado con el de las piezas de la escuedra, rechazaron al coronel Allende, que debió retirarse al interior de la plaza. Las milicias en que formaba Otorgués también tomaron intervención en el reñido combate del Cristo el día 20, en que dos mil cuatrocientos hombres de la guarnición comandados por el brigadier Lecocq enfrentaron valerosamente, aunque con resultado adverso, los regimientos de infantería inglesa 38, 40, 47 y 48, apoyados por varios cuerpos de cazadores y dragones y dos baterías de artillería.

Igualmente se encontraron los milicianos que contaban a Otorgués en sus filas, en la heroica defensa que de Montevideo hicieron las tropas españolas y los cuerpos de nativos, en número de tres mil hombres, desde el 21 de enero al 3 de febrero, hasta que fueron batidos por los seis mil soldados de las tropas veteranas de Inglaterra y el fuego de las piezas de treinta barcos de los cien que formaban la escuadra.

Terminada la ocupación inglesa con el rechazo del general Whitelocke en Buenos Aires, en julio de 1807, las fuerzas nativas fueron desmovilizadas y Otorgués volvió a las faenas de campo, siendo designado por influencia de Artigas para ocupar el cargo de mayordomo del establecimiento pastoril conocido por la Estancia del Rey, donde

(7) F. Bauzá. "Hist. de la Dom. Española". T. III, Lb. IV.

se apacentaban ganados para el consumo de las tropas permanentes ([8]).

LAS PIEDRAS Y EL PRIMER SITIO

Era, por consiguiente, Otorgués un guerrillero habituado a la fatiga y al fuego, cuando los criollos se alzaron en 1811 contra el dominio hispánico. Su reputación de valiente y atrevido ya estaba hecha. Extranjeros y criollos sabían que Otorgués, con la lanza en la mano y al frente de sus voluntarios tan bravos como él, constituía una fuerza temible.

Como capitán de milicias acude al llamamiento de Artigas con un contingente de vecinos del Pantanoso y del Rincón del Cerro, a cuyo mando toma lucida participación en la batalla de Las Piedras. Su comportamiento en la primera victoria de la revolución acrece su prestigio y le atrae nuevos voluntarios, llegando a formar hasta ochocientos jinetes.

De los jefes patriotas que a las órdenes de Rondeau y Artigas sitiaron la plaza de Montevideo, se sindicó Otorgués entre los más osados y uno de los más activos, tan pronto escopeteando a los destacamentos españoles que salían del recinto fortificado, como aportando a las fuerzas nativas elementos de movilidad y ganados para su alimentación ([9]).

Al organizarse tácticamente frente a los muros de Montevideo las milicias orientales, que hasta entonces habían sido una muchedumbre más bien que un ejército, Otor-

(8) Arch. Gral. de la Nación. Caja 319, carp. 9.
(9) Of. de Rondeal a la J. de Gob. del 11 mayo 1811.

gués fué nombrado jefe del "Escuadrón de Voluntarios de Caballería Patriótica de Arerungua" (actual Salto), con el grado de teniente coronel que le otorgó la Junta de Gobierno el 12 de agosto de 1811 (10).

El armisticio del 20 de octubre de 1811 celebrado entre el virrey español Elío y el gobierno de Buenos Aires puso término a las hostilidades del primer sitio. El ejército sitiador fué disuelto y Artigas y el pueblo oriental se pusieron en marcha hacia el Ayuí; Otorgués y sus voluntarios constituyeron la vanguardia que había de despejar la ruta amenazada por la primera invasión luso-brasileña.

En noviembre la Junta de Gobierno nombró al Jefe de los Orientales teniente gobernador de Yapeyú (Misiones occidentales), para que las fuerzas de su mando contuvieran a los luso-brasileños, que a las órdenes del brigadier Chagas asolaban los pueblos de las reducciones guaraníticas.

CAMPAÑA DE MISIONES. 1812

Desde su campamento del Daymán, Artigas destacó a Otorgués a las Misiones occidentales con su escuadrón de voluntarios, tres compañías que comandaba Fructuoso Rivera y algunas milicias misioneras al mando de Planes, con un total de ochocientos hombres.

Aunque era ardua la empresa por la inferior calidad y armamento de sus tropas, Otorgués la cumplió con bastante éxito, poniendo en juego su habitual intrepidez. En la segunda quincena de abril desalojó a los luso-brasi-

(10) "Tomas de razón", del Arch. Gral. de la N. Argentina.

leños de Yapeyú y La Cruz, que dejó guarnecidas y remontando la margen derecha del Uruguay llegó hasta Santo Tomé, donde chocó el 4 de mayo con la vanguardia de Chagas, compuesta de cuatrocientos hombres con seis cañones al mando de Mena Barreto. Este atacó a Otorgués, que ocupaba el pueblo, comenzando su acción a las tres de la tarde con un violento fuego de artillería, enviando después sus infantes al asalto en diversas direcciones, pero al anochecer fué rechazado, sufriendo cuarenta bajas, hasta el paso de San Borja, donde se reunió con otras fuerzas de Chagas. Dos días más tarde volvió Mena Barreto al ataque con mayores fuerzas, batiéndose infructuosamente contra Otorgués y sus orientales que le rechazaron en definitiva, causándole nuevas pérdidas.

Conforme a sus hábitos de guerra, los luso - brasileños se retiraron desvastando las poblaciones por donde pasaban, lo que no pudo evitar el jefe artiguista con sus escasos elementos [11].

Llamado por el Jefe de los Orientales, que preveía que el nombramiento para el mando en jefe de las tropas de Manuel L. Sarratea, comerciante convertido en general en jefe, produciría graves disidencias, Otorgués se encontraba con su columna victoriosa en el Ayuí, a fines de mayo.

SEGUNDO SITIO DE MONTEVIDEO

La llegada de Sarratea con su autoritarismo vacuo y su manifiesta mala voluntad para los orientales, marcó a mediados de 1812 el principio de la división entre Artigas

(11) Gral. F. Rivera "Memorias de los sucesos de armas, etc.". Parte de Otorgués a Artigas del 11 de mayo 1812.

y el gobierno de Buenos Aires. Mediante promesas de recompensas y ascensos, Sarratea logró atraerse varios jefes de fuerzas nativas que pasaron al campo porteño con sus unidades, reduciéndose las fuerzas de Artigas de dos mil cuatrocientos a poco más de mil hombres. Pero Otorgués permaneció insensible a todas las insinuaciones.

A ese millar de patriotas se incorporaron muchos voluntarios, lo que le permitió al Jefe de los Orientales reorganizar sus fuerzas. El cuerpo de Otorgués considerablemente acrecido pasó a ser la tercera división de caballería y después el regimiento de Dragones de la Libertad, que alcanzó a contar ochocientas cincuenta plazas.

Nuevas sugestiones se ejercieron aún sobre Otorgués durante las marchas del ejército oriental desde el Ayuí, para cooperar al segundo sitio de Montevideo. Sarratea y sus secuaces incitaban a los nativos para que desertaran de las filas de Artigas, y se incorporaran a la vanguardia mandada por Otorgués, pero este caudillo permaneció leal a la causa nativa e hizo conocer de Artigas el bando del 2 del mismo mes, con que Sarratea le declaró traidor a la patria ([12]).

La acción del triunviro porteño fué todavía más lejos. Repitió sus ofertas de ascensos y dinero a los jefes y oficiales del regimiento de Dragones por conducto de Juan José Aguiar; y hasta quiso valerse de Otorgués para eliminar violentamente al Jefe de los Orientales, sea batiéndolo con las tropas de que disponía, a lo que se negó el gobierno de Buenos Aires, o haciéndolo matar, aunque de esta imputación se defendió Sarratea afirmando que

---

(12) Of. de Sarratea al Gob. de B. Aires del 27 de diciembre 1812 y carta de Artigas a Sarratea del 11 febrero 1813.

"siempre había propendido a la unión entre orientales y argentinos, rehusándose a cumplir la orden que se le dió por el gobierno de aprehender a Artigas y pasarlo inmediatamente por las armas, o remitirlo a Buenos Aires bajo segura custodia para ser juzgado allí". (13)

Todas las intrigas se estrellaron contra la firmeza de los orientales.

El 11 de febrero, Artigas intimó con una enérgica nota a Sarratea su retirada del asedio y del mando de las tropas; y aunque el triunviro pretendió continuar sus tergiversaciones, la presencia en el Cerrito de la vanguardia artiguista, al mando de Otorgués para apoyar la actitud de Rondeau contra Sarratea, determinó el sometimiento de este personaje y su retiro a Buenos Aires. (14)

Las divergencias entre los sitiadores alentaron a los sitiados, que haciendo salir numerosas tropas de la plaza chocaron violentamente con los orientales el mismo día que volvían al asedio, en el Cordón y Tres Cruces, participando en la acción Otorgués y sus Dragones. Estos asistieron después a todas las incidencias del largo asedio, distinguiéndose en los continuos combates y especialmente en los ataques a la fortaleza del Cerro (15), sin intervenir su jefe en el movimiento político que determinó el congreso de la Capilla de Maciel reunido por Rondeau y, como consecuencia, la retirada de Artigas de las líneas del sitio en 20 de enero de 1814.

Otorgués fué el primero en seguirle con su regimiento,

---

(13) Declaraciones de Tomás M. de Anchorena, diputado al Congreso de Tucumán. B. Mitre. "Hist. de Belgrano". T. III, Cap. XLIV.

(14) Gral. N. de Vedia "Memoria"; R. de Cáceres "Memoria". Arch. Gral. de la Nación.

(15) F. A. de Figueroa. "Diario Hist.". T. I.

siendo destinado a la vigilancia del bajo Uruguay, para impedir que las tropas porteñas que sitiaban Montevideo recibieran refuerzos o auxilios de Buenos Aires, cuyo gobierno expedía contra el Jefe de los Orientales el terrible decreto de proscripción y muerte que ponía a precio su cabeza, y amenazaba con el fusilamiento a todo el que siguiera sus banderas. ([16])

Esta delirante actitud del directorio porteño culminó con la designación de Otorgués para el comando superior de las tropas orientales, y su promoción a coronel de caballería de línea el 26 de febrero ([17]), sin lograrse que volviera las armas contra su jefe natural.

GESTIONES DEL GOBERNADOR VIGODET.

Fué entonces que el gobernador español cumpliendo el voto de los notables de Montevideo, hizo gestiones para atraer a Artigas y Otorgués a la causa hispánica. El falucho "Fama" con Luis Larrobla a su bordo fué despachado al Uruguay con ese objeto, pero el emisario no pudo entregar los pliegos que llevaba para el Jefe de los Orientales y solamente logró hablar con Otorgués, que rehuyó todo entendimiento "no asintiendo a nada de lo que se proponía, sin órdenes de Artigas" ([18]).

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en la Banda Oriental, el director Posadas procuró hacer cumplir su decreto del 11 de febrero movilizando contra Artigas todas las fuerzas disponibles, siendo su sobrino

(16) Decreto del director Posadas del 11 Feb. 1814.
(17) "Tomas de razón". Arch. Gral. de la N. Argentina.
(18) I. de María. "Comp. de Hist. del Uruguay", T. II. Cap. XVII.

Carlos de Alvear el estratega que desde Buenos Aires dirigió la campaña. El coronel Bernardo Pérez y Planes desde las Misiones, De la Quintana partiendo del Arroyo de la China (ahora Concepción del Uruguay) y el coronel barón Holmberg desde Santa Fe fueron enviados con sendas columnas de las tres armas contra Artigas; pero el primero fué batido totalmente en La Cruz de Aguapey (Misiones) por Blas Basualdo; y el segundo sufrió una completa derrota en Gualeguay que le inflingió Hereñú, jefe artiguista de Entre Ríos.

En cuanto a Holmberg, que era enviado con instrucciones secretas del directorio porteño para fusilar a Artigas, Barreiro, Otorgués y otros ([19]), disponía de un regimiento de caballería regular denominado Blandengues de Santa Fe, al mando de Pedro Pablo Morcillo, seiscientos soldados de infantería y cuatro cañones. Por disposición de Artigas, Otorgués cruzó el Uruguay con sus Dragones frente a Gualeguaychú y reuniéndose a Hereñú, que contaba con doscientos milicianos, alcanzó a Holmberg en el paso del Espinillo del río Gualeguay.

A pesar del recio fuego de los infantes y piezas de Holmberg, los jinetes de Otorgués y Hereñú cargaron impetuosamente y, después de sangrienta contienda en la que murió Morcillo, dominaron a las tropas regulares, cayendo prisionera toda la columna de Holmberg y también éste, que fué enviado al campamento del Jefe de los Orientales, quien pudo proveer sus exhaustos parques con los fusiles y cañones tomados al jefe porteño. ([20])

---

(19) Publicadas por el Dr. Alberto Palomeque.

(20) Gral. Rivera "Memoria", cit.; Zinny "Hist. de los Gobernadores", T. II; V. F. López "Hist. Argentina", T. V; L. Barbagelata "Rev. Histórica", T. VI.

Esta brillante acción, que frecuentemente ha sido confundida con otra de igual nombre que riñó el comandante Llupes contra la vanguardia del coronel Dorrego, a mediados de 1814, fué librada en la primera quincena de marzo de ese año y aumentó considerablemente la reputación militar de Otorgués.

El vencedor de Espinillo regresó enseguida a la Banda Oriental, restituyéndose a las funciones de jefe de la vanguardia de Artigas. En mayo siguiente Vigodet y el cabildo de Montevideo renovaron sus gestiones para obtener la ayuda de los nativos contra Buenos Aires. Mientras duraron las negociaciones y sin apartarse de sus deberes, conduciéndose con moderación y humanidad que sólo los enemigos de la causa oriental no han reconocido, Otorgués proporcionó víveres y otros auxilios a las familias españolas que el capitán hispánico Romarate conducía en su escuadrilla, y que al levantar anclas fueron desembarcadas, tomándolas el jefe oriental bajo su protección. ([21])

Esta conducta, que debe serle tenida muy en cuenta, no significó que Otorgués cediera a las insinuaciones del gobernador Vigodet y del Ayuntamiento de Montevideo, cuyo propósito real era valerse de las tropas de Artigas para vencer a las porteñas y conservar la provincia a la dominación española ([22]). Siguiendo la inspiración del Jefe de los Orientales, decía Otorgués al Cabildo en su nota del 26 de mayo: "La melancólica situación en que por un orden de sucesos nada favorable, se halla envuelto ese heroico y magnánimo pueblo, merece toda mi aten-

(21) F. A. de Figueroa, Ob. cit. T. II.

(22) Lb. capitular de 1814, acta del 12 de abril.

ción: tanto más visible, cuanto debo colocarla al nivel de la que circunda al corazón de V.E., pero aún es tiempo que represente una alegría recíproca, que estreche nuestros sentimientos, al ver el cuadro donde se hallan borrados los colores de la calamidad y miseria. Hable V.E. por medio de sus representantes, déseles a éstos la investidura de absolutos poderes; que usando ellos del majestuoso idioma de la libertad y felicidad de los orientales, los vivas y aclamaciones sucederán al ruído de las armas; y la oliva de paz será la única divisa con que nos representaremos al frente de las naciones, tan vecinas y confederadas como émulas de nuestra gloria".

Por poco claros que sean estos términos se ve en ellos que Otorgués, y por consiguiente Artigas, juzgaban insuficientes los poderes de los comisionados, que sólo contenían dilatorias y promesas, cuando los orientales aspiraban a emanciparse de España y presentarse de igual a igual "al frente de las naciones vecinas".

Vigodet no contestó a los requerimientos de Otorgués, no obstante las solicitudes del Cabildo ([23]) y las negociaciones concluyeron virtualmente, quedando demostrado que el caudillo oriental obraba de acuerdo con su jefe, al decirle al emisario Larrobla que sus proposiciones definitivas eran las de "renunciar la sumisión al rey, formar un congreso independiente separado de España y de Buenos Aires, y que si se aceptaba esta proposición se movería el general Artigas de Entre Ríos para apoyarla". ([24])

---

(23) Acta cit.
(24) I. de María. Ob. cit. T. II, Cap. XVII.

LUCHA CONTRA BUENOS AIRES

El 28 de mayo de 1814 Carlos de Alvear acompañado de mil quinientos soldados sustituyó a Rondeau en el mando de las tropas porteñas, e inmediatamente comenzó las complicadas maniobras políticas que, en su concepto, habían de aniquilar o neutralizar al Jefe de los Orientales y sus tenientes, y rendirle la plaza que defendía Vigodet.

El 7 de junio le escribía Alvear a Otorgués, llamándolo su estimado paisano y amigo y presentándole "la franqueza de sus sentimientos con toda su extensión"; le expresaba asimismo que "nada le sería más plausible, lisonjero y satisfactorio que ver la plaza de Montevideo en poder de sus paisanos", y que no admitiría ninguna negociación como no fuera para la entrega de la ciudad a Otorgués. Le indicaba para ello que enviara dos diputados con poderes plenos a fin de tratar con los españoles, sobre el modo y forma en que éstos deberían efectuar la entrega, y los cuales "para evitar rodeos" deberían pasar por el campo de Alvear. "Me obligo solemnemente a su cumplimiento, decía éste, protestándole por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, la sinceridad de mis sentimientos". En el mismo oficio le insinuaba Alvear a Otorgués que no era necesario que consultase al Jefe de los Orientales, porque todo retardo podría ser perjudicial, en virtud de que los enemigos tal vez consiguiesen refuerzos. (25)

Otorgués fué víctima del engaño que contenía esa co-

(25) M. S. en el Arch. Gral. de la Nación.

municación; su desconfianza se adormeció y le hizo descuidar las medidas elementales de seguridad para su campamento. Siguiendo las indicaciones de Alvear envió dos emisarios al campo porteño: el doctor José Revuelta, hombre de escasa mentalidad, y su hijo político el capitán Antonio Sainz, los que fueron recibidos ásperamente por el comandante en jefe, que hasta amenazó con fusilarlos. Sin embargo simuló continuar las gestiones cuando ya habían capitulado los españoles de Montevideo y estaba ocupada la plaza por las tropas de Buenos Aires.

En tanto que Otorgués acampado con una columna de patriotas en Las Piedras esperaba sin inquietud el resultado de las gestiones de sus emisarios, Alvear se acercó sigilosamente a su campo con cerca de dos mil hombres y logró sorprenderlo y derrotarlo el 25 de junio, sin que este contraste, en el que hubo más dispersos que bajas, asumiera las proporciones que el propio Alvear le atribuyó, merced a la oportuna y valerosa intervención de Fructuoso Rivera con el regimiento número 3. [26]

Tan execrable acción del que se obligaba "por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra", a la sinceridad de sus sentimientos para sus paisanos los orientales, está descripta así por el propio autor en el parte que dirigió al nuevo comandante de armas de Montevideo coronel José de Moldes:

"¡Victoria! Acabo en este momento de derrotar completamente a Otorgués. Este bribón no tuvo la osadía de esperarme y presentarme batalla. Cuando llegué al campo de la acción yo sólo tenía doscientos hombres: con par-

(26) "Memoria", cit.

lamentos estuve entreteniendo a Otorgués hasta que a las siete de la noche me llegó la infantería y el teniente coronel Zapiola; y sin perder instantes cargué entonces a los contrarios no obstante la oscuridad de aquel momento. Ellos han sido derrotados completamente y yo he conseguido un número considerable de caballadas, boyadas y prisioneros. Como es de noche no podemos saber los muertos que haya habido. Persigo a Otorgués por tres puntos y en tres divisiones: una mandada por Baldenegro, otra por Hortiguera y la otra mandada por mí. Pérez instruirá a usted de otros pormenores.

Quiero que con respecto a la importancia de este suceso y a las circunstancias, mande Vd. hacer salvas en la plaza por esta acción. Otorgués tenía sobre mil hombres". ([27])

Los cuerpos que reforzaron a Alvear mientras éste entretenía con argucias al jefe oriental, fueron los regimientos de Granaderos a Caballo y Dragones de la Patria, que comandaban los tenientes coroneles Matías Zapiola y Rafael Hortiguera, los segundos batallones de los regimientos de infantería 2º y 6º a órdenes del teniente coronel Román Fernández y un escuadrón del regimiento Guardia Nacional de Caballería, que tenía por comandante a Eusebio Baldenegro.

Tal fué la primera derrota de Otorgués que juró odio eterno a sus agresores, lo que hace exclamar al historiador Mitre que el jefe oriental era una especie de bestia feroz para quien era "un crimen digno de muerte ser español, porteño o portugués", pero sin mencionar si-

---

(27) C. Calvo "Anales Históricos". T. II.

quiera este antecedente y otros aún más graves que justificaban su enojo. ([28])

Algunos historiadores de la otra banda, Berra entre ellos, procuran explicar la acción de Alvear diciendo que Otorgués se acercaba a Montevideo en actitud hostil. Pero esta supuesta intención queda desvanecida ante el hecho, real y documentado, de que Otorgués designó los dos emisarios que Alvear le indicaba en su carta del siete de junio, cuya contestación llevaba el doctor Revuelta y en la que el jefe oriental le decía al porteño que: "se había acercado con sus tropas para que le cumpliese la palabra que le había dado de entregarle Montevideo, luego que fuese evacuada por los españoles, y que si estaba resuelto, transarían todas las desavenencias, considerándose en paz desde aquel momento". ([29])

Si ello, además, se encara del punto de vista militar resulta bien evidente que no existió una disposición de ánimo agresiva en Otorgués, porque "avance en actitud hostil" significa acción ofensiva y es elementalísimo para el que ataca no descuidar su seguridad, acampado o marchando. Y esto, que es hasta cierto punto instintivo en el hombre de guerra, no podía ignorarlo Otorgués que unía a su arrogancia y coraje la experiencia de dos campañas contra ingleses y españoles, la defensa de Montevideo contra los primeros y dos asedios contra los últimos.

Felizmente para la causa nativa y a pesar de las salvas mandadas hacer por Alvear, la derrota de Otorgués no tuvo mayor importancia. Los muertos y heridos fueron

(28) "Hist. de Belgrano". T. III.
(29) Gral. Rivera "Memoria" cit.

muy pocos, no alcanzando a veinte; algo más elevado fué el número de dispersos y prisioneros, pero auxiliado por el incansable Rivera, Otorgués estaba dos días más tarde al norte del río Santa Lucía "sin haber sufrido sino una muy pequeña pérdida".

JORNADA DE MARMARAJÁ

Otorgués fué a rehacerse entre las asperezas del Aiguá y el arroyo Marmarajá, donde permaneció mientras Alvear abría negociaciones con Artigas que no tuvieron resultados. Luchando con dificultades para proveerse de armas de fuego, al comenzar setiembre Otorgués tenía consigo alrededor de mil cien voluntarios mandados por oficiales tan valerosos como Miguel Pisani, Lorenzo Medina, Manuel Galeano, Pedro Amigo, Manuel Antonio Iglesias y otros.

Destruír la influencia y el poder militar del Jefe de los Orientales era la obsesión de Alvear. Fracasadas las negociaciones ideó un nuevo golpe de mano contra Otorgués, que era en aquellos días, después de Artigas, el más importante y renombrado de los jefes nativos. Su maniobra fué bien concebida: embarcando en sus transportes cerca de dos mil hombres de la guarnición de Montevideo, hizo correr la noticia que iba a tomar el mando del Ejército Auxiliar del Perú e izó velas para Buenos Aires. Desembarcó sin embargo en Colonia donde estaban concentrados varios miles de caballos.

El 6 de setiembre establecía el comandante en jefe su cuartel general en el Colla (actual Rosario), y desde allí ordenó que el coronel Soler con mil doscientos hombres

se le incorporara, dejando en la capital sólo la guarnición indispensable.

Soler llevando de vanguardia al teniente coronel Martín Lacarra con los Granaderos de infantería, se unió al general Alvear el día 16 en Porongos (actual Trinidad), y juntos avanzaron sobre el Yí, desde cuyo punto fué destacado Hortiguera con el cuerpo de Dragones hacia Paso de los Toros, donde se encontraba Artigas con pocas fuerzas. Hortiguera obligó al Jefe de los Orientales a retirarse hasta Salsipuedes, ocultándole así la operación que se ejecutaba contra Otorgués.

Con la rapidez y precisión que son dos de los elementos esenciales del éxito, Alvear destacó al coronel Dorrego con los regimientos 2º y 8º, el de Granaderos a Caballo y algunas milicias con un total mayor de mil hombres, para sorprender a Otorgués que ignoraba en absoluto las operaciones del comandante en jefe.

No permanecía ocioso, sin embargo, el jefe artiguista. A mediados de setiembre hizo atacar Maldonado con doscientos cincuenta patriotas mandados por Pedro Amigo y Manuel Antonio Iglesias, que batieron la guarnición compuesta de ciento cincuenta soldados porteños y ocuparon la plaza el día 19. Fuerzas mayores enviadas desde Montevideo a recuperarla obligaron a los patriotas a retirarse, reincorporándose a Otorgués el 5 de octubre. [30]

Desde el paso de Villasboas del río Negro, Dorrego marchó con rumbo al este por la cuchilla del Durazno, y después hacia el sur por la cuchilla Grande, seguido a poca distancia por Alvear con otro cuerpo de tropa. El

(30) F. A. de Figueroa. Ob. cit. T. II.

día cuatro de octubre llegaban los porteños a la cuchilla de las Animas, siendo sentidos por el servicio de seguridad de Otorgués. Ese día un destacamento de cien soldados del regimiento 2º mandado por el capitán Manuel Mármol batió a los oficiales patriotas Gadea y Rodríguez, que con treinta y cinco voluntarios hacían el servicio de exploración. Al siguiente la misma fuerza derrotó a una compañía de morenos, cayendo prisioneros dos oficiales y algunos soldados; y el teniente Manuel Suárez, de los Granaderos a Caballo, atacó y apresó al oficial Mieres y veintiseis hombres de la gente artiguista.

El fracaso de sus puestos avanzados no amedrentó a los orientales, que se prepararon a la resistencia. Apoyando su flanco izquierdo en el arroyo Marmarajá y cubriéndose con la cañada que lleva su propio nombre, Otorgués tendió su línea de batalla colocando al centro el regimiento "Dragones de la Libertad", al mando del mayor Miguel Pisani y dos piezas de artillería que manejaba Monjaime; en su ala derecha estaban las milicias de Maldonado y Minas mandadas por el capitán Amigo y en su izquierda las de Canelones que comandaba Del Pino.

En las primeras horas del 6 de octubre Dorrego atacó con todas sus fuerzas a Otorgués, que "a favor de su favorable posición ostentaba una vigorosa resistencia" consigna el parte de Alvear. Durante más de dos horas se combatió con gran bizarría, hasta que los esfuerzos más coherentes y mejor dirigidos de las tropas regulares lograron desbaratar una de las alas de Otorgués, la izquierda, probablemente, con lo que se pronunció la derrota de los artiguistas, con pocas bajas más de éstos que

las propias confesadas en su parte de batalla por el jefe porteño. (31)

Dorrego se apoderó de la artillería, municiones y carruajes de la columna patriota y aprisionó varias familias, entre ellas la de Otorgués, que fué indignamente tratada. Durante el día la caballería de Alvear persiguió el grupo encabezado por el caudillo oriental que se retiraba ordenadamente; los demás se dispersaron según los procedimientos de la guerra de recursos que Artigas y sus tenientes practicaban contra sus enemigos, más numerosos y mejor armados.

Se ha repetido siempre que inmediatamente después de su derrota en Marmarajá, Otorgués se refugió en el territorio de Río Grande, entonces perteneciente a Portugal; y esta versión se origina en el oficio pasado por Alvear al Cabildo de Montevideo, que dice: "Por los partes que sucesivamente me comunican los jefes de los cuerpos destinados en seguimiento del enemigo, aparece que el caudillo Otorgués con un corto número de soldados va con dirección a entrar al territorio portugués".

Pero Otorgués no cruzó la frontera de Río Grande, a lo menos bajo la presión de las tropas de Alvear, pues sus perseguidores no rebasaron la fortaleza Santa Teresa, que fué ocupada sin resistencia. El regimiento de Dragones de la Libertad se mantuvo unido y, según la tradición, vigilaba los movimientos del enemigo desde el cerro del Vigía, situado al noreste del estero de Santa Teresa.

"Acabo de recibir oficio de Otorgués, le decía Artigas

(31) Según el parte de Alvear, Otorgués perdió 28 muertos y 43 prisioneros; los porteños 13 muertos y algunos heridos.

a Barreiro en su carta del 4 de noviembre. Su compromiso ha sido grande, pero las ventajas de Buenos Aires ninguna" ([32]). El veintitrés de igual mes le escribía el Jefe de los Orientales al mismo Barreiro, su representante en esa fecha ante la capitanía general de Río Grande del Sur: "Nuestro cuartel general presenta un aire respetable y mis resoluciones son todas animantes. De adentro me solicitan con orgullo y franqueza y del Entre Ríos mucho más. En esta virtud ha marchado don Blas Basualdo con una gruesa expedición a desocupar el Entre Ríos de porteños, y nosotros haremos nuestro deber contra el Durazno (campamento del ejército porteño). Si la fortuna no desmaya, antes de un mes tendremos cosas grandes y acaso la criada se vuelva respondona. Con esta fecha escribí al comandante Otorgués hiciese las tentativas contra Santa Teresa y ahora nuevamente le repito que al menor movimiento retrógrado cargase sobre ellos (los destacamentos de Dorrego), si acaso nosotros no le ahorramos ese trabajo. Si hay proporción escriba usted a Otorgués de esa novedad de Buenos Aires y del empeño que debe tomar en seguirlos". ([33])

La confianza de Artigas en Otorgués no disminuyó frente a los contrastes de Las Piedras y Marmarajá, y en la citada carta le decía también a Barreiro: "He tenido gran cuidado de desvanecer con eficacia todas las imposturas que nuestros enemigos o los mal intencionados esparcían por todas partes. Nuestra conducta es manifiesta y usted conoce bien el carácter de los orientales.

---

(32) G. R. Rodrigues "Hist. de Alvear". T. II. Corresp. inédita de Artigas.

(33) Idem, ídem.

Por lo mismo no crea usted que Otorgués obre sin mi consentimiento y que su arrogancia y coraje jamás le permitirán deponer las armas sin motivo".

Estos antecedentes documentales dejan establecido que la derrota de Otorgués en Marmarajá el seis de octubre era conocida de Artigas el cuatro de noviembre, y que las tropas porteñas no habían obtenido ventajas; que antes del veintitrés del mismo mes el Jefe de los Orientales le había escrito a Otorgués, para que realizara tentativas contra la fortaleza Santa Teresa y cargara a las fuerzas porteñas al menor movimiento de retroceso, lo que hubiera sido absurdo ordenar a un jefe emigrado y sin gente, todo lo que militar e históricamente demuestra que si bien Otorgués se retiró hasta el Chuy, las columnas que, según Alvear, estaban encargadas de perseguirle no pasaron de Santa Teresa. Producida la completa derrota de Dorrego por Rivera en Guayabos, en enero de 1815, Otorgués con sus Dragones de la Libertad arrollaba a las tropas porteñas que se le oponían y, con la tenacidad propia de su sangre aragonesa, se presentó frente a los muros de Montevideo erizados de cañones.

La superioridad numérica y sobre todo la de la organización y del armamento se impusieron en el combate de Marmarajá, que tampoco fué una sorpresa; pero la columna de Otorgués estuvo lejos de ser aniquilada, como se repite en algunos manuales de historia nacional y argentina. Los leales criollos, que al ser dispersados llevaban sus armas, se concentraban tres meses después para continuar la lucha contra el ocupante del territorio.

La guarnición porteña de Montevideo al mando del coronel Soler fué sitiada por la vanguardia de Otorgués, y

sin la expresa voluntad de éste nadie salía de la plaza ni entraba en ella. Los dos emisarios del Cabildo y el delegado del gobierno de Buenos Aires, Nicolás Herrera que deseaban pasar al campamento de Artigas no pudieron hacerlo, porque Otorgués de acuerdo con el Jefe de los Orientales denegó la autorización. ([34])

SITIO Y OCUPACIÓN DE MONTEVIDEO.

En la segunda quincena de febrero el asedio se hizo más riguroso: el capitán José Llupes, jefe de las avanzadas patriotas, impedía la entrada de víveres lo que agravaba de día en día la situación de los sitiados.

Las deserciones de los oficiales y tropa y aún de algún jefe eran un constante drenaje al campo sitiador. Del diez y siete al diez y nueve de febrero desertaron trece hombres y entre ellos un teniente y un mayor, como lo consignan los partes del comandante de armas Soler, que en su comunicación del 20 le decía al delegado Herrera: "El ejército corre a su disolución; ayer se fué un dragón, cinco sargentos del Nº 10, uno del Nº 3 y un sargento también huía del cuerpo: es necesario tomar una resolución que tal vez no será posible cuando estén los enemigos encima, porque entonces el mismo pueblo abrirá sus puertas y serán sacrificados los que queden para la última operación".

El mismo día que dirige esta nota al delegado del gobierno porteño Soler dimite el cargo de "general y go-

(34) Arch. Gral. de la Nación. Lb. 79.

bierno interino de la provincia", pidiendo un buque para trasladarse a Buenos Aires. Herrera vuelve entonces los ojos a Otorgués a quien escribe "una muy persuasiva carta", para tratar con él la entrega de la plaza, pero el jefe sitiador, aleccionado por los anteriores engaños, exige la presencia del delegado en su cuartel general de Canelones, lo que Herrera no aceptó. Otorgués le dirigió entonces esta categórica carta: "En el siglo de los sucesos grandes de América, son de suma necesidad las incesantes vigilias de sus dignos hijos. La Banda Oriental alimenta ciudadanos idólatras de su madre patria; en obsequio de ellas nos hallamos resueltos a sacrificar nuestra existencia misma. Este es el principio que debe reglar la conducta del Superior Gobierno de quien es V.S. un representante; éste es un hecho que debe tenerse presente en todo ulterior procedimiento; y éste finalmente es el principio fundamental de nuestras acciones. Asentado este axioma, vamos al caso. Una guerra desoladora ha afligido nuestro país por espacio de dos años sin otro objeto que subyugar la Provincia, arruinar al ciudadano y sofocar la voluntad general de los pueblos, para entronizar un monstruo que devora a los mismos que parece alimentar. El grito general de los orientales ha sido sofocado por las bayonetas; guerra, y guerra de sangre se fulminaba contra nosotros y sólo nuestra constancia pudo oponerse e igualar el frenético furor de los enemigos: la desnudez, la miseria y el sacrificio personal de mis paisanos era contrarrestado por el lujo y la opulencia de nuestros hermanos enemigos.

"Estos sacrificios eran costeados por la Provincia, y las remuneraciones por desgracia que hemos soportado han sido desolaciones, muertes, violencias.

... "Nuestro común suelo fatigado ya por una guerra civil que roe sus entrañas deseaba con ansias terminar una cuestión tan odiosa, en el momento mismo en que pisa nuestro territorio un paisano autorizado con ideas de pacificación. Esta perspectiva alegre trastorna nuestros sentimientos; y mi campo que anteriormente respiraba venganza es ya el seno del descanso; y la prematura esperanza del reposo y tranquilidad general nos obliga a olvidar nuestras pasadas y penosas fatigas.

"Esperábamos con ansia el resultado de una jornada que sería tan resultativa de bienes a la Provincia, como al sistema de la América, cuando advertimos con escándalo que a la buena fe supuesta sucede la intriga, y que hasta el último caso se intentaba burlar nuestra ignorancia e inocencia. Se aflige nuevamente al pueblo con excesivas contribuciones, se ejecuta por anteriores; infinidad de buques surcan el río de la Plata con el objeto de arrastrar todo útil de guerra y poner con esto el sello de la iniquidad, ¿éstas son, señor delegado, las medidas que se toman para fundamentar una paz duradera? ¿Estos los principios bajo los que debe girar la fraternal unión iniciada? ¿Estos, últimamente, son los rasgos de un gobierno sabio, liberal y amante a sus pueblos? Muy lejos, señor, de los hombres de buena fe tan execrables insidias."

No pudiendo obtener de Otorgués lo que pretendía, el delegado Herrera se dirigió al Jefe de los Orientales, contestándole éste que no abriría ninguna negociación con él ni con el Cabildo, sino con el retiro previo de las tropas porteñas de ocupación. [35]

---

(35) Arch. Gral. de la Nación. Lb. 78.

Mientras entablaba negociaciones con los jefes orientales, Herrera hacía cargar en diez y ocho grandes buques y trasladar a Buenos Aires todo el material de guerra, excepto los cañones de mayor calibre, y cuanto objeto de valor había en la plaza. No escapó esta doble maniobra a la vigilancia y perspicacia de Otorgués, cuyas avanzadas al mando de Llupes controlaban el movimiento de la ciudad. El veinticuatro de febrero dirigió al delegado Herrera esta comunicación: "Perdemos el tiempo en contestaciones que parece no tuviesen otro objeto que retardar jornada tan interesante; penetrado de su importancia y hallándome suficientemente autorizado por el general Artigas, he determinado hacer a V.S. presente varias proposiciones, a las cuales está precisamente conexa la salud pública y el bien del sistema.

"Yo creo que este es el mejor medio de evitar pasos que entorpezcan unión tan interesante y que V.S. no se desdeñará de acceder a tan justificadas proposiciones; debiendo tener entendido que sin estas condiciones ni puedo ni debo entrar en convenio alguno: puesto que en caso contrario quedará la Provincia desarmada y expuesta al yugo del primer invasor, y aunque no necesitamos cañones de a veinticuatro para defender la Provincia, sí necesitamos fusiles, municiones y hombres de que está exhausta. Interésese V. S. por el bien de su patria creyendo que estas medidas son tan necesarias como indispensables".

He aquí las proposiciones textuales del caudillo oriental, fechadas el 24 de febrero de 1815, en su campo volante:

"Don Fernando Otorgués, Coronel de Dragones de la Libertad, Jefe de Vanguardia del Ejército Oriental, acam-

pado a las márgenes del Santa Lucía, autorizado suficientemente por el General don José Artigas, Jefe de los Orientales, para entablar y seguir una negociación con el Delegado Extraordinario del Director Supremo don Nicolás Herrera: he venido en hacer presente a dicho señor Delegado las siguientes proposiciones, a què está sujeta precisamente la salud pública y el bien general del sistema:

1º Desde el momento que sea recibida esta mi comunicación, se suspenderá el embarque de pertrechos, municiones, bienes secuestrados, esclavatura, tropas y, últimamente, toda existencia perteneciente al Estado o a la Provincia.

2º Quedarán en esa plaza dichas existencias y toda clase de armas que existan en guarnición o parques, y todo lo que en mi primera proposición queda en suspensión de embarque.

3º Se retirarán las tropas de Buenos Aires sin armas de la plaza de Montevideo, permitiéndose sin distinción de persona quedarse en el territorio, todo individuo que así lo quisiese.

4º Se retirarán las tropas de Entre Ríos, sin armas, o en la misma forma que los de la plaza, dejando igualmente en su libertad a todos los individuos que quisiesen quedarse.

5º Concedidas estas cuatro proposiciones se entablarán las relaciones de la Provincia Oriental al Gobierno de Buenos Aires y se entablará una unión firme y duradera que nos ponga a cubierto de las agresiones ultramarinas".

Estas comunicaciones no fueron contestadas, pero al

día siguiente la plaza quedó libre de tropas extranjeras.

Dónde estaban los arrogantes vencedores, cuando el vencido de Las Piedras y Marmarajá dictaba esas condiciones que acreditaban su presencia frente a las murallas de Montevideo y a la cabeza de sus Dragones? Y qué quedaba de los sonoros partes de Alvear al comandante de las armas y al Cabildo que afirmaban que Otorgués había sido batido y deshecho, obligado a emigrar con pocos oficiales y soldados, librándose al pueblo oriental de uno de sus opresores?

Algo se supo después de aquéllos. Dos meses más tarde de haber ocupado los orientales su capital, el general Alvear, el exdelegado Herrera, el general Viana y otros ciudadanos, que al caer el primero de su cargo de director supremo se refugiaron en el barco inglés "Hotpui" fondeado en el puerto de Buenos Aires, le escribieron al secretario de Otorgués, Juan José Aguiar, solicitándole que les gestionara el permiso para desembarcar en Montevideo, a los que hizo contestar el ya gobernador Otorgués que: "de su autoridad nada tendrían que temer pero que no podría garantizarles si el pueblo indignado atentaba contra sus personas" (36).

Las últimas unidades militares de Buenos Aires abandonaron Montevideo el 25 de febrero de 1815. Comunicando al Cabildo la desocupación de la ciudad el delegado porteño Herrera le transfería el gobierno político y militar en estos términos: "Después de haber firmado el adjunto oficio, he recibido una comunicación de D. José Artigas, como Jefe de los Orientales, en que exige pre-

(36) J. Maeso: "Artigas". T. I; A. Zinny: "Efemeridografía de la R. O. del Uruguay".

liminarmente la evacuación de esta plaza para entrar en la transacción propuesta por el Gobierno Supremo. Yo celebro haber prevenido los deseos de aquel jefe para darle esta nueva prueba de sinceridad y buena fe. En este concepto se verificará la retirada de las tropas al primer viento y V. S. que ha de reasumir el mando puede tomar las medidas que crea conveniente para la seguridad interior y orden de la entrega de la plaza" ([37]).

GOBIERNO DE OTORGUÉS

Los cabildantes que eran en su mayoría afectos a la causa porteña no ejercieron ningún acto de autoridad, sino que enviaron con premura ocho diputados al cuartel general de Otorgués para cerciorarse de que no se ejecutarían represalias, y de si podrían contar con la protección del jefe artiguista. El mismo día daban cuenta los emisarios desde Canelones del éxito de su misión a la autoridad que los enviara: "Los diputados encargados de felicitar e impetrar el auxilio del jefe de vanguardia coronel D. Fernando Otorgués en favor de ese benemérito vecindario, tenemos la satisfacción de anunciar al Excmo. Ayuntamiento el más feliz resultado. El oficio que con esta fecha dirige a V. E. es el mejor garante y testigo de este hecho; por él se advertirán las ideas liberales que preceden y las determinaciones de este digno jefe, las virtudes que constituyen su carácter y la disposición a proteger con sus armas al pueblo de Montevideo. Canelones, febrero 25 de 1815. Pedro Casavalle, Manuel Pérez, Felipe Pérez, Tomás García de Zúñiga, José

(37) Arch. Gral. Lb. 78.

A. Sierra, Juan Correa, Juan Benito Torres, Lorenzo J. Pérez" ([38]).

Otorgués decía al cabildo en su aludido oficio: "Libre hoy la Provincia de sus pretendidos conquistadores, felicito a los dignos hijos del Oriente y yo lleno mi deber con ofertar mis respetos y favor al Excmo. Ayuntamiento y afligido vecindario. Mis armas no han tenido otro objeto que sostener la voluntad general de los Pueblos, en cuyo obsequio he estado pronto a sacrificar mi existencia. Con gran placer admiro hoy libre de tiranos a la capital de la Provincia y causa en mí la mayor satisfacción el llamamiento que me hace el Ilmo. Cabildo. Para mí es un deber proteger con mis armas las libres determinaciones de los Pueblos; en este supuesto y hallándome legítimamente impedido para tomar las riendas de un gobierno, cuyas obligaciones exceden sin disputa a mis esfuerzos, me parece conveniente que el Excmo. Ayuntamiento continúe interinamente en el mando de esa plaza hasta que con oportunidad los Pueblos, en quienes reside la soberanía, dispongan y elijan lo más adaptable y compatible con sus intereses, seguro de que las providencias de V. E. serán por mis armas auxiliadas" ([39]).

Al día siguiente presidió Otorgués la sesión del Cabildo que fué histórica, porque el pueblo de Montevideo ejerció por primera vez los derechos inherentes a su soberanía. "Presidiendo este acto don Fernando Otorgués, dice el acta respectiva, se le anunció que una numerosa parte del pueblo americano pedía la venia correspondiente para expresar a S. S. asuntos de gran importancia a la Pro-

(38) Arch. Gral. Lb. 78, pág. 46.
(39) Arch. Gral. Lb. 79, pág. 9.

vincia; oída esta exposición acordaron todos se permitiese franca entrada a los individuos que movían esta solicitud, e inmediatamente compareció seguido de un crecido concurso el ciudadano Juan Mª Pérez, quien después de haber tomado el asiento con que le ofertó S. S. expuso: que el objeto de su presencia allí era animado de la libertad que acababan de recobrar los pueblos del continente Oriental por el esfuerzo de sus dignos defensores; y que por este principio en que descansaban bajo la garantía de la fuerza armada de la Provincia, suplicaban a nombre del Pueblo que siendo incompatible con sus reclamaciones e ilegítima la existencia del actual Cabildo de la ciudad de Montevideo se le permitiese a ella elegirlo nuevamente a su libertad, pues siendo hechura del Gobierno de Buenos Aires era escandaloso subsistiera en el régimen político de sus negocios, no obstante que los señores que le componían se habían conducido con el mayor honor; atendida esta exposición por S. S. tomó la palabra el caballero Síndico procurador de la ciudad y dijo: que en uso de sus deberes creía justísima y digna de un pueblo verdaderamente libre, la solicitud que el de Montevideo hacía presentemente por aquel conducto y a continuación contestaron todos aprobándola; y habiendo satisfecho a los reclamantes, que al momento se retiraron, acordó S. S. que inmediatamente circulasen las órdenes respectivas a los alcaldes principales de los cuarteles de esta ciudad y sus extramuros, a fin de que reuniendo cada uno a los ciudadanos habitantes de ellos procedieran a elegir con las formalidades de estilo dos sujetos de su confianza que en clase de electores concurriesen a las cuatro de la tarde del día de mañana a las casas consistoriales donde re-

unidos todos habían de nombrar el nuevo Cabildo que reclama el pueblo" ([40]).

Entretanto aseguraba Otorgués el orden y la tranquilidad de la población, enviando una fuerza suficiente que entró en la ciudad entre las aclamaciones de los ciudadanos. "Teniendo en consideración, le decía al Cabildo desde su campo del arroyo Seco, en el oficio de febrero 27, el actual estado de esa plaza y que las graves atenciones de V. E. exigen un apoyo que asegure sus medidas, he dispuesto entrar en esa 200 hombres que al cargo del capitán D. José Llupes dirijo a la disposición de V. E. El resto de la división queda en extramuros a mi mando para concurrir a las miras que sean consiguientes y de suma necesidad. Yo celebro ver llenados los deseos de V. E. y que tranquilo ese vecindario descanse en la seguridad que le ofrece un ejército de hermanos ([41]).

El 4 de marzo siguiente se realizó la elección de cabildantes en la sala capitular sin la asistencia de Otorgués, que, excusándose con sus muchas ocupaciones, delegó para ese acto el mando en el alcalde de primer voto interino Juan Méndez, demostrando así que no eran vanas expresiones las de sus oficios anteriormente transcriptos, de que "sus armas no habían tenido otro objeto que sostener la voluntad general de los pueblos" y "sus libres determinaciones". El día 6 se instalaba la nueva autoridad elegida por los delegados de los cuatro cuarteles electorales de la ciudad y de cinco de los de extramuros, designando para presidirla a Tomás García de Zúñiga, como alcalde de primer voto y gobernador político, sin la concurrencia

(40) Lb. capitular de 1815, acta de febrero 26.
(41) Arch. Gral. Lb. 79, pág. 10.

de Otorgués, aunque a éste como al Jefe de los Orientales se les comunicó tan importante acto cívico ([42]).

Desde la sala capitular, Otorgués dió al siguiente día una proclama a los habitantes de Montevideo expresándoles que, constituído el nuevo gobierno político, no habría distinción de nacionalidades para tratar de su felicidad y para la aplicación de los dictados de la justicia; que el casual nacimiento no influiría en el ánimo de los magistrados quienes atenderían por igual al pobre y al rico, al europeo y al americano; y que la libertad y propiedades de los europeos que, especialmente los españoles, tanto habían sufrido bajo "el poder fanático" que acababa de ser vencido, serían para el nuevo gobierno "un sagrado inalterable". Terminaba Otorgués invocando la unión de todos para lograr el bienestar común ([43]).

El nuevo Cabildo continuó sesionando sin la intervención directa de Otorgués, que se mantenía con sus tropas alejado de la ciudad, aunque se le instruía de todas las deliberaciones. Requerida su presencia por aquella autoridad, el jefe de vanguardia le decía en 13 de marzo: "Siendo tan poderosas las causas que me impiden acceder a la solicitud que hace ese ilustre Ayuntamiento para que pase a establecerme en la ciudad, pues que de mi permanencia en este puesto resulta tener a la vista las disposiciones de la campaña y medidas que debo tomar para su arreglo como centro de los recursos para los ulteriores acontecimientos; y al mismo tiempo creo inconveniente la separación del frente de mis tropas que sólo mi presencia es el precio que las contiene y reúne por

(42) Lb. capitular de 1815, actas de marzo 4 y 6.
(43) M. S. del Arch. Gral.

su poca organización; he resuelto que para consultar el medio de atender a estas atenciones y a las que V. E. me indica en su papel del 11 del que rige, señalar dos días a la semana para asistir en ésa a las que merezcan mi presencia, quedando a la elección de V. E. designarme los que juzgue más oportunos para el efecto, bien entendido que sólo podré asistir de día y no de noche..." (44).

De los documentos transcriptos se desprende que, conservando el mando de las armas, Otorgués se resistía a encargarse del mando político y tomar parte en las deliberaciones de gobierno, probablemente porque no se sentía capacitado para tan graves tareas, y como si adivinara las malquerencias del elemento civil que habría de atraerle su breve mandato. Aceptó, no obstante, que Juan José Aguiar, designado secretario del Cabildo, pasase a desempeñar esas funciones en su cuartel general.

El elemento español de Montevideo, cuyo descontento fué visible desde la capitulación de Vigodet a mediados del año anterior, comenzó a dar muestras de inquietud al circular la noticia de que otra fuerte expedición militar era preparada en los puertos de la península, para devolver estas tierras al dominio de la corona. Se sabía al mismo tiempo, que un millar de oficiales y soldados hispánicos emigrados en Río de Janeiro proyectaban reconquistar Montevideo por sorpresa (45).

Fernando VII restaurado en su trono después de largo cautiverio en Francia, había tentado volver a la obediencia esta parte de América enviando la expedición del general Morillo con 10.600 soldados, de las sólidas tropas

(44) Arch. Gral. Lb. 79.
(45) F. Bauzá. "Hist. de la Dom. Esp." T. III.

veteranas que habían guerreado contra Napoleón. Como los españoles de la Banda Oriental no ocultaban nunca sus esperanzas, Otorgués se las comunicaba entonces al Jefe de los Orientales que, a su vez, le escribía a Barreiro: "Otorgués me escribe con timidez por los 15.000 hombres entre españoles e ingleses que vienen de Europa, según le han informado" ([46]).

Esos persistentes rumores y la actitud hostil de los habitantes españoles movieron a Otorgués a la promulgación del bando de mediados de marzo, que le fué tan acremente censurado: "Ningún individuo español podrá mezclarse pública o privadamente, decía el artículo 1º, en los negocios políticos de esta Provincia, esparciendo ideas contrarias a su libertad, con el sutil pretexto de hacer la felicidad del País, ni con otro alguno. El que a ello contraviniere será a las 24 horas irremisiblemente fusilado, incurriendo en la misma pena el que lo supiese y no lo delatase". En los cuatro artículos siguientes Otorgués amenazaba con igual pena al vecino que fuese aprehendido en reuniones sospechosas criticando las operaciones del gobierno; al que atropellando las disposiciones del gobierno insultase por segunda vez a otro ciudadano con pretexto de opiniones contrarias; al que por su mano castigara los insultos hechos a su persona, quedando librado el castigo, "como rasgo de las autoridades constituídas", a quien correspondiese; y a todo individuo que atacase directa o indirectamente la libertad de la Provincia, o indujese seducción por palabra o escrito a favor de otro sistema que no sea el de la libertad de la Provincia contra todo intruso invasor. ([47])

---

(46) G. F. Rodríguez "Hist. de Alvear" T. II.
(47) "La Gaceta" de Buenos Aires, de marzo 15 de 1815.

Este edicto, que inspira al historiador Berra el calificativo de sanguinario para Otorgués, [48] no fué tan terrible porque sólo amenazaba a los conspiradores, a los que se hiciesen justicia por su mano o atentaran a la libertad de la Banda Oriental, — ni tan fuera de lugar frente a los peligros que amenazaban a los pueblos del Plata, puesto que pocos días después, fundándose en las mismas razones, el director supremo Alvear, oído previamente el Consejo de Estado, decía en el artículo 1º de su decreto de marzo 28: "Los españoles sin excepción alguna que de palabra o por escrito, directa o indirectamente ataquen el sistema de libertad e independencia que han adoptado estas Provincias, serán pasados por las armas dentro de 24 horas; y si algún americano (lo que no es de esperar) incurriese en semejante delito sufrirá la misma pena". Los restantes artículos establecían igual castigo para todo individuo sin excepción alguna que inventase o divulgase maliciosamente especies alarmantes contra el gobierno constituído y para todo el que supiese que se preparara una conspiración contra la autoridad y no la denunciase, como consentidor o cómplice del crimen. [49]

Como queda establecido, el decreto de Alvear reprodujo casi textual, aunque tal vez involuntariamente, las prescripciones punitivas del bando de Otorgués, pero en su aplicación la diferencia fué notable: aunque el gobernador de Montevideo, ante la inminencia de la expedición Morillo, hizo concentrar posteriormente en Canelones a

---

(48) "Bosquejo histórico" CXXIII.

(49) J. Maeso. "Artigas" T. II, pág. 421.

los españoles más inquietos o sindicados como conspiradores, no se aplicó a nadie la pena capital; en cambio el director supremo hizo ahorcar en la plaza principal de Buenos Aires al teniente español Ubeda, durante la llamada "semana santa" y fusilar a un carrero español en la plaza del Retiro, porque llevaba un fusil debajo de unos fardos en su vehículo. [50]

Sobre estos dos edictos originados en las mismas causas pero de diversos efectos la apreciación histórica, felizmente no definitiva, ha sido formulada de bien caprichosa manera: para Alvear, que amenazó y ejecutó, el silencio benévolo o la tímida justificación fundada en lo difícil de los tiempos y, como más tarde estuvo en Ituzaingó, la estatua en el paseo público; para Otorgués, que no llevó a cabo las amenazas de su bando, el veredicto severo: "sanguinario", según Berra, "bárbaro", según V. F. López, "bestia feroz", según Mitre, sin que baste siquiera para purgar o amenguar sus faltas reales y supuestas su largo sufrimiento en las cárceles de Río de Janeiro...

* * *

Otorgués resolvió entrar a la plaza cuando la voluntad de Artigas intervino para que ocupara el gobierno político, y a la vez que continuase en el mando de las armas. Así se lo comunicaba al Cabildo desde su campo del Miguelete, en 17 de marzo: "Cuando pasé a V.E. el oficio del 14 del corriente en contestación al de ese ilustre Ayuntamiento del 11 del mismo, haciendo presente

---

(50) Idem, idem.

las causas que me impedían pasar a establecerme en la ciudad, según me reclamaba, me impulsaban a más las comunicaciones que relativas al estado presente tenía; pero en las últimas que acabo de recibir del Sr. Gral. en Jefe D. José Artigas, me previene y ordena que debo entrar a esa plaza, con toda la división de mi mando, para que sus deliberaciones tengan el debido lleno y demás que relativas al bienestar general me comunica". [51]

Para poder asumir sus funciones, el gobernador político y militar debió ser previamente provisto de ropa y asignársele un alojamiento. Tal era el estado de pobreza de aquellos desinteresados patriotas! [52] El 21 de marzo escribía nuevamente Otorgués al Cabildo: "Poderosos motivos me obligan a onerarme (honrarme) con el penoso encargo del gobierno político y militar de esta plaza; y las recomendaciones que me hace el Sr. General D. José Artigas me ponen en esta gravosa precisión. V.E. conoce mejor que yo los grandes obstáculos que tienen que vencer en este apurado caso mis limitadas facultades; pero ellas están constituídas a mantener el orden y respeto debido a la autoridad. En este concepto si V.E. lo tiene a bien puede disponer se haga saber al público esta resolución en la forma acostumbrada". [53]

En seguida de conocer este documento, el Cabildo respondió que le causaba la mayor satisfacción lo determinado por Otorgués y "que se hallaba penetrado de la gravedad de las circunstancias, pero que creía al mismo tiempo que su heroica constancia podría soportarlo en

---

(51) Arch. Gral. Lb. 79.

(52) Lb. Captr. cit. acta de marzo 19.

(53) Arch. Gral. Lb. 79.

obsequio del país"; y designó una comisión compuesta por el regidor Reina y el síndico Pérez, para exhortarle a que se recibiera en la sala capitular del gobierno político. ([54])

El Cabildo en pleno recibió a Otorgués en su recinto de sesiones y García de Zúñiga le hizo entrega del gobierno político, comunicando por un edicto al público y a los alcaldes de extramuros la toma de posesión del jefe de vanguardia. A pesar de todo Otorgués continuó ausente de las sesiones del Cabildo, con verdadero sentido de la libertad de deliberación de la autoridad civil, no dejando, sin embargo de atender sus indicaciones para contener desórdenes. "Las graves atenciones que me rodean, escribía Otorgués al Cabildo en marzo 24, y que no distan de los alcances de V.E. no me permiten en este momento presentarme a esa Municipalidad para demostrarle la sinceridad de los votos que me animan a sacrificarme todo en obsequio de la Patria; pero V.E. penetrado de mi decidida voluntad espero contribuya como hasta aquí al logro de mis deseos, en el concepto de que yo por mi parte no omitiré jamás medida alguna que se dirija al bien de esos habitantes". ([55])

* * *

El 26 de marzo fué izado solemnemente, por orden de Otorgués, el pabellón de Artigas. "Para las seis del día de mañana, participaba aquél al Cabildo, — he dispuesto se orle la bandera tricolor de esta Fortaleza. V.E. que

---

(54) Lb. captlr. cit. acta de marzo 21.
(55) Arch. Gral. Lb. 79.

tanta parte toma en las glorias de la Provincia, no dudo se dignará asistir a este acto tan honroso al nombre de Oriental". [56]

La población entera presenció la significativa ceremonia, cuyo sentido histórico quedó indisolublemente vinculado al nombre de Otorgués.

Aunque sin concurrir a los acuerdos del Cabildo, procuró el gobernador asegurar la sensatez y sabiduría de sus resoluciones, designándole como asesor al calificado ciudadano Dr. Francisco Remigio Castellanos. Con el fin de mantener el orden en la ciudad nombró teniente alguacil mayor a Pedro Lanoy, poniendo a sus órdenes una patrulla para el servicio de ronda; y logró facilitar las tareas del abastecimiento de la plaza haciendo conducir granos y ganados desde la campaña. Pero se opuso irreductiblemente a la creación de nuevos impuestos: "siendo una de las recomendaciones que repetidamente me encarga el Sr. General, le decía al Cabildo contestando su proposición del 5 de abril, no gravar al público con impuesto alguno, no puedo asentir a la contribución que solicita V.E. imponer hasta tanto no obtenga la aprobación que le he pedido en consultar, instado de las reclamaciones de V.E. En este concepto y en el de que V.E. se interesa tanto por el bien de la Provincia creo se dignará suspender las medidas que en constante celo y eficacia hubiese tomado al efecto, hasta que se resuelva lo conveniente por la Superioridad". [57]

Los regidores Reina y Pérez fueron comisionados ante

---

(56) Idem, Idem.

(57) Lb. captlr. cit. actas de marzo 30 y abril 4, 8 y 15: Lb. 79, pág. 38.

Otorgués para pedirle que reconsiderara su oposición, pero el gobernador no modificó su actitud. Fué solamente después del relevo de Otorgués, ordenado por oficio del 1° de mayo, desde Paraná, que Artigas invalidó la resolución de su delegado en términos que justificaban la resistencia de éste: "Me he impuesto de la honorable comunicación de V.S., decía el Jefe de los Orientales al Cabildo en mayo 2, data del 17 del mes pasado, en que me transcribe la moción hecha en 2 de marzo por el ciudadano síndico procurador general de esa ciudad sobre el establecimiento de una contribución mensual en toda casa de comercio. Ya con fecha de ayer tuve el honor de indicarme sobre ese particular en vista de la insinuación hecha por ese ilustre Ayuntamiento al gobernador intendente Don Fernando Otorgués. Sin embargo expondré nuevamente a V.S. que a mí no se me esconde la necesidad que tenemos de fondos para atender a mil urgencias que aún prescindiendo de todas bastaba la que se me muestra en la miseria que acompaña a la gloria del bravo ejército que tengo el honor de mandar; vestido sólo de sus laureles en el largo período de cinco años, abandonado siempre a todas las necesidades en la mayor extensión imaginable y sin otro socorro que la esperanza de hallarle algún día; pero la voz sola de contribución me hace temblar. Los talleres han quedado abandonados, los pueblos sin comercio, las haciendas de campo destruídas y todo arruinado. Las contribuciones que siguieron a la ocupación de esa Plaza, concluyeron con lo que habían dejado las crecidísimas que señalaron los veintidós meses de asedio; de modo que la miseria agobia a todo el país. Yo ansío con el mayor ardor verlo revivir, y sentiría mucho cual-

quier medida que en la actualidad ocasionase el menor atraso". Aprobaba por fin Artigas la contribución resistida por Otorgués, prescribiendo que se la limitara a lo indispensable. ([58])

En su sesión del 20 de abril, el Cabildo resolvió oficiar al gobernador Otorgués, que los alcaldes principales de los barrios de la ciudad y particularmente el teniente alguacil mayor se quejaban "de que no eran respetadas las patrullas cuando salían a rondar el pueblo, por los soldados que andaban de noche armados por las calles haciendo varios desórdenes" y le pedía que "dictase las providencias necesarias para que ningún militar pudiese salir de su cuartel con armas después de segunda lista y fuesen respetadas aquéllas como correspondía". ([59])

Aunque generalmente se afirma lo contrario, el documento que sigue y otros posteriores prueban que Otorgués hizo lo posible para reprimir los desórdenes de sus subordinados: "Sin embargo de tener dadas con antelación, contestaba al Cabildo en 25 de abril, las órdenes convenientes para que ningún soldado de la guarnición pueda salir de noche armado, con el fin de evitar cualquier desorden las duplico estrictamente en esta fecha, a consecuencia de la reclamación que con ese objeto ha tenido a bien V.S. representarme por su oficio del 20 del que gira a que contesto". ([60])

* * *

(58) Lb. capitular cit. actas de mayo 9 y 11; Lb. 76, pág. 10.
(59) Idem, Idem Acta de abril 20.
(60) Arch. Gral. Lb. 79.

En su acuerdo del 25 de abril el Cabildo concedió al Jefe de los Orientales "la representación, jurisdicción y tratamiento de capitán general de la Provincia" y el título de "Protector y Patrono de la Libertad de los Pueblos". (61) Otorgués, a quien le fué comunicado en el día lo resuelto, no le dió su aprobación, porque, a su juicio, los demás pueblos de la Banda Oriental también debieron ser llamados a ese pronunciamiento para darle su completo valor. Esta actitud de Otorgués ha sido presentada por algunos historiadores como de abierta hostilidad al Cabildo y de rebeldía hacia Artigas, a quien deseaba suplantar. Pero del texto de su respuesta no se deduce esto.

"Digna es a la verdad del mayor elogio, decía el gobernador al Cabildo, en su oficio de abril 28, la justa demostración de gratitud y reconocimiento que esa corporación me comunica quiere tributar al Sr. General Don José Artigas con la denominación de Patrono y Protector de la Libertad de los Pueblos y encargo de Capitán General de la Provincia. Yo estoy satisfecho, y mis conciudadanos también, de que el mayor premio no es suficiente a compensar sus fatigas, y que ningún homenaje es compatible con tan alta dedicación; pero acaso sería desdecir sus principios, si por esta sola vez se abrogase V.E. la excelsa voz de los Pueblos, cuya libertad ha sostenido con el mayor decoro, integridad y firmeza. Estoy convencido que todos los del Estado Oriental no sólo se conformarían con tan acertado acuerdo, sino que buscarían entre sí más grandes holocaustos que presentarle (si era posible), en obsequio de sus desvelos y padeci-

(61) Lb. capitular cit., acta respectiva.

mientos. Si esta gloria a que deben concurrir se les arrebata, no teniendo otra demostración se ruborizarían de haberse V.E. adelantado a un paso tan honroso sin su intervención y conocimiento, no debiendo tampoco serle de tanta satisfacción sin el fácil concurso de todos los demás, no obstante estar penetrado de sus buenas intenciones y deseoso más que otro alguno de la remuneración de sus trabajos, quisiera apresurar el día de verle con toda la dignidad que le corresponde, y a que se ha hecho acreedor, más sin embargo, observo esta no pequeña dificultad, que sustrae mi aprobación de tan plausible medida. Si V.E. encuentra arbitrios para allanarla, yo me suscribiré gustoso a cooperar en su logro por ver efectuado uno de mis más ardientes deseos". [62]

Es significativo que pocos días después de esta relativa oposición de Otorgués a los designios de los cabildantes, y sin que en ese interín se produjera ningún hecho, que documentalmente pueda probarse y exigiese tal medida, Artigas desde su campamento relevara a Otorgués de sus funciones, haciéndoselo saber al Cabildo en estos términos: "Con esta fecha ordeno al Sr. Gobernador Intendente de esa Plaza deposite en V.S. todo el mando del Pueblo y pase a ejecutar las órdenes que le tengo impartidas. En consecuencia, V.S. queda encargada de llenar las providencias que con esta fecha acompaño oficialmente, por convenir a realzarse el triunfo de la Libertad y fijar la felicidad de estos países. Paraná, mayo 1º de 1815". [63]

Lo probable es que el Cabildo montevideano, viéndose

---

(62) Arch. Gral. Lb. 79.

(63) Idem. Lb. 76.

contrariado por Otorgués en su proyectada contribución al comercio de la Plaza, se sirviera de la resistencia opuesta por el gobernador a la proclamación de Artigas como capitán general, para requerir del Jefe de los Orientales el alejamiento de sus funciones del que pudieron presentarle como un probable rival. No se conoce documentación que pruebe esto; pero una sencilla coordinación de fechas lo revela: el 13 de abril proyectó el Cabildo la contribución al comercio, que no fué aceptada por Otorgués; el 14 insistió la autoridad municipal sin lograr la adquiescencia del gobernador: el 17 ofició la misma al Jefe de los Orientales, haciéndole "presente la necesidad que había de una moderada contribución para subvenir a los gastos de la guerra" [64] y el día 25 de igual mes tenía lugar la proclamación de Artigas como capitán general de la provincia, que Otorgués no aprobó, como queda antes establecido. El 1º de mayo el Jefe de los Orientales relevaba de su cargo al gobernador intendente y el 2 respondía al cabildo aprobando, aunque condicionalmente, la contribución proyectada. Ambos oficios fueron recibidos a la vez y abiertos y leídos en la sesión del Cabildo del 11 de mayo. [65]

La lógica histórica debe sacar necesariamente de estos hechos documentados, la consecuencia de que Otorgués fué sustituído en sus funciones por la actitud que asumió ante la proclamación hecha por el Cabildo. Artigas hizo bien en quitar a Otorgués su gobierno por las causas apuntadas, para zanjar las dificultades, y porque una rivalidad entre el Jefe de los Orientales y el más importante de

(64) Lb. captlar. cit. actas del 13, 14 y 15 de abril.
(65) Idem., idem. acta respectiva.

sus tenientes habría sido fatal para la causa común. Pero la afirmación de algunos historiadores, de la otra banda principalmente, de que el relevo de Otorgués se debió exclusivamente a su mala conducta y a los atropellos cometidos en el ejercicio de sus funciones, carece por completo de base documental y debe ser tenida como una calumnia histórica.

Antes de ser recibida en Montevideo la comunicación que disponía el relevo del mando político y militar de Otorgués, éste salía de la plaza, haciéndoselo saber al Cabildo el 3 de mayo, en los términos que siguen: "Muy poderosos motivos me obligan a fijarme por algunos días en las inmediaciones de esta plaza, para dar cumplimiento a varias órdenes de mi General. Yo suplico a V.E. que penetrado de los importantes objetos que llaman hoy toda mi atención se digne en mi ausencia mirar como hasta aquí, con la ternura que le es característica, por el bien de estos habitantes. En los acontecimientos de bulto que sea necesaria mi consulta podrá V.E. ocurrir a mí en el concepto de que tantas veces se precise mi presencia me tendrá en esa capital". ([66])

Las causas del alejamiento de Otorgués no son conocidas, pero su lenguaje no es por cierto el de un opresor. La probable gestión del Cabildo ante Artigas para obtener el relevo del gobernador, lo que éste no podía ignorar, no modificó sus relaciones correctas y hasta cordiales con aquella autoridad. Alarmado el Cabildo por las insistentes noticias de que una expedición peninsular de once mil hombres se dirigía al Río de la Plata para imponer nuevamente el dominio español, ofició al Jefe de

(66) Arch. Gral. Lb. 79.

los Orientales y al gobernador pidiéndoles autorización para derribar los muros, a fin de quitar ese elemento a los futuros invasores si llegaban hasta apoderarse de la ciudad ([67]). Pero, con claro sentido militar relacionado a la época, se opuso Otorgués a tal medida: "Con esta fecha consulto al señor General, le decía al Cabildo en mayo 6, sobre la demolición de las murallas, a que no puedo asentir sin su consentimiento. Lo que comunico a V.E. en contestación a su oficio que trata de esta materia, tan interesante a la seguridad de nuestras operaciones ulteriores". ([68])

Como el elemento español de Montevideo renovara su agitación, Otorgués por medio de un bando mandó salir de la ciudad y concentrarse en Canelones a los europeos (españoles) solteros y casados. El Cabildo impugnó la medida delegando ante Otorgués a los regidores Reina y Pérez, y pidiendo que se suspendiera su aplicación hasta tanto una junta de guerra "decidiese o propusiese lo que fuere más conveniente a la mayor seguridad de la provincia" ([69]). El gobernador no accedió a los deseos del Cabildo que, en actitud francamente contradictoria, temía que la expedición española se apoderase de la ciudad y, al propio tiempo, mostraba su oposición a las medidas de seguridad que adoptaba el gobernador, que nada tenían de extremas y que eran de elemental aplicación dado el carácter recalcitrante de los residentes españoles, que estimaban siempre la Banda Oriental como una posesión de la corona, y podían constituirse en peligrosos enemigos

(67) Lib. capitular cit. acta de mayo 2.

(68) Arch. Gral. Lb. 79.

(69) Lb. capitular cit. acta de mayo 8. I. de María "Comp. de Historia", T. III,

internos, si una flota hispánica hubiera fondeado en la rada de Montevideo.

A pesar de las divergencias apuntadas, las relaciones entre el gobernador y el Cabildo continuaban en tono amigable y cortés, a lo menos en apariencia. No se conoce ninguna fuente documental que demuestre lo contrario; pero a partir de aquel momento se creó una situación embarazosa, de la que siempre se ha hecho único responsable a Otorgués, sin el detenido examen de la situación y sus antecedentes.

La sesión del 10 de mayo fué presidida por el gobernador, quien manifestó al Cabildo que: "desde aquel momento daba cumplimiento a las órdenes del Sr. General D. José Artigas para entregar el mando del gobierno en esta corporación y el pasar a continuar a dar otras disposiciones del Sr. General". Pero el Cabildo admitiendo el gobierno político suplicó a Otorgués que conservara "el mando de las armas, para hacer respetar las providencias del gobierno en el ayuntamiento".

"Estando en esta súplica, dice el acta de aquella fecha, entró en la sala capitular una porción de hombres que leyeron un borrador que traían y en el que solicitaban que Otorgués no entregase el mando sino que continuase como hasta entonces en lo político y militar y que se hiciese una nueva elección de Cabildo, porque no tenían confianza en sus representantes". El Cabildo admitió el pedimento, pidió que se firmara el memorial por los que decían representar al pueblo y luego se levantó la sesión, declarándose todos "suspensos en el ejercicio de sus empleos respectivos por carecer de la confianza del pueblo, según exposición de uno que prestó la voz". [70]

(70) Lb. capitular cit. acta de mayo 10.

Al día siguiente sesionó el Cabildo sin la presencia de Otorgués que tampoco hizo oposición, estando presentes todos los que la víspera se habían declarado en suspenso. Se leyeron entonces los oficios de Artigas del 1º y 2 de mayo, a que anteriormente se alude, en los que disponía el relevo de Otorgués, y daba su aprobación al impuesto que proyectaba imponer la autoridad municipal al comercio de la plaza ([71]). En su posterior sesión del mismo día 11 de mayo el Cabildo, respaldado en la nota de Artigas que quitaba el mando a Otorgués, rechazó el petitorio presentado por un grupo de ciudadanos el día 10, declarando su presidente que no era la expresión de la voluntad popular por ser poco conocidos sus firmantes; al mismo tiempo suplicaba al gobernador que suspendiese los efectos de su bando de expulsión de los españoles, proponiendo nuevamente la creación de una Junta de guerra, que el propio Otorgués presidiría, para que lo aprobase, sin cuya formalidad parecería tal medida en exceso intempestiva y violenta. ([72])

En esos días deliberaba en la sala capitular la asamblea de electores que debía designar delegados al congreso federal de la capilla de Mercedes. La presidía Lucas José Obes y, en virtud de emanar de la voluntad de los pueblos al sur del río Negro, se consideraba soberana. Bajo la presión de la asonada del día 10, el Cabildo hizo pasar a su síndico en diputación ante el congreso electoral pidiendo el relevo de todos los miembros de la corporación, "creyendo de este modo evitar mayores males", pero el congreso que integraban ciudadanos tan notables

(71) Idem, idem, acta de mayo 11.
(72) Idem, idem, segunda acta de mayo 11.

como Fray José Benito Lamas, Lorenzo J. Pérez, Juan Benito Blanco y Juan José Durán, acordó admitir solamente las renuncias de García de Zúñiga, alcalde de primer voto, y del regidor decano Felipe Cardozo, ciudadanos éstos que fueron posteriormente encausados de orden de Artigas, por las responsabilidades que pudiera caberles como "administradores del tiempo de Otorgués" ([73]).

De esa asonada contra el Cabildo se culpa a Otorgués, atribuyéndosele el propósito de conservar a todo trance el gobierno político, después de ser relevado por disposición de Artigas. El hecho existió, y sin la voluntad del exgobernador que disponía de la fuerza armada no pudo producirse. Pero es preciso recordar que Otorgués resistió cuanto pudo y diversas veces la toma de posesión del gobierno, no considerándose capacitado para tan difícil tarea y alegando sus muchas ocupaciones militares. Sin embargo, contra él está netamente el hecho de que, contrariando la voluntad manifestada en forma terminante por el capitán general de la provincia, ejerció actos posteriores de gobierno que, por su parte, el Cabildo acató sin resistencia.

En la sesión del 15 de mayo aquella autoridad resolvió crear una Junta de Guerra y otra de Vigilancia, "que no dedicadas a otra cosa ejecutasen, con acuerdo del Ayuntamiento, las medidas conducentes a su defensa" y la formación de un cuerpo cívico, ya propuesto anteriormente, todo lo que se hizo conocer por oficio al gobernador cesante. "Es de mi aprobación, decía éste en respuesta datada en 16 de mayo, que V. E. proceda a elegir una

(73) Lb. capitular cit. actas de mayo 9 y 12; G. F. Rodríguez. "Hist. de Alvear", T. II, pág. 572.

comisión de vigilancia que cele, cuide, proponga y active todas las medidas que se crean consecuentes con la seguridad de la Provincia. Asimismo la creación del Cuerpo Cívico que V. E. me propone, teniendo siempre en consideración la necesidad de auxiliarse las familias que sin sus principales talvez no puedan conducirse, o al menos hallen tropiezos infinitos en su marcha. Creo innecesaria la Junta de Guerra, respecto a que debiendo concordar sus providencias en cuanto a la plaza este gobierno con ese Excmo. Cabildo, no hay objeto para que pueda instaurarse; las medidas puramente militares que me sean preciso tomar serán siempre consultadas, ya en concepto a las órdenes de mi General, ya con presencia de las circunstancias en que debe tener parte el dictamen de los oficiales del regimiento de mi mando, y también porque las multiplicadas atenciones con que se halla recargada esa Municipalidad pudieran entorpecer un tanto la expedición de los importantes asuntos que para nuestra seguridad deben tratarse" ([74]).

Para constituir la Junta de Vigilancia designó el Cabildo, en su sesión del 16 de mayo, al capitular síndico de la ciudad Juan María Pérez, como presidente, y para vocales a Lorenzo Justiniano Pérez y Jerónimo Pío Bianqui, ciudadanos de notoria probidad e inequívoca actuación en nuestra vida pública. Otorgués aprobó la designación en su oficio fechado el día siguiente, comunicando la institución de la Junta al Ministro de Hacienda para que "reconociendo las facultades de que está investida la facilite los auxilios y conocimientos que le pidiese en caso necesario" ([75]).

---

(74) Lb. capitl. cit., acta de mayo 15; Arch. Gral. Lb. 79.
(75) Idem, cit. acta de mayo 16; Arch. Gral. Lb. 79.

Este acto de alcance meramente administrativo originó una de las más flagrantes injusticias cometidas contra la reputación de Otorgués. El historiador argentino Berra dice en el capítulo CXXIX de su "Bosquejo Histórico" que estando "Montevideo bajo el despotismo bárbaro de Otorgués, este caudillo predilecto de Artigas, instituyó una Junta de Vigilancia, compuesta de criminales, con el fin de perseguir a los españoles y a las personas a quienes se juzgase afectas a la causa de Buenos Aires".

Los "criminales" a que alude Berra eran, como ya se ha dicho, Juan María y Lorenzo J. Pérez, que dejaron sus firmas al pie de la primera Constitución de la República, y Bianqui, considerado entre los notables de Montevideo, diputado al congreso electoral de 1815, regidor más tarde y síndico procurador general de la ciudad (76). Tan pasmosa aseveración ha sido repetida, aunque algo atenuada, por otros historiadores de ambas márgenes del Plata, que no compulsaron los documentos que prueban irrefutablemente: primero, que la Junta de Vigilancia fué nombrada por el Cabildo, con la aprobación posterior de Otorgués; después, que la Junta estaba integrada por personas honorables y, por último, que Otorgués no pudo utilizar la nombrada Junta para perseguir a los españoles o a las personas afectas a la causa porteña, por cuanto casi en seguida se alejó de la ciudad dirigiéndose a la frontera.

Ante la insistencia del Jefe de los Orientales para que sus órdenes fueran cumplidas, como lo reiteró en enérgicas notas cuya lectura oyó el Cabildo en su sesión del

---

(76) Idem, de 1814, actas del 6 y 7 de abril; de 1815, acta de mayo 13 y 1816 de enero 2.

20 de junio, Otorgués se resolvió al abandono de la situación que había conservado a instancias de aquél. En junio 27 le decía al Cabildo: "Con esta misma fecha doy las órdenes convenientes a las autoridades de esta capital y su campaña para que reconozcan a ese Excmo. Cabildo por Gobierno. Asi mismo queda impartida la competente orden para que queden guarneciendo esta plaza la 8ª compañía del regimiento de Dragones de mi actual mando, la división de artillería y la compañía de Morenos agregada a la misma, según V. E. lo solicita en su oficio de hoy; y por lo que respecta al sargento mayor de plaza actual y sus ayudantes, me han hecho presente que de ninguna manera desempeñan sus encargos por no ser de su agrado el permanecer en esta plaza. Con lo que contesto a sus dos honorables comunicaciones de esta fecha, felicitándole igualmente por este nuevo cargo con que le ha condecorado la Patria" ([77]).

Del punto de vista militar es inadmisible que Otorgués dejara librado a la voluntad de algunos de sus subordinados el cubrir o no determinado servicio. Pero históricamente se demuestra que el jefe de los Dragones y sus oficiales resistían la tendencia visible del Cabildo a tratar con el gobierno de Buenos Aires, en tanto que Artigas no podía entenderse con él.

A la retirada de las tropas de Otorgués, que, cumpliendo las órdenes del capitán general de la provincia, marchaban lentamente hacia la frontera de Cerro Largo, siguieron algunos desórdenes. Los elementos perturbadores que abundaban, y que habían sido contenidos hasta

(77) Arch. Gral. Lb. 79.

entonces por la energía de Otorgués, hicieron su aparición, alarmando al vecindario que pidió protección al exgobernador: "Ha tres días, le significaba éste al Cabildo en junio 26, que las tropas de mi mando en guarnición de esta plaza empezaron a marchar por compañías para situarse en los puntos de la campaña, cuya defensa se me ha encargado de orden superior. Este movimiento tendría una data muy anterior si en el momento en que yo me disponía a efectuarlo no hubieran V. E. y el benemérito vecindario de Montevideo elevado la vista a sus consecuencias y tenido por más conveniente el retardarlo hasta nueva resolución del Gral. en jefe, a quien se consultó sobre el particular. Me consta que V. E. en este paso manifestó todo su respeto hacia aquella autoridad y son públicos los clamores del pueblo al contemplarse como desamparado de la fuerza que podrá protegerlo contra las maquinaciones del enemigo, siempre audaz aunque débil y siempre dispuesto a descargar el peso de sus envejecidos rencores contra los hijos del suelo oriental". ([78])

Y como si adivinara las apreciaciones injustas que el porvenir le reservaba, añadía en el mismo oficio: "pero de ese hecho, ni de los acuerdos que le precedieron para continuar mis funciones en el gobierno celebrados por el Excmo. Ayuntamiento, hay en mi poder constancia capaz de garantirme contra las suposiciones que la malicia pudiera inventar para reprimir el concepto de mi subordinación a los mandatos superiores; talvez es un exceso de delicadeza y precaución, pero V. E. no desaprobará estos sentimientos en el pundonor de un militar que

---

(78) Arch. Gral. Lb. 79.

como jefe quisiera ser el modelo de la más escrupulosa y exacta comportación en materia de servicio".

Terminaba Otorgués su comunicación pidiendo que se le expidiera testimonio de las actas del Cabildo, en que se le rogaba que continuase sus servicios y de las solicitudes populares en el mismo sentido. Pero el Cabildo desde que asumiera el mando efectivo en lo político y en lo militar dispensó poca atención al exgobernador: los pedidos de equipo para sus tropas mal vestidas no fueron satisfechos o lo fueron sólo en mínima parte; no se le completó el armamento, teniendo que proveer de garrotes que figuraban fusiles a sus voluntarios; y hasta omitió durante meses contestar su correspondencia [79]. Desde que principiaron estas contrariedades pensó Otorgués en dejar el servicio de las armas: "Antes de mi partida, escribía al Cabildo en agosto 4, tuve la honra de insinuar a ese Excmo. Gobierno la imposibilidad que advertí de continuar mis servicios en obsequio a la Provincia como lo deseaba y había tributado gustosísimo por el espacio de cinco años consecutivos, sin que mi constancia en los trabajos y energía en los peligros hubiese jamás desistido del sagrado objeto a que se dirigían. Los achaques que he adquirido en mis incesantes campañas, no me permiten dilatarse más el pronto acudimiento que necesitan. En esa virtud y en la de que sólo deseo reunirme a mi familia, sin otro permiso que el de permanecer tranquilo en su centro, me dirijo a V.E. con las mismas protestas que le hice en aquella fecha, limitando la carrera de mis fatigas al término de cinco meses, para que cer-

(79) Arch. Gral. Lb. 79.

ciorado V.E. y persuadido de este conocimiento que renuevo, se digne obrar oportunamente en la parte que le toque, como lo demandan mis deseos y exige la consideración de un paisano que tanto ha padecido empleando continuamente sus débiles esfuerzos por la felicidad de la Patria". ([80])

A pesar del disgusto y aun del despecho que esta nota transparenta, Otorgués continuó al mando de la vanguardia artigusta. El Cabildo apenas se acordaba de él para quejársele de los desórdenes promovidos por algunos militares subalternos, antes de que Fructuoso Rivera asumiese el mando de las armas, y cuando el exgobernador estaba con sus tropas en la región del río Negro. Su cortesía para el Cabildo y el propósito de castigar los desórdenes se mantuvieron, no obstante, inalterables.

"He recibido, decía en agosto 5, los oficios de V.E. del 29 y 30 del ppdo y a la verdad que el contenido del primero me ha sido demasiado sensible por los escandalosos hechos del Tte. D. Manuel A. Iglesias, que se sirve comunicarme. Yo tributo a V.E. mis más cordiales demostraciones en gratitud de la consideración que ha tenido para disimularle por mis respetos, pero al mismo tiempo aseguro a V.E. que me hubiera sido en igual grado apreciable que V.E. mismo a quien insultó, le hubiese impuesto el condigno castigo por sus excesos, mas sin embargo al momento que se me presente será reprehendido seriamente con concepto a ellos y a la corporación de V.E.". ([81])

Tal fué, expuesto en forma sintética y documental,

(80) Idem, idem.
(81) Idem, idem.

el breve gobierno de Otorgués. Cierta tradición informada por los intereses políticos, el choque de las pasiones localistas y las referencias de algunos que fueron, alternativamente, amigos y enemigos suyos, lo han presentado de bien distinta manera: como el de un tirano inexorable, inaccesible al razonamiento de los hombres instruídos, impermeable a toda sugestión culta y humana, que ejecutó y mandó a ejecutar los mayores atropellos contra los habitantes de Montevideo. Afirma esa misma tradición que, harto de los desórdenes y violencias de Otorgués, el Cabildo delegó ante el capitán general de la provincia a los sacerdotes Dámaso A. Larrañaga y José L. Planchón y al regidor Reina para que se trasladasen al cuartel general del Hervidero y enterasen a Artigas "de la situación angustiosa de Montevideo, víctima del desenfreno brutal de la soldadesca y del alcoholismo de su jefe" ([82]), con lo que obtuvieron su inmediato relevo.

Tal afirmación está muy distante de la realidad documental.

En la sesión de mayo 29 el cabildo presidido por el alcalde de primer voto interino Pablo Pérez oyó la lectura de dos oficios de Artigas, cuyo tono irritado causó sorpresa y consternación. Para explicarse las causas del enojo, los cabildantes examinaron su anterior correspondencia sin encontrar más que "sumisión, respeto y obediencia", y teniendo en consideración la rectitud e integridad del capitán general y la seguridad de que la corporación no había dado mérito a su cambio de actitud, creyendo que hubiera algunos "equívocos o siniestros informes", acordó enviar como diputados ante la persona

(82) I. de María "Comp." T. III.

de Artigas al regidor Reina y al presbítero Larrañaga, a quienes se les dieron instrucciones verbales, partiendo enseguida bajo la protección de una escolta que se le pidió a Otorgués. ([83])

Los emisarios llevaron a término su cometido, pero la respuesta de Artigas no permite aceptar lo que asegura la tradición. En su oficio de junio 13, el capitán general es al Cabildo a quien reprocha la dilación en cumplir sus disposiciones: "He oído, le decía, al señor Regidor Defensores de Menores Ciudadano Antolín Reina y al señor Cura Vicario Ciudadano Dámaso Antonio Larrañaga, enviados cerca de mi por esa Muy Ilustre Corporación. Viendo retrasado el cumplimiento de mis órdenes cerca de un mes y medio, permítame V.S. que le diga que si el resultado era obedecerlas, yo esperaba verlo manifiesto precisamente en el hecho de cumplirlas, *más que por el órgano de la diputación.*

Asuntos de tal tamaño y en estas circunstancias, son de una exigencia imprescindible. Un minuto de demora es una desventaja; y la actividad ha sido lo que siempre ha contribuído más a la gloria de nuestros sucesos. Cuando yo ordené al Gobernador D. Fernando Otorgués marchase a la Frontera, contesté en aquellos días a S.E. sobre la conservación de los muros hallándome próximo a combinar con Buenos Aires un plan de defensa general; y en eso cualquiera debía ver por consiguiente que yo no podía olvidarme de determinar una guarnición precisa para esa plaza. Sin combinaciones con Portugal la Expedición Española es nada; por si se verificase que obrasen ambas Naciones de acuerdo, es que indiqué la marcha de

(83) Lb. captr. cit. acta respectiva.

esas fuerzas a Cerro Largo. Yo en la actualidad tengo presentes todas las atenciones, sin que haya circunstancia alguna que pueda distraerme. En esta confianza es que S.E. debe descansar, y fijar los deseos de ese Pueblo, evitando con todo esmero vuelvan a reproducirse temores que causen demora a mis determinaciones. Bajo este principio es urgentísimo que no se dilate un minuto más el cumplimiento de mis últimas órdenes. Yo repito a V.E. que necesito esa Caballería en la frontera...... Finalmente yo encargo a V.E. el orden más rígido en todo y que no haya circunstancia capaz de echar el menor borrón sobre las virtudes que deben caracterizar nuestros afanes en todo tiempo". ([84])

Ya puede verse cuanto la tradición ha falseado la verdad histórica. El resultado de la misión Reina - Larrañaga fué una admonición severa de Artigas al Cabildo, sin ninguna referencia acerca de los excesos que se atribuyen a Otorgués, ni de quejas a su respecto o de sus subordinados.

En ningún instante la autoridad municipal formuló contra el exgobernador cargos que puedan documentarse. Antes al contrario los conceptos sobre él expresados fueron siempre favorables, y al relevarle en el gobierno le escribía en junio 20: "El Excmo. señor general en comunicación de fecha 13 del corriente, previene con reiteración muy estrecha a este Ayuntamiento, el cumplimiento de todas sus órdenes, bajo responsabilidad de la mayor consecuencia que en ella se indica. Y siendo entre ellas las que con antelación tiene dado a este Consejo en fecha 1º de mayo último, comprensiva de que el

(84) Arch. Gral. Lb. 76.

gobierno de esta Plaza recayese en esta Corporación lo hace presente al acreditado celo de V.S., que siempre ha manifestado en todo rigor militar el obedecimiento a este jefe. Y a los fines que son consiguientes espera de V.S. este Ayuntamiento, que se servirá al efecto pasar avisos oportunos a las Corporaciones de esta plaza". ([85]) Tampoco escatima el Cabildo su palabra elogiosa para Otorgués cuando comunica en 21 de junio a la población su alejamiento: "Por cuanto: por convenir así a la defensa de la Provincia, ha determinado el señor General de los Orientales don José Artigas, que el benemérito gobernador de esta plaza, coronel don Fernando Otorgués, marche con su Regimiento a cubrir las fronteras, y que esta Corporación reasuma en sí el gobierno político y militar. Por tanto, y para dar el más exacto cumplimiento a las terminantes órdenes del señor General, reconózcase este Ayuntamiento como tal gobernador político y militar en toda su jurisdicción". ([86])

El 30 de junio se alejó Otorgués de la plaza que había gobernado, despidiéndose con la siguiente proclama:

"El comandante en jefe de la vanguardia del Ejército Oriental a los moradores de Montevideo. Ciudadanos: Marcho a cubrir las fronteras de esta Campaña, en cumplimiento de las órdenes del Señor Capitán General de esta Provincia. Tuve la honra de guarnecer esta Plaza desde que la evacuaron las Tropas de Buenos Aires al avistar las de mi mando. Montevideo, último punto que les restaba en esta Banda a las armas del Occidente, tomó posesión desde entonces de su noble timbre de Capital de

(85) I. de María Ob. cit. T. III.
(86) Idem, ídem.

los Pueblos Orientales. Fuí electo por disposición superior en jefe político y militar y le dediqué todos mis desvelos a procurar su tranquilidad y conservar su renombre. Creo estar remunerado en mis tareas en el cordial afecto de que os soy deudor, pero por mucho más satisfecho me daré si (como lo espero) permaneciérais constantes en el sagrado deber de estar obedientes y prontos a cuanto os mandare la Suprema autoridad elegida por estos pueblos y la Municipalidad que acaba de subrogarme. La mejor garantía de esta necesaria obediencia consiste en la unión, sin cuya cualidad no puede subsistir la fuerza física y moral de ningún Estado. Unanse las voluntades en un solo sistema político. Estréchense los vínculos de la fraternidad: sea la Gloria de la Patria el objeto que se propongan nuestros esfuerzos; y vosotros seréis libres. Pero tened entendido que la Libertad degenera en perniciosa locura cuando se desvía de las reglas de la Moral; que todo esfuerzo por poderoso que sea decaerá en confusión si no fuese dirigido y que hallándose el timón del Estado a cargo de un general experto, digno de nuestra confianza, es indispensable le correspondamos con docilidad y con invariable sumisión para que nuestros votos vean realizada en todo su esplendor la sublimación de la Patria. Así lo espero de vuestra lealtad y patriotismo y en esta confianza me despido de vosotros para dirigirme al campo de honor". ([87])

A través de la ampulosidad de lenguaje y tono doctoral de este documento, que deben tomarse como vicios de expresión corrientes en aquella época, se perciben cla-

(87) M. S. del Arch. Gral. caja 461.

ramente el afecto de Otorgués hacia el pueblo que había gobernado y del que sentía el calor de la reciprocidad de ese mismo sentimiento, así como su deseo de que la unión entre los orientales asegurase la existencia hasta entonces precaria de la provincia y su voluntad de que las disposiciones del capitán general de la misma fueran cumplidas por todos, siendo él quien las acatara el primero. La prueba documental destruye, pues, cuantas afirmaciones capciosas se han hecho respecto del gobierno de Otorgués y las causas directas de su relevo.

* * *

Al gobierno de Otorgués debió el ejército artiguista la organización del arma de artillería. En su oficio de marzo 16, el gobernador hizo saber al Cabildo que había resuelto organizar a la brevedad posible un cuerpo de artillería "en el pre y fuerza que permitieran las circunstancias", designando para comandarlo al mayor Bonifacio Ramos. En su circular de marzo 22 dispuso que los soldados de los distintos cuerpos que hubieran servido en dicha arma (en las unidades españolas y porteñas) fueran alistados para su formación. Material de artillería no faltaba: según la relación del comandante del cuerpo, existían 63 piezas de diversos calibres montadas y 155 en los baluartes desmontadas, con 22.200, balas, bombas y granadas. Esa unidad llegó a contar con dos baterías volantes mandadas por los capitanes José Monjaime y Manuel Oribe y hasta 200 plazas de efectivo. Posteriormente se le agregó al cuerpo una compañía de morenos, de más de 100 hombres, para el manejo de las

piezas emplazadas en las murallas y en los fuertes costaneros. ([88])

GUERRA CONTRA LOS LUSO - BRASILEÑOS

No debieron ser tan excesivamente graves las faltas que se adjudican al gobierno de Otorgués, cuando éste fué conservado por Artigas en el mando de los Dragones de la Libertad y de la vanguardia. Aún más: le dispensó toda su confianza, colocando también bajo su autoridad las milicias de San José y Cerro Largo. Al comenzar el año 1816, Otorgués al frente de 1.500 hombres y con el título de Jefe del ejército de la derecha, ejercía su comando desde Maldonado hasta Cerro Largo.

La vigilancia de tan extensa zona le obligó a destacar muchas patrullas de su núcleo principal. Mientras con éste vigilaba a los luso - brasileños que hacían sus preparativos de invasión, sus oficiales exploraban el territorio fronterizo. Algunos de ellos incurrieron en censurables deslices, que al llegar a conocimiento de Otorgués no encontraban en él la tolerancia que algunos historiadores le suponen. Pedro Amigo, patriota valeroso y tan temible por su osadía como por sus excesos, incurrió en graves faltas, siendo comandante de la guardia de Maldonado, por lo que fué inmediatamente relevado por Otorgués y sometido a la autoridad ordinaria: "Don Pedro Amigo, capitán de mi regimiento, pasa a la disposición de V.E., le escribió al Cabildo de Montevideo en 13 de mayo de 1816, para que le haga los cargos que estime

(88) Arch. Gral. Lb. 79.

oportunos sobre su pasada conducta, castigándolo en la forma que V.E. halle conveniente si resultare criminal". [89]

No por esto cesaron los desórdenes. El país era casi un desierto sin caminos definidos, y las comunicaciones resultaban así tan difíciles que las noticias de las nefandas hazañas de algunos subalternos llegaban tarde, o no llegaban, al conocimiento de los superiores. Pero la leyenda ha magnificado y multiplicado esos hechos vituperables que no fueron tantos, ni tan feroces sus autores, que, en general, tampoco dispusieron de medios para ejecutar las tropelías de que se les hace cargo.

El resto del año 1815 transcurrió entre inquietudes y expectativas, aunque fué el período de mayor influencia política y militar de Artigas que con su sistema dominaba desde el Paraná hasta el Plata. Desaparecida ya la amenaza de una fuerte expedición naval - militar española para someter a estos países, los indicios de una próxima invasión portuguesa eran más visibles a cada día.

Para defender el territorio de tal eventualidad, trazó Artigas su conocido plan de operaciones de 1816, que fué su mejor concepción militar, y del que todos sus comandantes tuvieron conocimiento en la hora oportuna. La defensa de la frontera este le fué confiada a Otorgués que, libre ya de las enojosas tareas del gobierno político, volvió a mostrarse el militar valeroso y decidido que era. "Hoy he recibido oficio de Otorgués, le decía Artigas a Barreiro en 10 de julio de 1816, muy animoso y que ya estaba en movimiento. Me pide armas cortas; ya previne a Vd. se le oficiase sobre el particular, y por consecuen-

(89) Arch. Gral. Lb. 79.

cia deben franquearsele las que pida e igualmente las municiones que necesite. Igualmente si Otorgués pide su gente mándesela; pues ya hoy me ha oficiado en ese sentido y yo lo he dejado a su elección". (90)

El Cabildo de Montevideo también comunicaba a Otorgués las noticias relativas a la inminente invasión luso-brasileña, pero, como se ha relatado, no le enviaba las armas que pedía hasta que intervino la decisión de Artigas. "Acabo de recibir el oficio de V.E., escribía el jefe de vanguardia en julio 10, en que me participa la noticia de las tropas que se hallan prontas en Santa Catalina para invadirnos; yo me hallo pronto y dispuesto a favorecer a mis paisanos y sacrificarme para ayudar al bien general de la Provincia; de las fronteras que están a mi cargo que bandeado el río Negro llegan hasta Santa Teresa, yo daré una responsabilidad de lo más mínimo, pues las tengo guarnecidas a mi satisfacción; el puerto de Maldonado no podré responder de él por las disposiciones anteriores de V.E.". (91)

En setiembre - octubre de 1816 se produjo la esperada invasión. Rivera con el llamado ejército de la izquierda, que era sólo una columna de 1.400 hombres, tenía por misión oponerse a los movimientos del general Lecor que con 5.000 soldados avanzaba por el litoral atlántico; Artigas con el núcleo principal y sus tenientes Berdún y Sotelo buscaban al norte el contacto de las tropas del general Curado; Andresito Artigas operaba en las Misiones y Otorgués tenía por cometido resistir el pasaje de fuerzas luso - brasileñas en el río Yaguarón.

(90) G. F. Rodrigues. Ob. cit. T. II.
(91) Arch. Gral. Lb. 79.

El brigadier Bernardo da Silveira al frente de 2.000 hombres pasó el Yaguarón, y rechazando las guardias de Otorgués que mandaba el capitán Domingo Sainz se posesionó de la villa de Melo, a mediados de noviembre.

Desde esa población hizo recorrer la campaña con sus tropas ligeras que el mismo mes derrotaron al teniente Bonifacio Isasa, causándole bastantes bajas y tomándolo prisionero. En los primeros días de diciembre llegó Silveira a Fraile Muerto, en tanto que el jefe de los Dragones acampaba en el arroyo Cordobés. Para ocultar su marcha hacia el sur, el jefe luso - brasileño mandó contra su adversario una columna de 500 hombres, integrada por dos compañías de caballería de línea, medio escuadrón de milicias riograndenses y las guerrillas del capitán Manuel Joaquín Carbalho, a cuyo mando iba toda la fuerza. Otorgués penetró el propósito de su adversario y sin vacilación marchó con unos 400 hombres contra Carbalho, al que alcanzó en la costa del arroyo Pablo Páez el 6 de diciembre y acometiéndole con denuedo sableó y batió su destacamento matándole 40 plazas, teniendo a su vez veintitrés bajas entre heridos y muertos, siendo de estos últimos el bravo capitán Manuel Galeano [92]. Conseguido este triunfo, Otorgués volvió sobre sus pasos en procura de Silveira que iba en marcha precipitada rumbo a Montevideo, le alcanzó en las nacientes del Cordobés y poniéndose a su flanco le hostigó sin descanso, con guerrillas diarias hasta Casupá, donde el jefe luso - brasileño se vió obligado a detenerse.

A poca distancia de dicho paraje Rivera con 1.200 hombres y dos piezas de artillería se reunió a Otorgués,

(92) G. F. Rodríguez. Ob. cit. T. II.

resolviendo ambos jefes artiguistas atacar al general Silveira en la mañana siguiente. Al efecto partieron con sus tropas desde el arroyo Tornero, pero después de una hora de marcha no lograron ponerse de acuerdo respecto de quien debía comandar el servicio de exploración, y con tan nimio motivo se separaron, retirándose Otorgués hacia el Yí y continuando Rivera, con Lavalleja de vanguardia, las hostilidades contra la columna de Silveira, que consiguió al fin reunirse al ejército de Lecor. (93)

No hubo, pues, combate alguno en Casupá, donde, según el general Tasso Fragoso, Silveira habría desbaratado a Rivera y Otorgués (94). Aquella disidencia entre ambos jefes orientales, que arroja tanta responsabilidad histórica sobre uno como sobre el otro, fué una de las causas del fracaso del plan militar de Artigas. Otorgués y Rivera con sus 2.200 hombres habrían podido batir definitivamente a Silveira a quien restaban 1.600 y con el prestigio de la victoria marchar unidos también contra Lecor, a cuyas operaciones hubieran opuesto serias dificultades. Tal oportunidad no volvió a presentarse y sólo derrotas y amarguras experimentaron los orientales en su tenaz defensa del territorio.

El año 1817 se inició con los peores auspicios. Los orientales fueron derrotados en Catalán y Arapey y el general Lecor, ocupante de Maldonado, amenazaba la capital, exigiendo su entrega; pero no se arredraron por esto los jefes nativos.

Las escasas fuerzas orientales que guarnecían Monte-

---

(93) "Gral. Rivera". Memoria de los sucesos, etc.; Bauzá. "Hist. de la Dom. Espñ." T. III.

(94) "A batalha do Passo do Rosario", pág. 122.

video se retiraron, conforme a las disposiciones de Artigas, el 18 de enero y el 21 entraba Lecor con su ejército, recibiendo las llaves de la fortaleza de manos del Cabildo, que en la oportunidad se mostró tan "aportuguesado", como pruebas había dado de "porteñismo" al entrar Alvear un año y medio antes.

Pero desde que Lecor ocupó con sus tropas la capital, la iniciativa en materia de acción militar se desplazó al campo opuesto. Los jinetes de Rivera y Lavalleja vigilaban constantemente a las puertas de la plaza, y cada vez que algún destacamento se alejaba de los muros era batido por los patriotas. El propio Lecor que al frente de dos regimientos salió de la ciudad para proveerse de víveres, forrajes y leña fué vigorosamente resistido en el paso de Cuello del río Santa Lucía, y en seguida rechazado con una brillante acción de Rivera en el pueblo del Pintado Viejo, que le obligó a encerrarse de nuevo en la plaza.

En abril de 1817 se trasladó Artigas desde Purificación a las inmediaciones de Montevideo para dar nuevo impulso a la resistencia de los nativos, comprobando que muchos de sus oficiales eran partidarios de una transacción amigable con el gobierno de las Provincias Unidas, en la creencia de que así podrían combatir con más éxito la invasión portuguesa. Ellos ignoraban seguramente que las desgracias de los orientales se debían en primer término a la actitud engañosa del director Pueyrredón, que aparentaba el propósito de ir en su ayuda, cuando en realidad, sólo propiciaba el aniquilamiento de la causa nativa.

Impuesto Artigas de los anhelos dominantes entre los patriotas que asediaban Montevideo, confirió su mando

en jefe a Rivera, en quien confiaba. Este nombramiento no contó con el beneplácito de los jefes y oficiales de las tropas patriotas; y una vez que Artigas se retiró hacia el norte, Rivera fué depuesto por aquéllos y designado en su reemplazo García de Zúñiga, que condicionó su aceptación a la voluntad del Jefe de los Orientales, quien no sólo no aprobó la sustitución de persona sino que en su carta del 9 de julio datada en Purificación, conceptuaba como de rebeldía la actitud de los jefes y oficiales ante lo cual García de Zúñiga declinó el nombramiento. Los disidentes, rechazando todo entendimiento con Rivera, designaron entonces comandante general a Otorgués, que aceptó ponerse a su frente, aunque la desaprobación de Artigas no se hizo esperar.

Desde aquel momento se desquicia la unidad de acción del asedio; las operaciones de guerra pierden vigor y un gran malestar moral sustituye a la confianza y decisión conque, hasta entonces, los orientales defendían su suelo.

PUEYRREDÓN Y OTORGUÉS

Desde enero de 1817 trabajaba en la sombra el director supremo a fin de separar a Rivera y Otorgués de Artigas, no para ayudar a los nativos en su desesperada lucha contra la invasión luso-brasileña sino, como lo reconoce y comprueba el propio general Mitre, para hacer la guerra con la ayuda de entrerrianos y portugueses al Jefe de los Orientales. (95)

Sus tentativas de seducción respecto de Rivera no tuvieron los resultados que Pueyrredón, según su carta del

(95) "Hist. de Belgrano" Cap. XXXVI.

24 de febrero de 1817 al general San Martín, se lisonjeaba de alcanzar, pues aquél hizo conocer de Artigas las sugestiones porteñas.

Desaparecido Rivera del mando del asedio, en las circunstancias ya descriptas y reemplazado por Otorgués, la nueva ofensiva diplomática de Pueyrredón se dirigió contra él. Valiéndose del mayor Adrián Eusebio Mendoza, el director supremo hizo ofrecimientos, a los que contestó Otorgués por conducto del capitán de buque mercante Luis Escofiet manifestando sus buenas intenciones en el sentido de la unión, y declarando que estaba pronto para ir en persona a Buenos Aires, a fin de sellar la paz. (96)

Alentado en su error por la actitud abiertamente favorable al entendimiento con los porteños, de los jefes que le sostenían en el mando de las tropas contra la voluntad de Artigas, Otorgués, si abrigaba las ambiciones que se le suponían, debió creer llegada la hora de asumir el papel principal, pues la influencia y el prestigio del Jefe de los Orientales parecían a punto de ser aniquilados. El despego de los caudillos entrerrianos era a cada día más evidente; las columnas enemigas aunque aisladas entre sí dominaban los puntos vitales del territorio; del gobierno porteño no debía esperarse auxilio alguno mientras Artigas permaneciera en armas y la causa nativa parecía desaparecer en el torbellino de los acontecimientos.

Fué en esos días de incertidumbre y desorientación que Otorgués contestó afirmativamente a las proposiciones de Pueyrredón, por carta fechada el 2 de agosto en Canelones: "Desde que recibí, le decía, su apreciadísima

(96) Mitre. Idem, idem.

data 29 de abril, no he cesado de dar ante Don José Artigas todos los pasos que he creído conducentes al restablecimiento de la concordia. Las más lisonjeras promesas fueron el resultado de mis instancias; pero él, mal aconsejado me ha estado faltando a ellas, y al fin me convencí de ser preciso hacerlo sin su consulta. Por acá ya están tomadas todas las medidas que faciliten el acierto. Yo estoy de acuerdo con todos los paisanos de poder e influjo; con la mayor cautela se han ido dando todos los pasos precisos, y puedo asegurar a V. que todo está listo. Sólo falta una persona autorizada por V. para tratar con ella lo competente a sellar tan preciosa obra. Conviene en su tránsito no haga saber su comisión porque esto debe manejarse con la mayor reserva hasta estar concluído, tanto por evitar el más mínimo entorpecimiento como porque en el entretanto no hallen los enemigos ocasión alguna sobre nosotros mostrándonos con división. El objeto es obligar a Dn. José Artigas a que oiga el clamor general sin dar lugar a demoras que hagan nacer los efectos indicados. Yo espero que V. por su parte no perderá un instante en la remisión del sujeto, previniéndole que me encontrará aquí, o en la línea de vanguardia cerca de Montevideo. Es cuanto tengo que decir a V. sobre un particular en que lo veo tan dignamente interesado, y concluyo ofertándole de nuevo mis más ardientes votos, con la más apasionada adhesión hacia su persona". [97]

El criterio de nuestro tiempo, en un Estado definitivamente constituído y libre de todo poder extranjero, no encuentra justificación para la actitud de Otorgués. Pero colocada ésta en el escenario de la época debe conside-

(97) G. F. Rodríguez. Ob. cit.

rarse como la expresión fiel del pensamiento de muchos de sus conciudadanos que, desesperados por seis años de continuo guerrear y por los males sucesivos de la dominación española, la ocupación porteña y la invasión portuguesa querían paz y tranquilidad, conciliando política y económicamente a la provincia Oriental en un pie de igualdad con las de allende el Uruguay, lo que en cierto modo hubiera sido la realización de un propósito político de Artigas, con la exclusión de éste.

Ocho meses de gestiones epistolares entre Pueyrredón y Otorgués no produjeron los resultados que el primero se proponía. Si se examina su alcance se verá que ellas pudieran ser hasta beneficiosas para la causa nativa, permitiendo que Artigas, no hostilizado durante ese tiempo por el directorio, reorganizara sus fuerzas, en la esperanza de que Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay le dieran su ayuda en la lucha contra Buenos Aires, auxilio que por las dudas y vacilaciones de sus dirigentes nunca llegó. Pero, la resistencia al invasor se quebrantó verdaderamente cuando el coronel Rufino Bauzá con su batallón de Libertos y el cuerpo de artillería se pasaron al enemigo, al comenzar octubre de 1817.

FIN DE LA ACTUACIÓN DE OTORGUÉS

Al abandonar la lucha los jefes y oficiales que se habían mostrado partidarios de la conciliación con Buenos Aires, arrastrando en pos toda su tropa, privaron a Otorgués de los elementos esenciales de infantería y artillería para continuar el asedio de Montevideo. Disponiendo sólo de

caballería hubo de retirar su cuartel general de Canelones al Yí, manteniendo la guerra de recursos para la que dividió en pequeñas columnas toda la fuerza que lo acompañaba, dando a Llupes el mando de las que operaban en las cercanías de la capital.

Cuando comenzó el año 1818 la situación de los patriotas había empeorado aún. La mayoría de los jefes entrerrianos se había plegado a la política del directorio, y aunque el caudillo federal Ramírez batió a Balcarce en Saucesito, en marzo de ese año, y Andresito Artigas logró más tarde entrar triunfante en Corrientes, los luso - brasileños ganaban terreno y la causa artiguista estaba militarmente doblegada.

Otorgués no pudo reclutar nuevos contingentes a pesar de sus enérgicas circulares a los comandantes de puestos militares, para que enrolaran obligatoriamente a todos los nativos en condiciones de prestar servicio; el espíritu de la resistencia estaba vencido, y sólo el heroismo de los escasos orientales en armas pudo prolongar la lucha durante un año y medio más.

El 6 de mayo se encontraba Otorgués con una pequeña escolta acampado en la costa del río Negro, cuando cayó de improviso sobre ellos un fuerte destacamento; y a pesar de su valerosa reacción el puñado de patriotas fué dominado y hecho prisionero. "Por suerte para nosotros, escribió el mayor Augusto F. de Souza en su biografía del brigadier Chagas, el capitán Bentos Gonçalves da Silva batió y aprisionó al famoso coronel Otorgués, con lo que sufrió serios trastornos la correspondencia entre los jefes orientales". [98]

---

(98) Rev. do Inst. Hist. do Brasil. T. 43, 2ª parte.

La prisión del caudillo desorganizó la resistencia opuesta al invasor en el sur del río Negro. Los dragones y voluntarios se dispersaron y sólo quedó el tenaz Llupes con un regimiento de milicias, para impedir las comunicaciones entre los jefes luso - brasileños que operaban en distintas zonas del país.

El primero fué enviado por Lecor a Río de Janeiro y confinado con otros orientales en el pontón "A Gloria", donde sufrió grandes privaciones que alteraron su salud. La intervención de don Francisco de Borja Magariños, que interesó a favor de sus compatriotas al embajador español conde de Casaflores, mejoró en parte, no mucho en verdad, la precaria situación de Otorgués que de la indecorosa prisión de "A Gloria" pasó a los calabozos subterráneos de la isla Das Cobras, donde con Manuel Francisco Artigas, Berdún, Bernabé Rivera y Duarte padecieron nuevas necesidades y tratos indebidos. Solamente jurando, como españoles, la constitución de la Península de 1812 pudieron ser libertados aquellos patriotas de tantas angustias, en 1821, debiendo suscribir un poder que confiaba a Magariños su representación ante las cortes hispánicas de 1822 - 23. (99)

En el segundo semestre de 1821 se reintegró Otorgués a la tierra nativa. El territorio oriental estaba completamente dominado por la conquista luso - brasileña, y Artigas, bandera y nervio de la resistencia, hallábase refugiado en el Paraguay desde setiembre del año anterior. Toda rebelión hubiera sido inútil y sólo quedaba por el momento la necesidad de dedicarse al trabajo. En 6 de octubre se

---

(99) Arch. Gral. "Arch. de los Magariños", Carp. 3; carta de M. F. Artigas, de 17 de agosto de 1820. (I. de María. Ob. cit. T. IV).

dirigía al gobernador - intendente de Montevideo Durán, en estos términos: "Don Fernando Otorgués, de este vecindiario, ante V.E. con su mayor respeto dice: que han llegado a su noticia que a los servidores de la Patria, arruinados por las convulsiones civiles, se les fomenten con ganados para la cría y sostén del país; y como el que representa es uno de éstos, por publicidad se presenta a V. E. para que se digne agraciarle con dos mil cabezas de ganado, y a este logro a V. E. suplica así lo ordene y en caso de no ser de su resorte, lo eleve con su informe al Excmo. Sr. Capitán General Superintendente de Real Hacienda, en que recibirá merced". ([100])

Obtenido lo que solicitaba se retiró Otorgués a su estancia del departamento de San José, no tomando participación alguna en los acontecimientos que determinaron la incorporación de la Banda Oriental a la corona de Portugal y luego al imperio del Brasil. Al producirse la cruzada de los Treinta y Tres en 1825, el general Lecor hizo detener a muchos orientales y entre ellos a Otorgués, para evitar que engrosaran las filas de los patriotas. ([101])

Sin que se conozca con exactitud la fecha y con toda probabilidad a causa de su salud definitivamente quebrantada, Otorgués fué puesto en libertad y se reintegró a su establecimiento de campo. Uno de los últimos documentos con su firma que se conoce y que demuestra que no fué indiferente a la suerte de sus antiguos compañeros de armas, es la carta que dirigió al general Lavalleja en 18 de noviembre de 1827, desde San José, enviándole cincuenta caballos para las fuerzas patriotas. ([102])

---

(100) I. de María. Ob. cit. T. IV.

(101) C. M. Ramírez "Artigas" Cap. XVII.

(102) "Catálogo de Correspondencia Militar 1827", pág. 216.

En 1829, funcionando la Asamblea General Constituyente y Legislativa, pidió Otorgués que se le reconociera el grado militar que el gobierno de las Provincias Unidas le confirió en 1814. Pero el guerrero que tanto había combatido por la liberación de su tierra nativa contra los ingleses, los españoles, los porteños y los luso - brasileños, no obtuvo de la Asamblea la más mínima atención. "El Excmo. Gobierno Provincial, reza el acta del primero de setiembre, en una comunicación de esta fecha eleva a la consideración de V. H. una solicitud del ciudadano don Fernando Otorgués, en la que pide se le reconozca por Coronel de Caballería de línea, por haber servido este empleo en tiempos anteriores, como lo acreditan dos certificados que acompaña". ([103])

La solicitud fué pasada a la Comisión Militar de la Asamblea, que nunca se pronunció a su respecto.

La vida de Otorgués se extinguió silenciosamente durante la primera presidencia constitucional. La marejada de las pasiones políticas era en aquellos días sobradamente violenta y rumorosa para que nadie se acordara del vencedor de Espinillo y de Santo Tomé, cuando el propio Artigas, prisionero del dictador paraguayo Francia, había desaparecido de la memoria de sus antiguos guerreros. "En quince de diciembre de mil ochocientos treinta y uno, comprueba la partida asentada en el folio 220 del libro 8º de defunciones de la Iglesia Metropolitana de Montevideo, se enterró en el cementerio de la Iglesia Matriz el cadáver de Dn. Fernando Otorgués, muerto sin los auxilios espirituales y por verdad lo firmé, Francisco de Lara".

---

(103) "Actas de la A. G. C. y Legislativa del Estado". T. II.

OTORGUÉS ANTE LA HISTORIA

Si su figura histórica hubiese de ser juzgada en definitiva según las opiniones vertidas a su respecto por los historiadores de la otra margen del Plata, Otorgués aparecería ante la posteridad como un capitán de bandoleros, falto de toda sensibilidad moral y rebelde a cualquier disciplina y, al propio tiempo, como un centauro que, con la lanza empuñada y al frente de sus guerreros, dió muestras en los combates de su indómito valor y su osadía. Aparecería también, como gobernante, bajo el aspecto de un tirano vulgar poseído de los mayores odios hacia la población culta, como un brusco señor medioeval carente de respeto al honor, a la vida y la hacienda de sus vasallos y como un dilapilador de los dineros públicos.

Pero esas opiniones no están fundadas en la prueba documentada, que constituye el primer elemento y el más esencial del juicio histórico, sino en ciertas tradiciones orales con más visos de leyenda que de veracidad y en los relatos de algunos actores en los sucesos de la época. El historiador Mitre recogió aquella tradición y esas narraciones de labios de Lucas José Obes y de Atanasio Lapido, que fueron antes secretarios de Otorgués y luego sus enemigos acérrimos, lo que hace de muy dudoso valor el testimonio de estos ciudadanos ante el estrado de la justicia histórica. Berra, detractor sistemático de todos los orientales que sostuvieron la causa artiguista, se sirvió de fuentes de información tan equívocas como las memorias militares del general Miller, un aventurero que sólo estuvo de paso en la Banda Oriental; en los escritos

de Rengger y Lonchamp, dos hombres de ciencia que llegaron al río de la Plata recién en 1818 y que, sin haber presenciado los sucesos, recogieron las versiones de la prensa porteña contra Artigas y sus parciales, y del folleto de Cavia, del que se ha demostrado hasta la saciedad que es un cañamazo de embustes originados en la pasión y el despecho. No debe olvidarse nunca que ese escritor fué expulsado del segundo sitio de Montevideo conjuntamente con Sarratea, del que era secretario, y que fué Otorgués el ejecutor de la expulsión.

Más tolerantes con aquella recia figura de nuestro pasado fueron los historiadores nacionales, que han estudiado con preferencia y descripto las ingentes luchas de 1811 a 1820, y obtenido la justificación plena y definitiva de Artigas, a quien Mitre y Vicente F. López creían haber "enterrado históricamente" ([104]). El torrente de calumnias y diatribas lanzado contra el Jefe de los Orientales se desvió al chocar contra el dique que le opuso la verdad documental y fué a perderse en la penumbra de la Historia; pero el recuerdo de los que le secundaron con indeclinable brío, Otorgués en primer plano, sufre aún el agravio de imputaciones sino totalmente injustas exageradas en grado sumo, porque todavía no se ha marcado con seguro trazo la línea indecisa y borrosa que separa el dominio de la fábula del de la realidad.

No era necesario para obtener la rehabilitación de Artigas deprimir a sus tenientes, separando la responsabilidad histórica de aquél de la de éstos y dejando al exclusivo cargo de Otorgués, de Rivera o de Basualdo la obligación de responder de los yerros, los atropellos o los

(104) Manual de Hist. Argentina. Ed. 1934, pág. 242.

delitos de algunos subalternos que merodeaban, sin sujeción a ninguna autoridad, en un territorio de escasa población y sin vías de comunicaciones.

De María reunió con el título de "Cosas del tiempo de Otorgués" un capítulo de cargos, que es el producto de las noticias que esparció la reacción antiartiguista de 1825 - 1830, fomentada por la intervención de Buenos Aires en la guerra con el Brasil ([105]). Otorgués por su importancia como jefe de la vanguardia de Artigas no podía librarse de los efectos de esa reacción; y su gobierno, así como su actuación anterior y posterior, fueron fustigados sin piedad, desfigurándose sus actos o atribuyéndole hechos en que no intervino.

Pero las actas, la correspondencia, los testimonios invocados en este estudio quitan a tales acusaciones casi toda su importancia, puesto que, conforme a una invariable regla histórico - filosófica, la tradición debe callar cuando aparece el documento fehaciente que la contradice.

Pudo haber sido Otorgués violento y fácilmente irritable en la excitación del peligro de cada día, por las contrariedades y humillaciones que los sucesivos dueños del país imponían a los nativos; es probable que castigara con el rigor de aquellos tiempos, en que no se sabía de blanduras legales, las faltas y los delitos. Cavia le atribuye la responsabilidad de la muerte del teniente coronel Juan Francisco Vázquez, del capitán Lucas Ramírez y del oficial Julián Martínez, hechos ejecutar por su orden y sin forma de proceso, pero sin añadir los antecedentes probatorios de su afirmación.

De todo esto han deducido los historiadores sus malas

(105) Ob. cit. T. III, Cap. VIII.

cualidades. Sin embargo, en contra de esta deducción y en abono de los sentimientos morales de Otorgués existen tres testimonios de irrefutable valor.

El primero emana del propio caudillo, cuya familia fué aprisionada en la acción de Marmarajá, sufriendo del vencedor Dorrego un tratamiento tal que indignó a los contemporáneos y que arrancó a Otorgués esta honda queja, en la carta que dirigió al delegado del gobierno de Buenos Aires Nicolás Herrera, en 20 de febrero de 1815: "Mi hija, digno objeto de mis delicias, ha sido víctima de la lascivia de un hombre desmoralizado y la violencia se opuso a su inocencia. ¿Qué cuadro tan lisonjero para un padre honrado y amante de su familia? ¿Y qué bases para fundamentar un gobierno liberal y virtuoso? Un hombre tan criminal en todo sistema no solamente vive, sino que vive entre los brazos de una inocente violentada! Permítame V. S. que me haya separado algún tanto del objeto general pues el amor paternal ha trastornado mi razón..." [106]

¿Puede ser éste el lenguaje de la "especie de bestia feroz" que, según Mitre, era Otorgués?

El segundo testimonio lo aporta uno de los actores de la época Dámaso A. Larrañaga, que fué de las más elevadas cúspides en la orografía moral de ambas márgenes del Plata, y quien unido a José R. Guerra, diputado que era ante las cortes españolas, consignó este juicio en sus "Apuntes Históricos": "Otorgués, por más que no faltaría quien le describa con otros coloridos, es hombre sencillo e inclinado al bien, dócil, generoso y buen amigo. Nació de padres pobres aunque honrados, y por eso no consiguió

(106) J. Maeso. Ob. cit. T. I, pág. 369.

una cultura correspondiente a sus talentos, nada comunes, porque tiene previsión y con facilidad se impone de cualquier negocio. Su natural candor le hace susceptible de dejarse guiar por personas peligrosas, pero si consiguiese a su lado algún bien intencionado director, procederá siempre con rectitud en todos los respectos" ([107]). Esta testificación es tanto más valiosa, porque procede de uno de los enviados por el Cabildo de Montevideo al campamento de Artigas, que, según De María, fueron a quejarse de los desmanes de Otorgués.

El tercer testimonio dimana de otro contemporáneo de la década artiguista y contrario, en aquel momento del segundo asedio de Montevideo, a las aspiraciones de los patriotas. En su "Diario histórico" refiere Acuña de Figueroa que Otorgués, acampado en Mercedes mientras se aguardaba la decisión de Artigas respecto de las proposiciones de Vigodet, se mostró humano y generoso permitiendo abastecer la plaza de Montevideo de leña, trigo y ganado y socorriendo a las familias españolas. ([108]).

La correspondencia cambiada entre el jefe oriental y Romarate, capitán de la escuadrilla española, confirma lo escrito por Acuña de Figueroa. Nobles palabras fueron las de Otorgués al ofrecer asistencia y protección a los desvalidos: "Desde que los orientales han fijado el sistema que debe dar una rápida marcha a su felicidad, han echado mano de los deberes de la generosidad y hombría de bien. Compadecido de los males de los de su especie, no forman más placer que en socorrerlos; y en su alivio parten con ellos su subsistencia y su corazón. V. S. así lo habrá com-

(107) "Rev. His." T. VII.
(108) T. II, págs. 120 y 187.

prendido, y los indigentes, familias y heridos pueden reconocerlo aproximándose a nuestras riberas y hogares". ([109])

Reconociendo la hidalguía y desprendimiento de Otorgués y los patriotas que comandaba, le escribía Romarate al coronel Benito Chain, en 30 de marzo de 1814: "Hemos encontrado abrigo en nuestro fiel amigo don Fernando Otorgués, y toda la población, soldados y oficiales en tan sumo grado, que no tenemos expresiones con que ponderarlas". ([110])

Ante estas terminantes pruebas documentales se esfuman las fantasías de Mitre, de Vicente F. López y de cuantos han atribuído a Otorgués una personalidad arbitraria y perversa e indiferente al sufrimiento humano.

* * *

Valeroso y arrogante en la batalla, de recia mano para blandir la lanza y para reprimir desórdenes, de sensible corazón paternal, de clara inteligencia no suficientemente cultivada, pero que le permitía afrontar y eludir las intrigas diplomáticas tan bien urdidas como la que a su respecto inició la princesa Carlota Joaquina ([111]), inclinado a las rectas intenciones, fiel a los deberes de la amistad, si hubo sombras en su vida no alcanzan a obscurecer sus méritos, sus sacrificios, sus padecimientos que le aseguran el veredicto favorable de la Historia.

---

(109) Museo Mitre "Contrib. Docum. para la Hist. del R. de la Plata". T. III.

(110) Museo Mitre. Ob. cit. T. III.

(111) Ver la copiosa documentación al respecto publicada por H. D. Barbagelata, en su obra "Artigas y la emancipación americana".

MANUEL VICENTE PAGOLA



Manuel Vicente de Pagola

MANUEL VICENTE PAGOLA

De los segundos de Artigas en la lucha contra la dominación de España solamente Manuel Vicente Pagola alcanzó un renombre militar fuera del Río de la Plata. La reputación que conquistara en ambos sitios de Montevideo, en el último como jefe de estado mayor del ejército artiguista, se consolidó adquiriendo mayor importancia durante las campañas del Alto Perú de 1815-16 y de Salta en 1816-17, en las que tan poco suceso obtuvo el general Rondeau como director de las operaciones y donde, por lo contrario, Pagola se destacó como un verdadero comandante de tropas.

Además de su intrepidez y bizarría que los historiadores platenses sin discrepancia le reconocen, demostró Pagola en cuantas campañas y acciones de guerra asistiera el don de mando que es el elemento propio del jefe, como el cañón para el artillero y el fusil para el infante, la segura ojeada militar que percibe el punto neurálgico de la batalla, la serenidad y sangre fría del táctico para encarar y resolver las situaciones más complejas y la decisión, la firmeza, la voluntad traducida en actos que, lo mismo en los hechos favorables que en los adversos, se impone al enemigo.

Estas condiciones militares unidas a una mediana instrucción, que no era común en aquellos tiempos, y a su

probada entereza cívica le dieron gran significación en ambas márgenes del Plata. En Buenos Aires sobre todo, ejerció notable influencia sobre las milicias ciudadanas, y su prestigio como hombre de acción para arrastrar a los voluntarios al combate, en campo abierto o en las barricadas, tuvo en ciertos días una amplitud y resonancia verdaderamente épicas.

SU ORIGEN.
SUS PRIMEROS SERVICIOS.

Manuel Vicente Pagola, nació en Canelones en 1781. [1]

Fueron sus padres el capitán de Blandengues Juan Agustín de Pagola, de larga actuación militar y cívica, y María de la Concepción Rivero, pertenecientes ambos a las familias que se contaban entre los fundadores de las poblaciones de Montevideo y pueblos vecinos.

Otros de sus antecesores y parientes desempeñaron

---

(1) "Augusto I. Vivas, Cura Vicario de la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe de Canelones, certifica que en el Libro primero de Bautismos de este Archivo parroquial y a fojas cuarenta y cinco (vuelta) se registra la partida siguiente:

Al margen: "Manuel Vicente José Silverio Pagola". En veinte y uno de Junio de mil setecientos ochenta y uno, el Sr. Dean de la Ciudad del Paraguay Dn. Antonio Sánchez, con mi expresa licencia bautizó solemnemente en esta Parroquia de Nra. Sra. de Guadalupe a Manuel Vicente José Silverio que nació el día diez y nueve de dicho mes, a las diez y media de la noche; hijo lexo. de Dn. Juan Agustín Pagola y Da. María de la Concepción Rivero, naturales de Montevideo. Abuelos paternos: Dn. Juan Bautista de Pagola natl. de la Prova. de Guipuzcoa en Vizcaya y Da. María Cecilia Fernández de Medina, natl. de Sta. Cruz de Tenerife en las Islas Canarias y vezs. de Montevideo; maternos: Dn. Sebastián Rivero y Da. Josefa Melilla, naturales de Montevideo. Pº Dn. Vicente María de Maturana, Ofal. del Rl. Cuerpo de Artillería a qn. advirtió la cognación espiritual y demás obbgs. y por verdad lo firmó Rev. Antonio Sánchez, Juan Migl. de Laguna."

cargos importantes en los cabildos coloniales, por lo que la familia Pagola fué considerada como de las de mayor lustre en la época. Desde 1744 hasta 1770 sus componentes tomaron activa participación en la vida comunal: Francisco y Juan Bautista de Pagola desempeñaron en distintos períodos los cargos de Alguacil Mayor, Depositario general, Fiel ejecutor y Alférez real; Juan Manuel Pagola prestó largos servicios en el Cuerpo de Blandengues, y juntamente con José Antonio tomó parte en el movimiento contra el delegado Barreiro, en 1815, que es conocido en nuestra historia por "la revuelta de los cívicos". Manuel Pagola tuvo a su cargo durante años la dirección de una escuela pública, de la que fué destituído en 1815 de orden de Artigas, por atribuírsele ideas hispanófilas.

Ocupando su padre una pósición destacada por haber poseído el grado de capitán, que era el más alto que alcanzaban los nativos, Manuel Vicente recibió toda la instrucción que podía obtenerse en Montevideo en aquel tiempo. Su correspondencia posterior, sus proclamas, los "Apuntes" en que narró una parte de su actuación militar y política y un folleto publicado en Estados Unidos justificándose de las acusaciones del gobierno porteño, que ocasionaron en dicho año su destierro, demuestran una apreciable cultura que pocos de sus compañeros de armas poseyeron.

En 1800 sentó plaza como soldado distinguido en el Cuerpo de Blandengues, en la 7ª compañía de que era capitán su padre, Juan Agustín, figurando ya como cabo en mayo de ese año (2). Posteriormente pasó con clase

(2) Arch. Gral. de la Nación. Lb. 483.

de oficial a las milicias del interior, y en 1806 al producirse las invasiones inglesas integraba un pequeño cuerpo denominado "Partidarios de campaña", en cuyas filas asistió a los encuentros preliminares del Buceo y luego al violento combate del Cardal, o del Cristo, el 20 de enero de 1807, donde los contingentes españoles y nativos al mando del brigadier Lecoq fueron batidos por las tropas británicas. Concurrió luego a la defensa de Montevideo que duró quince días de peligros y choques incesantes bajo el terrible bombardeo de la escuadra inglesa. [3]

Este severo bautismo de fuego y de sangre recibido de las veteranas tropas de Inglaterra por los bisoños escuadrones nativos, influyó decisivamente en la formación de la personalidad militar de Pagola, cuyos vigorosos trazos no se modificaron ni atenuaron durante su accidentada actuación guerrera. En esa dura escuela pudo apreciar en su exacto valor las ventajas de la organización, el método y la disciplina, cuyas primeras nociones aprendiera en las filas españolas. Tan provechosa le fué la enseñanza que se caracterizó después como el mejor organizador entre los jefes orientales, llegando a ser el segundo de Artigas en el mando de las armas a los treinta años de edad.

DEL PRIMER SITIO AL AYUÍ

Al estallar la insurrección de los nativos contra el gobierno hispánico encabezada por Artigas en 1811, Pagola abandonó el servicio del rey para plegarse a la causa americana. Su incorporación a los patriotas se produjo poco

---

(3) I. de María. "Comp. de Hist.". T. II.

después de la batalla de Las Piedras, para asistir con clase de oficial al primer sitio de Montevideo y a muchos de los encuentros de armas librados en aquel período.

Destacándose desde los primeros momentos no sólo por su coraje y energía sino también por una manifiesta capacidad, fué enviado por el jefe superior del asedio coronel Rondeau a la frontera del Yaguarón, para impedir las reuniones hostiles con que los portugueses amenazaban la retaguardia de los contingentes patriotas. Pagola limpió el territorio de aquellos elementos perturbadores haciéndoles repasar el río fronterizo.

De regreso a las líneas del asedio otra oportunidad le permitió a Pagola lucir de nuevo sus cualidades. En compañía del oficial de milicias Juan Pérez, cumplió la arriesgada comisión de apoderarse en la bahía de algunas embarcaciones menores arrojadas por un temporal a la costa, arrostrando el fuego de las baterías y de los barcos de guerra españoles. Estos y otros servicios importantes le fueron debidamente acreditados en 1836 por Rondeau y por el general Soler, cuando surgió en el cuerpo legislativo de la época el propósito de amparar con una pensión los últimos años del prócer. [4]

El armisticio acordado en 1811 entre el gobierno de Buenos Aires y el gobernador español Elío puso fin al asedio, retirándose las tropas de Rondeau a Buenos Aires y las de Artigas al Ayuí, donde las privaciones de todo género sometieron a ruda prueba el temple de los orientales. Pagola ya capitán de Blandengues y ayudante de Artigas gozaba de su plena confianza, y fué enviado por él a Buenos Aires, para asegurar a su gobierno que los

(4) I. de María "Hombres notables". T. III.

orientales estaban dispuestos a combatir a los ocupantes del territorio, españoles y portugueses, si se les auxiliaba con hombres y elementos de guerra.

Del éxito de su cometido habla el propio Pagola en sus "Apuntes": "A fines de 1811 se hallaba acampado el ejército de Artigas en el Ayuí, territorio de Entre Ríos, al otro lado del Uruguay. D. Manuel Vicente Pagola era entonces capitán y primer edecán del general Artigas. Lo mandó con los primeros pliegos a Buenos Aires, pidiendo auxilios para seguir la guerra contra el enemigo común. En consecuencia marcharon sucesivamente en auxilio el regimiento Dragones de la Patria, al mando del coronel don José Rondeau; el regimiento Nº 6 al mando del coronel don Miguel Soler; el regimiento de Dragones al mando del teniente coronel Terradas, el regimiento de la Estrella al mando del coronel French. En seguida vinieron vestuarios y dinero. Vino también el presidente D. Manuel Sarratea, miembro del gobierno de Buenos Aires, a quien entregó el mando del ejército Artigas, en virtud de la orden que recibió. De este paso impolítico resultó que el regimiento de Blandengues de 800 plazas (teniente coronel Ventura Vázquez), habiendo salido al día siguiente al ejercicio, tomó la dirección hasta donde estaba Sarratea, que distaba dos leguas, abandonando a Artigas, siguiendo en la defección los comandantes Vargas y Viera con sus fuerzas".

El desbande habría continuado tal vez si Pagola, ascendido y nombrado jefe de estado mayor a su vuelta de Buenos Aires, no hubiera repasado con las fuerzas restantes a la margen izquierda del Uruguay. Artigas dejado sin comando por Sarratea repasó a su vez el río y asumió la dirección de las tropas orientales a las que se

incorporaron numerosos voluntarios, poniéndose todos en marcha posteriormente hacia Montevideo, cuyo segundo asedio había comenzado ya.

SEGUNDO SITIO DE MONTEVIDEO

A fines de diciembre de 1812 el cuerpo de ejército oriental, reorganizado tácticamente por Pagola, se concentraba en el paso de la Arena del Santa Lucía chico. Lo componían más de 4000 hombres al mando de oficiales conceptuados entre los más valerosos y aguerridos de aquellos días: Fernando Otorgués, jefe de los Dragones de la Libertad y de la vanguardia; Manuel F. Artigas, Fructuoso Rivera y Faustino Tejera, comandantes de la infantería; Blas Basualdo y Baltasar Ojeda, jefes de las milicias de caballería.

Expulsado Sarratea del asedio mediante el acuerdo convenido entre Rondeau y Artigas, que la firme mano de Otorgués ejecutó, las tropas orientales volvieron a ocupar su puesto en la izquierda de la línea, el 27 de febrero de 1813. El mismo día Pagola mandando la infantería atacó con brío las líneas avanzadas de los españoles, obligándolas a retirarse en desorden desde Maroñas hasta el Cordón.

Después de esta iniciación brillante Pagola continuó en sus funciones de organizador y consejero militar, sin intervenir en las agitaciones políticas que precedieron a la convocatoria del congreso de la Capilla de Maciel.

El 11 de enero de 1814 le tocó mandar en jefe el combate librado con las fuerzas que salieron de la plaza para proveerse de agua en los pozos de la Aguada. Apoyado

por los tiradores de Baltasar Ojeda y más tarde por el 6º de línea que mandaba Soler, arrolló a las tropas expedicionarias que seguían al valeroso coronel Benito Chain hasta el mismo glacis de las fortificaciones, apesar del fuego de artillería de los barcos españoles anclados en la bahía. [5]

El 20 del mencionado mes hicieron crisis las disidencias entre Artigas y Rondeau, retirándose el primero del asedio sin dar orden alguna a sus parciales. La casi totalidad de éstos le siguieron al norte del territorio, pero otros permanecieron en las líneas del sitio como Pagola y el propio hermano de Artigas, Manuel Francisco, jefe del 2º y luego del 10º de infantería, el capitán Juan A. Lavalleja y los tenientes Fernando y Félix Artigas, oficiales de este último cuerpo.

La confusión de ideas y propósitos era grande, y nadie hubiera podido discernir en aquel tiempo quién tenía razón y quién no. A más de un siglo de distancia no están aún de acuerdo los historiadores, de ésta y de la otra banda del Plata, acerca del significado verdadero de aquellos sucesos, lo que induce a suponer que los actores del drama, sometidos a la influencia de las pasiones políticas y solicitados por los opuestos intereses del momento histórico en que vivían, no pudieron siquiera imaginarse que aquellas divergencias, al parecer locales y sin trascendencia, habrían de dividir en tiempo no lejano y en estados políticos distintos a los patriotas que entonces luchaban unidos por una causa común.

Artigas persiguiendo un propósito político de cuya bondad estaba penetrado dejó el asedio, y fué a constituir un

---

(5) F. A. de Figueroa "Diario histórico". T. II.

nuevo núcleo en las vecindades de Belén. Pagola como Manuel Francisco Artigas en la creencia, sin duda, de que servían de mejor manera los intereses patriotas, permanecieron en las líneas del sitio y no cabe hacérseles reproche por ello, porque sus actitudes posteriores demuestran que nunca defeccionaron de la causa oriental.

Ante aquella eventualidad que desamparaba un sector de sus líneas, Rondeau se contrajo a la reorganización de las tropas y con los cuerpos de infantería compuestos de orientales formó el regimiento 9º de esa arma, dividido en dos batallones y con un total de 900 plazas, cuyo comando asumió Pagola, ya teniente coronel, el 3 de marzo de 1814 (6).

El 17 de mayo de ese año Alvear, llevando como refuerzos un regimiento de infantería de línea y una batería volante, relevó a Rondeau en el mando del ejército sitiador, en la hora propicia en que Brown, jefe de la escuadrilla porteña, batía completamente a la española en la rada exterior de Montevideo.

Tan astuto político como buen militar y no menos apto para el artificio diplomático que para el combate, el nuevo comandante en jefe consiguió, por medio de negociaciones que han sido calificadas de poco escrupulosas, los resultados que no obtuvo el probo y valeroso Rondeau con su constancia y por medio de las armas.

En junio siguiente se rindió la plaza de Montevideo a las fuerzas patriotas y Pagola, promovido a coronel en 30 de marzo, (7) recibió como los demás jefes del asedio la medalla de los libertadores de Montevideo y el título de

---

(6) "Tomas de razón" del Arch. Gral. de la N. A.
(7) Idem, ídem.

"benemérito de la Patria en grado heroico", otorgado por el gobierno de las Provincias Unidas. A la cabeza de su flamante regimiento 9º, "igual en disciplina y compitiendo en lucimiento con los demás cuerpos de línea" [8] y teniendo por segundo al valeroso Juan José Quesada, entró Pagola a la ciudad que salía definitivamente del dominio español.

CAMPAÑA DEL ALTO PERÚ

El regimiento 9º y otros cuerpos de los que habían estado en el sitio de Montevideo fueron embarcados en seguida para Buenos Aires, y después de equipados convenientemente en esa ciudad marcharon para Tucumán, donde se organizaba a órdenes del general Rondeau, el Ejército Auxiliar destinado a invadir el Alto Perú, en cuyo territorio dominaban de nuevo los realistas españoles. Iba entonces como segundo jefe de Pagola el mayor Antonio Villalba.

Al comenzar diciembre de 1814 el cuartel general de Rondeau se encontraba en Jujuy con los regimientos 1º, 2º, 6º, 7º y 9º de infantería, un batallón de cazadores, dos baterías de artillería y los cuerpos de caballería Granaderos a Caballo y Dragones de la Patria, en total 4.000 soldados de las mejores tropas patriotas, comandadas por jefes tan capaces como Pagola, Martín Rodríguez, Juan Ramón Rojas y Cornelio Zelaya. En aquella fecha se supo en el ejército que el general Alvear había sido designado comandante en jefe, y que estaba en marcha para asumir el mando.

(8) Figueroa. Ob. cit. T. II.

Era la segunda vez que Alvear, cuya rápida ascensión a los primeros puestos de la milicia sin antecedentes bastantes producía malestar, relevaba en la víspera de acontecimientos de importancia al veterano Rondeau; y como este general era estimado tanto como fué resistido Alvear por su carácter atrabiliario, su escasa lealtad en los procedimientos y la exagerada idea que tenía de su propio valer, aunque no se le negaban buenas cualidades militares, el espíritu del ejército se soliviantó y los jefes principales resolvieron rechazar el nombramiento de Alvear, e impedir que asumiera el comando.

Los coroneles Rodríguez y Pagola y los tenientes coroneles Forest y Martínez encabezaron esa resistencia apresando al coronel Ventura Vázquez, el mismo que en el Ayuí abandonó la causa nativa al frente del regimiento de Blandengues, y a otros jefes adictos al general Alvear, enviándolos bajo segura custodia a Tucumán. (9)

Estas actitudes pasibles de severo reproche, y que en los ejércitos regidos por normas regulares hubieran configurado la sedición y el motín, y como tales deberían ser castigados, en las tropas cívicas de la revolución americana sólo revestían un carácter circunstancial, originado en el constante cambio de personas en la dirección de los negocios públicos, y en la elevación al comando de las tropas a generales como Sarratea, que de comerciante que era pasó a dirigir el sitio de Montevideo, o semi-improvisados como Alvear, que de oficial de carabineros actuante en España fué llevado, sin pruebas ni méritos previos, al mando de los ejércitos patriotas.

Artigas entendía bien el sentido y la muy relativa im-

(9) Gral. J. M. Paz "Memorias". T. I.

portancia de tales pronunciamientos. Cuando recibió en Purificación a los siete jefes que el gobierno de Buenos Aires le enviaba para que dispusiese de sus vidas, se limitó a señalarle al coronel Vázquez, que era uno de ellos, la forma en que había sido premiado su abandono de las filas artiguistas.

Rondeau sostenido en el mando por los jefes nombrados aceptó la situación creada y Alvear, que ya estaba en Córdoba, al enterarse del movimiento hecho en su contra regresó a Buenos Aires, donde poco después fué nombrado director supremo.

En marzo de 1815 las tropas de exploración de Rondeau que se movían en el valle de Humahuaca tuvieron su primer encuentro en El Tejar, donde en un desordenado combate el coronel Rodríguez cayó prisionero de los españoles, pudiendo libertarse luego mediante un ardid.

Reforzada por 600 milicianos de Salta al mando del famoso caudillo Martín M. de Güemes, la vanguardia de Rondeau llevada por su mayor general Francisco Cruz, consiguió un buen desquite batiendo a fondo una columna realista en el Puesto del Marqués. Pero en vez de explotar su victoria el general patriota continuó con suma lentitud su avance, ofreciéndole pocas dificultades la ocupación de Potosí y Chuquisaca.

Recién en agosto reemprendió Rondeau las operaciones, marchando hacia el norte hasta alcanzar en setiembre el pueblo de Chayanta, donde se acantonó nuevamente, dando tiempo con su inexplicable apatía para que el enemigo concentrara sus fuerzas hasta entonces desplegadas en un extenso frente. El general español Pezuela que con su cuerpo de ejército cubría a Oruro se adelantó hasta Sora-

sora, enviando a Venta y Media su vanguardia, que quedó así separada de las tropas patriotas apenas por una etapa de marcha.

Sin embargo transcurrió casi todo el mes de octubre en la inacción. Los jefes de unidades se inquietaban contra la inactividad de Rondeau y más aun que los otros Pagola y Rodríguez, que no se caracterizaban por su paciencia. Pero en el último tercio de dicho mes Martín Rodríguez, promovido en esos días a general, obtuvo de Rondeau contra la opinión de los jefes principales el consentimiento para atacar con la vanguardia a los realistas en Venta y Media.

Mal informado por el servicio de exploración, Rodríguez con poco más de seiscientos soldados creyendo atacar a trescientos de caballería, se encontró conque el famoso guerrero Olañeta tenía consigo los batallones de Cazadores y Partidarios y un escuadrón, con los que batió completamente a la columna patriota el 20 de octubre, causándole cien muertos y tomándole otros tantos prisioneros.

Este contraste produjo tal desánimo en Rondeau que, sin escuchar los razonamientos de sus jefes, se puso en precipitada marcha desde Chayanta hacia Cochabamba, para facilitar la incorporación de 1000 soldados de refuerzo que le conducía el coronel Domingo French. Pezuela, que hasta el momento estaba en actitud francamente defensiva, resolvió juiciosamente utilizar las ventajas que le proporcionaba el suceso de Venta y Media para reaccionar ofensivamente contra los patriotas.

Sin dejar de cubrir a Oruro y La Paz, que eran las fuentes de su abastecimiento, el general Pezuela se adelantó

hacia el valle de Cochabamba, procurando interponerse entre la ciudad de este nombre y el Ejército Auxiliar, lo que obtuvo alcanzando a Rondeau en la quebrada de Sipe-Sipe, a veinte quilómetros de dicha población.

Es bien conocido el hecho de armas que tuvo lugar en el nombrado paraje el 28 de noviembre de 1815, y que dió por resultado la pérdida definitiva del Alto Perú (Bolivia) para las Provincias Unidas del Río de la Plata. El general español Pezuela era manifiestamente un táctico muy superior a Rondeau, y sus tropas más aguerridas y maniobreras que las que integraban el Ejército Auxiliar. Aunque el general patriota ocupaba una posición a su parecer inexpugnable, Pezuela por una serie de acertados movimientos y haciendo descolgar sus soldados "como gatos", según sus propias palabras, desde los riscos de Viluma bajo la protección de una artillería que obraba con toda la técnica de la época, logró inflingir una derrota definitiva a los patriotas.

Una de las causas del desastre fué, como lo han reconocido los escritores militares que trataron la tercera campaña del Alto Perú, la incapacidad de que dió muestras el general Rondeau; pero otra, y no la menor por cierto, fué el desorden que se produjo en el ala derecha formada por los cuerpos de infantería 1º y 9º que comandaban Forest y Pagola, pues debiendo el primero colocarse a la izquierda del segundo, conforme a la orden de Rondeau, procuró por lo contrario tomarle la derecha, siguiendo las inspiraciones de su carácter arrebatado e intransigente.

El orden de despliegue, narra el general Paz en sus "Memorias", "según lo había dispuesto el general en jefe, colocaba el regimiento núm. 9 a la derecha y en seguida

el 1º; más el coronel Forest se creyó agraviado y había cedido con repugnancia la colocación que pretendía pertenecerle. Cuando recibió la orden para descender la colina y practicar el cambio de frente prescripto, se adelantó al núm. 9 y se colocó dejando un intervalo para que éste lo ocupase, quedando él entonces a la derecha de la línea. El coronel Pagola, que mandaba el núm. 9, quiso dirigirse a tomar la derecha del núm. 1, pero en aquellos momentos en que el enemigo se movía avanzando ya, le pareció más prudente, y con razón, encajonar en el claro que le habían dejado, antes que entrar en una disputa perniciosa; y así lo hizo". [10]

El historiador Mitre dice por su parte que "el general Rondeau, sin perder su sangre fría, procuró contener al enemigo triunfante haciendo jugar su artillería perfectamente dirigida por el comandante Pedro José Luna y los capitanes Peralta y Antonio Giles. Al mismo tiempo ordenó al regimiento 9º, que se retiraba en formación, volviese caras, lo que ejecutó bravamente y en orden el coronel Pagola; aunque envuelto muy luego por el desorden del regimiento 1º, tuvo que ceder, dejando gran parte de su tropa tendida en el campo". [11]

Esta versión extraída del propio parte oficial de Rondeau, que expresa que los del regimiento núm. 9 "se batieron con toda la serenidad de una tropa aguerrida", tuvo su confirmación y fué ampliada en el certificado que dicho general expidió a Pagola en 1836, con los siguientes conceptos: "Marchó al Perú a la cabeza de un cuerpo creado en este Estado, que era el noveno regimiento de

(10) T. I.
(11) "Hist. de Belgrano". T. II. Cap. XXVIII.

infantería de línea de la República Argentina, del que fué don Manuel V. Pagola nombrado coronel efectivo. Sus servicios en aquel territorio fueron también recomendables, y entre éstos haré mención de una acción que en el hecho de ejecutarla acabó de acreditar una presencia de ánimo no común aún entre los mismos militares y la subordinación en que mantenía el cuerpo de su mando.

"Batiéndose el ejército de la patria y el realista en Sipe - Sipe, observé desde la posición que ocupaba en el centro de la línea del de mi mando, que la mitad derecha de éste retrogradaba sin que hubiese precedido orden mía, ni motivo para hacerlo. En el momento destaqué tres o más ayudantes de campo a contener aquel desorden, intimando a los jefes del 9º y 1er. regimientos que la formaban volviesen a su posición y continuasen el fuego. El 1º no pudo conseguir que volviese cara al enemigo un solo hombre; pero el coronel Pagola con poco más de las dos terceras partes de su fuerza, porque la que estaba más en contacto con el 1º casi toda fué envuelta en la fuga de aquél, hizo alto, cambió de frente e hizo nuevamente fuego y lo continuó hasta que, cargado a la bayoneta por una fuerza considerablemente superior, se vió forzado a dejar el puesto. Así que esta acción heroica del jefe dicho y su cuerpo, fué especialmente recomendada al gobierno general cuando di cuenta del resultado de la batalla" [12]. Agrega Rondeau en dicho certificado que Pagola, desde la clase de distinguido con que empezó a servir y en "su carrera hasta coronel en que ha dejado el servicio, está marcada con hechos que le hacen honor y justifican su valor y patriotismo".

(12) I. de María. Ob. y tomo cit.

Tan inobjetable documento desvirtúa de un modo definitivo la antojadiza creación de Vicente F. López y otros historiadores, que aseguran que el desbande comprendió a toda el ala derecha de Rondeau. El regimiento 1º se puso en fuga y con él su jefe el coronel Forest, como lo afirma terminantemente el que fuera comandante en jefe, pero Pagola con más de los dos tercios de su cuerpo, esto es, con quinientos de sus intrépidos orientales se retiró en buen orden, creciéndose ante el peligro y sostenido por las cargas de los escuadrones de Granaderos de Rojas y Necochea, que dieron tiempo para que todos los dispersos abandonaran el campo de batalla, cubriendo la retirada general con una bizarría y un denuedo tales que figurarán para siempre en los fastos del ejército argentino.

La tradición ha conservado mayores detalles de los que consignan los partes militares, necesariamente concisos aunque después resuenen como clarinadas de gloria en la posteridad. Mientras el regimiento 1º rompía en desordenada fuga, el 6º de línea que formaba la reserva se desbandó sin disparar un tiro, desamparando a la artillería que hubo de suspender el fuego y ponerse en retirada. En el ala izquierda a cargo del coronel Zelaya, sólo el regimiento 7º mandado por Vidal resistió con entereza quedando casi todo en el campo, mientras el Nº 12 y los Dragones cedían el terreno sin combatir.

Al terminar la acción el ejército patriota estaba dislocado, y para resistir al adversario triunfante sólo quedaban en el teatro de la derrota los Granaderos y el regimiento 9º.

Pagola, jinete arrogante, sereno como en un día de ma-

niobras, dominaba la escena con su voz estentórea ([13]), animando a sus soldados para neutralizar los reflejos psíquicos que pueden transformar el retroceso ordenado en un pánico colectivo. Sus capitanes, entre los que sobresalía el bravo Adrián Medina, le secundaban con calma y unas veces con fuego por filas y otras con las puntas de las bayonetas el regimiento 9º, en estrecha cooperación con los Granaderos, logró contener el impulso de los hispánicos, hasta que Rondeau y los dispersos entraron en Cochabamba. Pagola y sus orientales llevando los heridos y escoltando la bandera ([14]) vivieron, pues, un momento de leyenda que nunca se borrará de nuestros anales militares.

La tercera campaña del Alto Perú quedaba así desastrosamente terminada, pero no habían concluído las dificultades de diverso orden que asediaban al general Rondeau. Era por una parte el caudillo Güemes, que habiéndose retirado arbitrariamente del Ejército Auxiliar después del suceso del Puesto del Marqués, se había apoderado de los depósitos y armamento de reserva de aquél amenazando su existencia; y por otra el fermento de las pasiones y rivalidades en sus propias tropas.

El coronel Forest que había perdido totalmente su prestigio militar persistía en ser conspirador. Refiere el general Paz que ya replegado a Jujuy el Ejército Auxiliar, Pagola que sostenía la autoridad de Rondeau y Forest que la minaba y que había logrado reunir mucha parte de su

(13) El acento tonante del héroe de Sipe - Sipe fué heredado por su hijo el general Manuel Pagola, que siendo inspector general de armas en 1882 - 1884 mandaba de viva voz la línea de parada de la guarnición de Montevideo.

(14) Existe en el Museo Histórico Nacional.

regimiento disperso en Sipe - Sipe, marchaban y acampaban uno lejos de otro, recelándose mutuamente hasta llegar al extremo de que Pagola hiciera cargar las armas para repeler cualquier ataque de Forest. ([15])

A causa del carácter indeciso de Rondeau esta situación desmoralizadora se prolongaba, pero felizmente no determinó la caída o cese del comandante en jefe merced a la actitud constantemente enérgica de Pagola, que lo sostuvo. Tan lamentable desorden terminó por fin con la llegada de una columna de infantería al mando de los coroneles French y Bustos, que se declararon por Rondeau, quien "pudo sobreponerse a Forest dice el general Paz; el cual fué separado del ejército y disuelto su cuerpo, quedando entonces el general Rondeau sin otra oposición que las que lamentaban en secreto que no usase mejor de un poder que lo habilitaba para establecer una buena disciplina y dar el tono que convenía al ejército". ([16])

CAMPAÑA DE SALTA

Como se dijo antes, el caudillo Güemes se había apoderado del armamento en depósito y efectos del Ejército Auxiliar, asumiendo una actitud hostil hacia los elementos dependientes del gobierno de Buenos Aires que por cualquier causa se separaran de las fuerzas patriotas, o fueran a incorporarse a ellas. Al mismo tiempo Güemes se proclamaba gobernador de Salta, movilizando todas las milicias de la provincia.

Como las reclamaciones de Rondeau para la devolución

---

(15) "Memorias". T. I.
(16) Idem, idem.

del armamento no fueran atendidas, el general patriota resolvió reducir al caudillo Güemes a la obediencia, oyendo previamente a sus jefes en un consejo en el que "Pagola, dice V. F. López, se expresó con tal violencia que nadie osó afrontarlo en sentido contrario apoyándolo French y otros". ([17])

Dejando como tropa de cubertura en Humahuaca el escuadrón de Dragones que mandaba José M. Paz, mayor a la sazón y aún convaleciente de la herida que le dejó manco en Venta y Media, Rondeau se movió repentinamente contra Güemes a mediados de marzo de 1816.

Desde que el Ejército Auxiliar pasó el límite de Jujuy con Salta se encontró en territorio enemigo. Las partidas de gauchos que constituían la típica formación adoptada por Güemes para la guerra irregular, opusieron vivísima resistencia al avance de Rondeau, asolando a la vez el país para que sus tropas no pudieran subsistir sobre él.

En la antigua posta de Caldera encontraron los soldados de Rondeau la primera oposición seria. Pagola que mandaba la vanguardia presionó fuertemente a los gauchos de Güemes, librando violentas acciones de guerrillas al norte de la ciudad de Salta el 15 de marzo, en Castañares el día siguiente y del 17 al 20 del mismo mes en Cerrillos, a treinta quilómetros al sur de aquella población, donde el caudillo había concentrado todas sus fuerzas.

Contrario por temperamento a las guerras civiles, desprovisto en el orden material de los elementos suficientes para reducir a Güemes, y en conocimiento de que una fuerza de caballería regular, que a las órdenes de Hortiguera iba a reforzarlo, había sido batida y dispersada

(17) Manual de Hist. Argentina, Cap. XXIII.

por los parciales de Güemes, Rondeau prefirió celebrar con éste un convenio para dar término a las hostilidades entre ambos. Así se realizó, entrevistándose los dos jefes ante sus respectivas fuerzas, formadas una frente a otra.

Sin ser militarmente derrotado el Ejército Auxiliar regresó a Jujuy, acantonándose en la ciudad, bajo el peso del contraste moral sufrido. El descontento de los jefes como Pagola, French y otros era visible y el organismo que integraban corría a su disolución. En abril siguiente para sustraerse al sarcasmo de los gauchos salteños, que se consideraban vencedores de las tropas regulares, Rondeau obtuvo autorización para pasar a Tucumán, desde donde renunció el mando siendo reemplazado por el general Belgrano.

A pesar de su manifiesta disconformidad por la suerte de la tercera campaña del Alto Perú y la de Salta, los principales jefes Pagola, French, Hortiguera y otros, queriendo seguir a su desafortunado general, pidieron y se les concedió su separación del Ejército Auxiliar, regresando en agosto de 1816 a Buenos Aires. Pagola obtuvo, además, su cédula de retiro el 29 de octubre del mismo año. (18)

SU DESTIERRO A LOS ESTADOS UNIDOS.

Precisamente entre aquellas dos fechas se producía la invasión de la Banda Oriental por el ejército luso-brasileño, fuerte de 15.000 soldados.

La opinión pública era en Buenos Aires contraria en general al Jefe de los Orientales que resistía la invasión

(18) "Tomas de razón", cit.

y, simultáneamente, partidaria de que se ayudara a los nativos en su resistencia al invasor.

Las negociaciones entre Artigas y el gobierno directorial no condujeron a la conciliación apetecida y entonces éste lo abandonó a su suerte, lo que no evitó la efervescencia popular.

Los dirigentes de un fuerte núcleo de opinión, como el coronel Dorrego y Manuel Moreno, señalaban desde su periódico "Crónica Argentina" el peligro de la invasión luso - brasileña, como precursora de una tentativa de restauración del poder español, exigiendo que se negociara a todo trance con Artigas y que marcharan las tropas disponibles a defender la Banda Oriental. En su calidad de orientales los coroneles Pagola y Baldenegro secundaban vigorosamente esa propaganda, apoyados por personas tan caracterizadas como los doctores Agrelo y Pasos Kanki, el general French y otros muchos.

Para defender su política contraria a los orientales, el director Pueyrredón acusó de conspiradores a los ciudadanos antes nombrados, y obtuvo del congreso de Tucumán los poderes necesarios para tomar contra ellos las medidas extraordinarias que juzgase oportunas. En consecuencia, el 13 de febrero de 1817 fueron reducidos a prisión y embarcados en el bergantín de guerra "Belén" el general French, los doctores Agrelo, Moreno y Pasos Kanki, los coroneles Pagola y Chiclana, el capitán Mariño y varias personas más. Al mismo tiempo el coronel Baldenegro era llevado a otro barco de guerra. Tales actos de autoridad "aquietaron la situación, opina Mitre, sin dar al gobierno más prestigio". (19)

(19) "Hist. de Belgrano". T. III, Cap. XXXV.

"Vanas fueron todas las diligencias, expresaban los deportados en su "Manifiesto" publicado en Baltimore, para conseguir el ser juzgados; la contestación que obtuvieron a sus representaciones fué el que les remachasen, el día 27 por la mañana un par de grillos a cada uno, y a los oficiales Chiclana y Mariño dos pares cruzados. Todos estos señores juntamente con el coronel don Eusebio Baldenegro, que se hallaba en el bergantín "25 de Mayo" y a quien también se le puso una barra de grillos, el 9 de marzo por la noche, hora en que zarpó de Martín García, a donde habían sido conducidos en el "Belén" y permanecido embarcados, con destino a Savanah en los Estados Unidos, llegando a este punto el 7 de mayo" ([20]).

Los ciudadanos expatriados no se conformaron con el mote de conspiradores y de elementos ambiciosos y disolventes, que les adjudicaba Pueyrredón en el "Manifiesto" que publicó en la "Gaceta" del 15 de febrero para justificar su golpe de autoridad, y en la publicación antes aludida, que luce con las demás la firma de Pagola, dijeron también: "Se da por causas (del destierro) la diferencia de opiniones políticas. Aquí está revelado el misterio. En efecto, opinamos públicamente que era una maldad haber llamado a los portugueses a invadir nuestro territorio y que era necesario no tolerarles que insultasen la causa de la libertad en las Provincias. Ahora añadimos, para conocimiento de los pueblos y escándalo de los hombres justos del mundo, que desde el tiempo de Alvear se formó el infernal proyecto de postrar la revolución a los pies del rey del Brasil; que ha habido con-

(20) "Rev. de B. Aires" 1865. Nº 40.

cordatos y mutuas promesas entre agentes de aquel príncipe y nuestros ministros".

Como se ve, la causa nativa contaba con la invariable adhesión de Pagola que, como buen patriota que era, habría empuñado las armas si las adversidades políticas no le hubieran conducido al exilio. Esto aparte de que nunca desenvainó la espada contra sus paisanos, según la denominación de aquel tiempo, como lo hicieron Ventura Vázquez, Baltasar Vargas y Pedro José Viera.

No bastó al fogoso temperamento de Pagola la protesta colectiva de los deportados, porque el heroico luchador de Sipe-Sipe se creía objeto de mayores agravios aún que sus compañeros de destierro; y en este estado de ánimo publicó en Filadelfia, el 30 de agosto de 1817, un folleto intitulado "Manifiesto de la inocencia del coronel Manuel V. Pagola en el violento procedimiento de su proscripción". En este documento analizaba la situación política creada por el gobierno directorial y destacaba la injusticia que envolvía el atribuirle exclusivamente a él, o a otro ciudadano, el sentimiento de oposición a los procederes del director supremo que palpitaba en todos los espíritus.

Esto era lo cierto. Los progresos de la invasión luso-brasileña en la Banda Oriental y las derrotas sucesivas de sus defensores, enardecían cada vez más el sentimiento público contra Pueyrredón.

GUERRAS DE LOS CAUDILLOS

Obligado por las circunstancias, el general Pueyrredón dimitió el cargo de director supremo en 9 de junio de 1819, sustituyéndolo interinamente el general Rondeau. Los exi-

lados de dos años antes habían regresado unos después que otros, menos Baldenegro que, según la tradición, murió en un duelo en Baltimore.

Pagola aparece reincorporado a las listas del ejército en clase de coronel de infantería de línea el 20 de agosto de 1819 ([21]), sin dársele destino alguno. En esa situación permaneció hasta el 1° de noviembre, fecha en que el director Rondeau asumió personalmente el mando del ejército para oponerse a la marcha sobre Buenos Aires de las fuerzas de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes.

En tales momentos los jefes que habían acompañado a Rondeau en la campaña del Alto Perú y con él se habían retirado del Ejército Auxiliar, Pagola entre ellos, le rodearon para apoyarlo en las contingencias de la guerra civil. Aunque sin comando en el ejército directorial asistió a la batalla de Cepeda el 1° de febrero de 1820, y fué envuelto, como Rondeau, cuyo estado mayor integraba, en la fuga de la caballería porteña que se dispersó casi sin combatir.

Buenos Aires reaccionó valerosamente ante el contraste. El director sustituto Aguirre mandó formar una nueva agrupación de fuerzas sobre la base de la infantería existente en la ciudad, y con el concurso de las milicias ciudadanas convocadas de prisa, confiriendo el mando superior al general Miguel E. Soler. Unos tres mil hombres entre tropas veteranas y tercios cívicos la formaron con la denominación de Ejército Exterior, encargándose a Pagola la tarea de organizar las milicias de la Costa ([22]).

El 10 de febrero estableció Soler su cuartel general en

(21) "Tomas de razón", cit.
(22) Mitre. Ob. cit. T. III. Cap. XLIII.

el puente de Márquez, sobre el río de las Conchas. La situación militar que debía resolver y el movimiento político que la originaba eran confusos: Estanislao López, gobernador de Santa Fe y Francisco Ramírez, caudillo de Entre Ríos, representando las ideas federalistas de Artigas divergentes de las del congreso de Tucumán, avanzaba con sus gauchos sobre Buenos Aires para imponerlas; al mismo tiempo la defensa de la ciudad estaba confiada a Soler, que creía, a su vez, que la existencia de dicho congreso y la institución directorial eran los obstáculos que se oponían a la paz. Nada de extraño tenía, pues, que Pagola viniera a encontrarse en la situación de que siendo oriental y partidario de su provincia estaba en aquel instante en oposición a las ideas federales y, simultáneamente, contra el congreso de Tucumán.

En la antedicha fecha, Soler y sus jefes suscribieron una intimación dirigida al Cabildo de Buenos Aires para que se suprimiese el cargo de director supremo, fuera disuelto el congreso y se separaran de sus destinos los empleados públicos partidarios de Pueyrredón. Pagola firmó también este documento que fué objeto de repudio por parte de la opinión general, que consideró la actitud del Ejército Exterior como un pronunciamiento contra la autoridad legal. ([23])

Tan irresistible imposición determinó el cese dos días después del director supremo Rondeau y la disolución del congreso; simultáneamente Soler era investido con el carácter de comandante general de las fuerzas de mar y tierra.

Los sucesos que siguieron no pueden ser tratados con

(23) Mitre. Ob. cit. T. III. Cap. XLII.

extensión en la brevedad de este estudio y por apartarse de su tema, pero es necesario esbozarlos para seguir a Pagola en sus actividades militares. El encumbramiento de Manuel de Sarratea después de la caída de Rondeau, puso en su contra al general Juan Ramón Balcarce, que había salvado la infantería y los cañones en la derrota de Cepeda; y el 6 de marzo mediante un nuevo acto de rebelión militar Balcarce sustituyó a Sarratea en el gobierno.

Breve y accidentado fué el pasaje de aquel valiente militar. Cuatro días después la ciudad estaba circundada por las fuerzas federales al mando de López, Ramírez y Pedro Campbell, por Soler con el segundo tercio cívico y Pagola con sus milicias, con el objeto de destituir a Balcarce y reponer a Sarratea, lo que se obtuvo casi sin combatir, bajo la presión de las avanzadas de los sitiadores que al mando de Pagola se extendían desde el Miserere hasta la actual plaza Libertad, siendo las primeras fuerzas que entraron a Buenos Aires al amanecer del 12 de marzo ([24]).

El nuevo gobierno de Sarratea se desenvolvió en medio de innúmeras dificultades, en lucha con el Cabildo, con Soler que comandaba las tropas y con los caudillos federales firmantes del tratado del Pilar, a quienes Sarratea, obligado por la opinión pública, exigía el abandono del territorio de la provincia, después de haberlos provistos de armamentos y municiones de los depósitos de la misma. En este tiempo, exactamente el 12 de abril de 1820, Pagola fué nombrado jefe del Regimiento de Blandengues, que era la unidad más importante de las tropas de Buenos Aires.

(24) V. F. López "La Rev. Argentina". Cap. IX.

Su reconocida habilidad política le permitió a Sarratea sostenerse algunas semanas en el poder, pero la elección de nueva Sala de Representantes realizada en abril en que triunfaron los opositores, evidenció la debilidad de su posición, viéndose obligado a renunciar, sustituyéndolo Ramos Mejía, presidente electo de la Sala. Este magistrado quiso imponerse a Soler que disponía a su arbitrio de la fuerza armada, pero a su vez tuvo que renunciar el 20 de junio, en tanto que la Sala de Representantes, sin aceptar ni rechazar la renuncia, se declaró disuelta. El general Soler asumió entonces el mando supremo de la provincia, que el Cabildo le abandonó sin apoyarlo ni resistirlo, aunque oficiándole el día 22 para que prestara juramento, pero duró poco aquél en el cargo.

Los caudillos López y Ramírez satisfechos momentáneamente en sus aspiraciones habían regresado a sus provincias.

ACCIÓN DE CAÑADA DE LA CRUZ

Con el objeto de imponer al general Alvear como gobernador de Buenos Aires, López apenas entrado al territorio de su provincia decidió regresar. Era la segunda vez que pugnaba por esa candidatura, no habiendo tenido éxito la primera. Al saberlo Soler quiso delegar el mando político y militar en el Cabildo, lo que éste no aceptó, resolviendo entonces investir al coronel Manuel Dorrego con el mando de la guarnición de la ciudad, mientras él asumía el de las tropas en campaña.

Llevando a Pagola como jefe de vanguardia, marchó Soler inmediatamente al encuentro de López, que el día

25 de junio llegaba a San Antonio de Areco. Aquél se detuvo en Luján para concentrar todas sus tropas, lo que también hizo López, y el día 27 ambos ejércitos estaban separados por una jornada de marcha.

Entre ambos adversarios se deslizaba la cañada de la Cruz que, según el historiador Mitre, es "un hondo repliegue del terreno de la pampa, por donde corren las aguas pluviales de poniente a oriente, formando en su centro una especie de arroyuelo, que desborda con las lluvias hasta ponerse a nado, y que, generalmente, presenta la apariencia de una vega. El suelo es húmedo y pantanoso, de modo que, aun en tiempo de seca, su acceso es peligroso. Domínanla, de una y otra parte, pronunciados ribazos, formando una especie de valle bajo cuya verde alfombra se ocultan los tremedales, que en algunos parajes pueden sepultar caballos y jinetes". [25]

En la mañana del 28 los dos ejércitos estaban a la vista. López al norte de la cañada de la Cruz con algo menos de dos mil hombres cubría su frente con fuertes guerrillas que rechazó vigorosamente Pagola, quien en seguida debió suspender su avance porque Soler, probablemente para ganar tiempo e incorporarse otras fuerzas, envió representantes al campo de López a fin de negociar la paz, no teniendo esta argucia resultado alguno.

Ambos generales se prepararon en el acto para la batalla. Constaba el ejército porteño de unos dos mil hombres entre tropas veteranas y cívicas y algunos escuadrones de gentes colecticias, cuya organización y disciplina eran deficientes. El federal, inferior en número, como ya se ha dicho, lo era también en armamento, pero

(25) Ob. cit. Cap. XLV.

estaba movido por un fuerte espíritu guerrero, a que no era ajena la victoria obtenida en Cepeda sobre Rondeau y la marcha triunfal sobre Buenos Aires. Iban a luchar, pues, las fuerzas regulares porteñas dirigidas por un general experto como Soler y al mando de jefes tan acreditados como Pagola y French, contra lo que ellos denominaban despectivamente "la montonera", encabezada por el caudillo Estanislao López que, en rigor, no fué militar.

Soler había sido jefe de estado mayor del general San Martín en el paso de los Andes y en Chacabuco, tenía sobrada experiencia de la guerra y sabía que no debían esperarse a pie firme, con tropas cívicas, las arrolladoras cargas de la caballería gaucha.

Para evitarlas tendió su línea al sur de la cañada de la Cruz, confiando a Pagola el ala derecha, que estaba compuesta de un batallón de infantería (80 Aguerridos y 120 Cívicos) los regimientos de Blandengues y Colorados, una pieza de artillería y algunas milicias; y el ala izquierda a French con las restantes compañías del 2º tercio de Cívicos y varios escuadrones de milicias de caballería. Soler tomó a su cargo el centro, formado por el regimiento de Dragones, doscientos milicianos de infantería, cuatro cañones, que colocó en su costado izquierdo, y la reserva compuesta exclusivamente de caballería irregular.

Sin pérdida de tiempo López desplegó frente a su adversario. Su ala izquierda mandada por el general José Miguel Carrera sólo comprendía la "división de chilenos", en la que, en realidad, había gentes de diversos países y que fué la que enfrentó a Pagola; el centro formado por los Dragones de Santa Fe y el "cuerpo de proscriptos"

de Alvear, era mandado personalmente por López: y en la derecha estaban los milicianos de Santa Fe y otra unidad de chilenos. La reserva toda de indios chaqueños, indisciplinados y con armamento primitivo, tenía un valor muy relativo en el desarrollo normal de un combate.

La acción comenzó con vivísimo fuego de guerrillas, dispuesto por López para cubrir el avance de su centro sobre la cañada. La infantería y artillería porteñas comenzaron a desempeñarse con éxito, pero el carácter impetuoso de Soler le indujo a precipitar el desenlace, contrariando su propio plan de dejar que el enemigo se desorganizara al pasar la corriente de agua. Mandó que la derecha vadease la cañada y cargara el ala opuesta de los federales, lo que efectuó Pagola con su habitual empuje haciendo ceder a los chilenos; pero éstos apoyados por dos escuadrones del comandante Manuel Arias que López envió en su auxilio, lograron reaccionar y envolver a los milicianos de Buenos Aires, que se dispersaron en parte. Pero el táctico de Sipe - Sipe no se dejó dominar y maniobrando enérgicamente con sus tropas veteranas contuvo la reacción y luego rechazó a los contrarios, repasando la cañada sin ser obligado y sólo porque la situación táctica creada así se lo aconsejaba.

En el centro la derrota se produjo rápidamente. Soler mandando en persona los Dragones y los Cívicos de Buenos Aires pasó a su vez la cañada, sostenido por el fuego de artillería. Pero antes de que pudiera desplegar la columna que había formado para el pasaje fué chocado por la "legión de proscriptos" de Alvear, que aunque menor en número resistió los contraataques sucesivos de Soler y le obligó a repasar la corriente de agua, para replegarse

en desorden sobre la reserva. "Entonces aparecieron, dice Mitre, dando alaridos los afamados Dragones de Santa Fe mandados por López en persona. Los Dragones de Buenos Aires les hicieron una descarga casi a quemarropa; pero acometidos sable en mano, fueron envueltos en pocos minutos y se pusieron en desordenada fuga". ([26])

En el ala izquierda de los porteños fué aún peor lo que ocurrió. Al tiempo que efectuaba su avance en el centro, Soler ordenó que French cruzara con todas sus fuerzas la cañada, pero, no habiéndose explorado previamente el terreno, una parte cayó en los tremedales y sin disparar un tiro fué hecha prisionera, en tanto que la restante se dividió en pequeños grupos que huyeron espantados arrojando las armas.

Cuando Pagola, "excelente hombre de guerra" en el concepto del historiador López, ([27]) advirtió la derrota de los cuerpos de Soler quiso replegarse al centro para contener al enemigo, pero ya era tarde, porque los Dragones y los Cívicos iban en desatinada fuga bajo el sable de los federales.

Al terminar el combate sólo Pagola aunque herido quedaba en el campo con doscientos infantes y la mitad de los Blandengues y Colorados, frente a todo el ejército federal entusiasmado por el triunfo. Con la sangre fría y el valor comunicativo de que diera tantas y tan completas pruebas, Pagola se puso en retirada sin precipitación, conteniendo con sus fuegos al enemigo. Al pasar por el terreno que había ocupado el centro del ejército encontró abandonada la batería de Soler: hizo recoger caballos y

(26) Ob. cit.
(27) Ob. cit.

arrastrarlas a la cincha y sin ser apremiado por los federales, que no ignoraban su capacidad militar y decisión, emprendió la marcha hacia Pilar, mientras que Soler y los dispersos iban con rumbo a Luján. En este punto estaba de guarnición un cuerpo de cazadores, que Soler no pudo llevar porque la persecución del enemigo no le permitió entrar a la plaza, y cuya rendición a los pocos días hubo de agregarse a las pérdidas que en muertos y prisioneros sufrieron los porteños en la cañada de la Cruz.

Pagola entre tanto llegó, al amanecer del día siguiente, al puente de Márquez. Con toda calma dió un descanso a su tropa, distribuyéndole víveres y luego prosiguió la retirada sin oír a Soler, que, habiendo perdido completamente su serenidad, daba órdenes contradictorias y de ejecución peligrosa, que determinaron en contra suya la actitud hostil de los oficiales y la tropa.

Viendo su creciente desprestigio y después de haber oído la opinión de Dorrego, con quien se puso al habla, el general Soler se encerró en su casa de Buenos Aires y con el pretexto de que estaba muy enfermo negóse a recibir la diputación que de su seno le enviaba el Cabildo. En seguida hizo dimisión del mando pidiendo su pasaporte para ausentarse a países extranjeros, munido del cual se embarcó para Colonia que estaba en poder de los luso-brasileños.

DEFENSA DE BUENOS AIRES

En la ciudad fué inmenso el pánico al saberse por algunos dispersos, a las dos de la madrugada del día 29, la derrota de la cañada de la Cruz. Dorrego, comandante

militar de la plaza, no logró en los primeros momentos hacer reaccionar al Cabildo y a la población, que temían que nada, ni nadie pudiera detener el arrojo de los federales; sólo usando de actitudes enérgicas hizo consentir por la autoridad comunal la movilización de las milicias. Pero los ciudadanos aunque acudían a la convocatoria mostraban su falta de interés para una nueva campaña.

En tan críticos instantes llegaba a San José de Flores, en la mañana del 30, la columna de Pagola engrosada por muchos de los dispersos de Soler, hasta contar ochocientos hombres. Dorrego que había conseguido reunir unos seiscientos milicianos en Santos Lugares (hoy San Martín) los dejó al mando del coronel mayor de la Quintana, y después de conferenciar con algunos de los cabildantes partió solo al encuentro de Pagola, con quien había sido compañero en las luchas políticas contra Pueyrredón en 1816 - 1817.

"Dorrego encontró a Pagola, dice el historiador López, en la plaza del Retiro arreando una numerosa caballada en marcha hacia la plaza principal y en actitud de ataque. Por mucho que hizo no lo pudo serenar, ni quitarle la preocupación de que el Cabildo los traicionaba y de que pretendía entregarlos a Alvear. Pagola le declaró que no oía nada y que no detenía su marcha hasta no apoderarse del Fuerte. Y, en efecto, mientras Dorrego se volvía inquieto al Ayuntamiento, Pagola atravesaba con su columna la calle del Cabildo, pasaba por la Vereda Ancha, se metía en el Fuerte, levantaba el puente levadizo, y colocaba su caballada en los extensos y profundos fosos que aislaban sus murallones." [28].

(28) "La revolución argentina".

Resulta, en verdad, inverosímil que Dorrego, uno de los más inquietos e indisciplinados militares de la independencia argentina y la cabeza más volcánica entre los hombres de gobierno, quisiera "serenar" y librar de las preocupaciones de que él mismo estaba poseído, al hombre de Sipe - Sipe y Cañada de la Cruz, que se mostró tan dueño de sí mismo en las contingencias más peligrosas e inciertas. Pero en todo caso no andaba descaminado Pagola, al suponer que el Cabildo llevado por su timidez entrara en cualquier transacción, pues ya en la sesión a que lo compelió Dorrego horas antes de la entrada de aquél, autorizó el armamento de las milicias con la condición expresa de que se le dejase enviar al campo federal una diputación.

"El proceder de Pagola, hombre temido por todos, continúa López, había causado una alarma y un terror indecible. Nadie sabía lo que él quería. Pero todos sabían que tenía de cuatrocientos a quinientos hombres; que con el nombre de Soler disponía a su antojo del 2º cuerpo de Cívicos y que por consiguiente era dueño absoluto de la situación." (29).

Pagola se arrogó, pues, el mando militar absoluto, haciendo dimitir al general Marcos Balcarce, que estaba a la cabeza de algunas tropas y había sido nombrado por el Cabildo "comandante militar de las armas". Su procedimiento no se diferenciaba mucho del que semanas antes usaran Juan R. Balcarce, Soler y aún Sarratea, y la censura histórica si puede recaer sobre aquél debe asimismo alcanzar a éstos. Pero hay error en afirmar que Pagola "poseído de fuertes pasiones y de genio díscolo, adusto

(29) Idem, ídem.

y violento y sin cabeza para conflictos políticos" ([30]) fuera intratable para asegurar el orden y la paz.

Su proclama del mismo día 30 demuestra bien a las claras qué era lo que intentaba hacer y donde estaban sus enemigos: "Es necesario, decía a los ciudadanos, ponerse en defensa para libertar esta provincia de los enemigos que la atacan y campan ya a doce leguas de su recinto. Ordeno y mando a todos los habitantes que cierren sus puertas y que concurran a tomar las armas a la Plaza Grande, sin distinción de personas y bajo pena de la vida al que no lo hiciese, reuniéndose los Tercios argentinos en sus puntos respectivos para armarlos y municionarlos según lo exija el caso..."

La noche del 30 fué de inquietudes y vacilaciones para la población de Buenos Aires. Por una parte estaba Pagola con fuerzas de valor real, ocupando los puntos fortificados de la ciudad; en las afueras reunían las milicias el general Martín Rodríguez y el comandante Juan Manuel de Rozas sin adoptar una actitud definida; y Dorrego, que era el hombre del Cabildo, iba de unos a otros para evitar el choque.

Los federales avanzaban al mismo tiempo sobre Buenos Aires por Pilar y Luján y en la mañana del 1º de julio sus avanzadas llegaron a las puertas de la ciudad por el Miserere y los Altos de la Recoleta, lo que causó aún "mayor alarma que obligó a Pagola a salir con fuerzas en la misma dirección para contener a los asaltantes" ([31]), efectuándolo con su bizarría y coraje habituales. "Una multitud extraordinaria de pueblo bajo le siguió,

(30) Idem, idem.
(31) López. Ob. cit.

expresa López, manifestándose llena de decisión por el combate aunque malísimamente armada y sin la menor formación militar". ([32])

Apoyado por el pueblo y la fuerza armada, parecía Pagola el hombre llamado a salvar la ciudad de la amenaza que se cernía sobre ella, pero los acontecimientos políticos se desenvolvieron en diverso sentido. El Cabildo intentó confirmar la designación que había hecho Soler de comandante de las armas a favor de Dorrego, mas "amedrentado ante la actitud de Pagola, dice Mitre, llamó a éste a su seno para explorar su voluntad". Pagola contestó que por su parte no oponía dificultad, pero que dudaba que su tropa quisiera reconocerle. En vista de esto Dorrego se excusó de aceptar el mando y el Cabildo nombró al coronel Pagola comandante interino de las armas. ([33])

Desde ese momento Pagola mandaba regularmente en Buenos Aires, porque desaparecida la autoridad efectiva si no legal del gobernador Soler, sólo quedaba el Cabildo como organismo de gobierno. Este nombró a Pagola bajo la presión popular antes que de la fuerza armada, pero desconfiando de él; y Pagola por su lado y con razones suficientes no confiaba en el Cabildo, que dos días antes había enviado sin conocimiento de los jefes militares una comisión negóciadora de la paz, encabezada por el alcalde de primer voto Juan Norberto Dolz al campamento enemigo.

Pagola con su voluntad propulsora organizaba en tanto

---

(32) Idem, ídem.

(33) "Acuerdos del Cabildo de Buenos Aires". Lb. LXXXV: acuerdo del 1º de julio de 1820.

la defensa de Buenos Aires, nombrando al coronel Gregorio Araoz de Lamadrid jefe de los voluntarios de caballería, haciendo levantar barricadas, cavar trincheras y armando a las milicias cívicas, a las que convocó por segunda y última vez, asegurándoles que su causa era la de ellas y que su sangre derramada así como la de tantos ciudadanos reclamaban un nuevo esfuerzo. Entretanto el Cabildo, cediendo a las indicaciones del jefe sitiador López, realizaba el día 2 una elección de Junta para nombrar el gobierno provisional.

La elección preparada en veinticuatro horas en una ciudad sitiada, y con su autoridad militar en disidencia con la civil, no podía menos que ser una parodia. Sin embargo se tuvo el buen tino de que resultaran electos o, más dicho, designados doce ciudadanos expectables para integrar la Junta Electoral, que se reunieron el 3 de julio en la sala capitular con el objeto de elegir gobernador.

Al enterarse Pagola de este propósito y de todas las intrigas que alrededor de este punto se urdían, no pudo contener los impulsos de su alma de soldado recta y leal y se presentó al Cabildo, manifestando en tono enérgico que se oponía a lo actuado. Los cabildantes cedieron como lo hicieran antes con Balcarce y Soler, y suscribieron juntamente con Pagola un acta en la que el comandante de las armas "no garantía la libertad de las deliberaciones de la Junta Electoral, no obstante prestarse a ello el Cabildo, haciéndolo responsable de las consecuencias". (34)

La Junta protestó contra esa actitud del jefe militar y suspendió el ejercicio de sus funciones para evitar ma-

(34) Mitre. Ob. cit.

yores males, "desesperando, dice el historiador Saldías, de traer al buen camino a Pagola, en cuyo pecho ardía un patriotismo rudo y una soberbia inaudita de los méritos que había adquirido en los ejércitos de la independencia". (35) Mientras Pagola, militar antes que político, se prevenía del enemigo exterior, sus adversarios internos trabajando en la sombra lograron dividir sus fuerzas, al conquistar la adhesión de Lamadrid y su regimiento, del mayor Agustín Rabelo y del capitán Otero que gozaban de prestigio y que convencieron en una reunión secreta a otros de sus camaradas.

Ante tantos enemigos Pagola tenía que sucumbir y así sucedió, pero no sin que tentara los medios adecuados para mantener su autoridad. El propio historiador López, tan injusto y parcial contra los orientales, conviene en que si los medios que empleaba Pagola eran "convulsivos y peligrosos, sus intenciones eran sanas y bien puestas", y que la bandera que levantaba era la "del viejo patriotismo que hizo la revolución y salvado la independencia en los campos de batalla". En ese concepto, dice, es digna de ser leída la arrogante proclama que dirigió al pueblo el 2 de julio: "Os felicito en nombre de la Patria por este heroico entusiasmo conque os oponéis a recibir en vuestro seno a esos hombres que han tenido el bárbaro placer de traer a vuestras puertas la muerte, la desvastación y el estrago. Porteños! No mereceríais el nombre de hijos de un gran pueblo, si no estuviéseis, como estáis, decididos a arrojar de vuestro suelo a los autores de esta guerra impía, nefanda, y a cuantos se les unen para humillaros... Morenos! — decía dirigiéndose a los bata-

(35) "Hist. de la Conf. Argentina".

llones de negros — vuestra gratitud a un pueblo a quien debéis vuestra civilización y vuestra libertad, os hacen acreedores de mi alto aprecio: vuestro empeño en sostener nuestros derechos os libertará del destino a que os tiene condenado un Carrera. Si él triunfase, vosotros deberéis ir a derramar vuestra sangre en las cordilleras de Chile, peleando por su colocación y *por la muerte del general San Martín*... Ochocientos miserables son los que os atacan: apenas tendrán tiempo de huir, como escapados de un naufragio, cuando adviertan vuestra decisión. Escarmentemos, pues, a esos enemigos de los hombres de bien, a esos desnaturalizados paisanos, a esos asesinos de nuestra Provincia que con delitos horrendos y con sacrílegos manejos han hecho tan impía Liga". ([36])

"En efecto, dice López, la Liga de la causa federal argentina con la causa personal de Carrera y la intervención del general Alvear en estos escándalos eran una *Liga impía;* y Pagola tenía razón". Y agrega: "Para federales y para unitarios San Martín era entonces lo que es hoy y lo que será siempre en la historia argentina: el salvador de la independencia americana. Pagola tocaba pues con admirable habilidad y con valiente justicia la cuerda más sonora del patriotismo porteño". ([37])

En tanto que Pagola enfrentaba al enemigo común, que eran los federales acampados a la vista de Buenos Aires, el Cabildo reuniéndose secretamente el 4 de julio lo destituyó, nombrando a Dorrego comandante militar de la plaza. Teniendo en su contra las fuerzas reunidas del general Rodríguez y del comandante Rozas, el héroe

---

(36) Bandos de M. V. Pagola. Arch. de la N. Arg. Hojas sueltas.
(37) Ob. cit.

de Cañada de la Cruz cedió ante los requerimientos que en forma amistosa le hizo Dorrego, protestándole que tenían una misma causa y una misma bandera; hizo entrega del Fuerte a su sucesor y se retiró a su casa en medio del respeto de todos, "con tanta sombría frialdad, asegura Mitre, como ardor había mostrado en los cuatro días de su dictadura para sostener su precaria autoridad". ([38])

Pero la actitud de Pagola, aunque juzgándola "turbulenta y brutal", despertó en la población, en concepto del nombrado historiador, "el sentimiento de la resistencia a todo trance cuya bandera no se había atrevido a enarbolar el Cabildo". ([39])

Seis días después de terminados los sucesos descriptos, el Cabildo reaccionando sobre su anterior debilidad, y pareciendo olvidar que Pagola había entregado el mando mediante una transacción con Dorrego, que no por ser de palabra era de menos valor para su cumplimiento entre militares, intentó el procesamiento de aquél. Con este objeto acordaron los cabildantes el 10 de julio que se pasase oficio al gobernador Martín Rodríguez, "detallando todos los hechos y conducta del coronel D. Manuel Pagola durante su mando militar y pidiendo su juzgamiento con arreglo a Ordenanza, sirviendo dicho oficio de contestación al Papel publicado por Pagola que al efecto se imprimirá".

La amenaza no llegó a tener andamiento. En su sesión del 18 de julio estando el Cabildo en pleno "se vió un

(38) Ob. cit.

(39) Idem, idem.

oficio del coronel don Manuel Pagola de fecha de ayer, en el que después de excusar sus procedimientos en los días que tuvo el mando militar, solicita el cese en la formación del juicio, y se interponga el Ayuntamiento con el Gobierno para quedar expedito y poder ayudar a los ciudadanos en el escarmiento del ejército invasor y los S.S. en vista de lo expuesto en dicho oficio y de lo que sobre el particular manifestó el Sr. Gobernador cuando ocurrió a la Sala Capitular a tratar sobre este y otros asuntos antes de su partida; acordaron se oficie a S.S.ª para que no ocurriendo particular inconveniente, se suspenda la causa mandada formar al expresado Coronel Pagola y que satisfaciendo a los deseos manifestados por el mismo con repetición se le dé el destino conveniente en el Exército que debe marchar a las órdenes del Sr. Gobernador, o donde juzgare más oportuno el servicio público". (40)

Era lo más sensato que podía hacerse respecto del bizarro jefe, alternativamente, vencedor y vencido; pero contrariamente a lo acordado no se le dió destino alguno en las tropas que iban a entrar en operaciones.

REVOLUCIÓN DEL 1º - 5 DE OCTUBRE

La desaparición de Pagola del escenario político - militar no proporcionó la paz ni la calma a los atribulados habitantes de Buenos Aires. Los federales encabezados por el caudillo López y los generales Carrera y Alvear

(40) "Acuerdos del Cabildo, etc." tomo cit., acuerdos del 10 y 18 de julio de 1820.

continuaron sitiando la ciudad con la esperanza de imponer a este último como gobernador. Dorrego se vió obligado a salir a campaña y tuvo la fortuna de batir en San Nicolás, el 2 de agosto, a Carrera y Alvear, en tanto que López, que se había entendido con Juan Manuel de Rozas, regresaba temporariamente con su ejército a Santa Fe, sin abandonar su actitud hostil.

No sintiéndose satisfecho en sus exigencias, López volvió en seguida sobre Buenos Aires y fué batido en Pavón el 12; pero tuvo prontamente un buen desquite derrotando a Dorrego en el Gamonal, el 2 de setiembre.

Dorrego se desacreditó ante el público bonaerense con ese contraste y empeñándose en continuar la guerra contra los federales, vino a encontrarse en la misma situación que días antes Pagola, y también fué vencido. El Cabildo convocó a elecciones para Junta de Representantes y ésta asumiendo el poder legislativo obligó a Dorrego y al ejército en campaña a prestar juramento de obediencia. Una vez obtenido, nombró gobernador interino de la provincia al general Martín Rodríguez, también desconceptuado militarmente desde la acción de Venta y Media, como ya se dijo.

"A pesar de la firmeza conque se inauguraron las nuevas autoridades, dice Saldías, la revolución latía en las facciones federales vencidas, las cuales querían colocar en el gobierno a Sarratea o a Dorrego, en oposición a los hombres del partido directorial, que eran, en efecto, los que acababan de recobrar el gobierno", y como se temía, la tensión de los ánimos provocó una nueva crisis.

Pagola, que era el hombre de acción que todos los opositores acataban, fué aclamado jefe del movimiento que

estalló el 1º de octubre. En las primeras horas de la noche, a la cabeza del batallón Fijo, con los Cívicos del 2º y 3er. tercios y un grupo de calificados ciudadanos, Pagola se dirigió a la plaza Victoria. El gobernador Rodríguez con los batallones de Cazadores y Aguerridos, que se conservaron bajo su autoridad, y algunas piezas de artillería tomó posiciones para resistir en el Fuerte y en las azoteas de las casas que circundaban las plazas Victoria y de Mayo.

Conduciendo el combate con la maestría demostrada en tantos otros, Pagola desalojó del Fuerte a los Cazadores no obstante su terrible fuego, y en seguida llevando su acción contra los Aguerridos parapetados en la Recova vieja los dispersó completamente. La pelea fué violenta y encarnizada, con muchos muertos y heridos de ambas partes.

Al amanecer del día siguiente Pagola a la cabeza de mil doscientos hombres era dueño de la situación. El gobernador Rodríguez abandonó la plaza a esa hora; pero decidido a mantener su autoridad se situó al sur de Barracas, donde se le incorporaron algunos grupos armados de la capital, los milicianos de los alrededores y horas después los regimientos 5º y 7º de milicias de caballería fuertes de más de mil hombres, al mando del comandante Rozas y capitán Vilela.

Sin perder tiempo Pagola reunía a los miembros del Cabildo que pudo encontrar y éste designó comandante de armas y del Cuerpo de Cazadores al general Hilarión de la Quintana, "que era el figurón con que se contaba para dar cariz político al movimiento", pretendiendo relegar a segundo término a Pagola, "cuyo carácter vio-

lento inspiraba recelo a los capitulares" ([41]) y que sólo fué nombrado "Coronel de la Brigada Cívica".

Pero era demasiado exigua la talla militar del general de la Quintana para oponerla a un hombre del temple de Pagola en horas de convulsiones armadas. Su designación no tuvo otro alcance que hacer resaltar la varonil figura de éste, a quien la opinión opositora apoyaba decididamente como se evidenció al concurrir una masa de pueblo al Cabildo para exigir, en actitud tumultuaria, la anulación del nombramiento de gobernador recaído en la persona del general Rodríguez y que se formara un nuevo gobierno. El Cabildo cedió a la exigencia, reasumió el mando y declarando retrovertidos al pueblo de la ciudad los poderes otorgados a sus representantes, lo convocó para un Cabildo abierto a celebrarse en la iglesia de San Ignacio, a las nueve de la mañana del día tres. ([42])

Después de agitadas discusiones que al fin degeneraron en verdaderos tumultos, la asamblea congregada en San Ignacio y que presidió el alcalde de primer voto Dolz, no adoptó otra resolución que recomendar a los ciudadanos que votaran en sus respectivos barrios para elegir gobernador, dispersándose al sonar los primeros tiros disparados por las avanzadas del general Rodríguez. Este con un cuerpo de ejército de mil ochocientos hombres se adelantó desde Barracas hasta los suburbios de la ciudad, donde sus exploradores fueron contenidos por el fuego de los puestos avanzados de Pagola, empeñándose vivas escaramuzas en las que hubo numerosos muertos y heridos.

---

(41) Mitre. Ob. cit.
(42) "Acuerdos, etc.", tomo cit., acuerdo del 2 de octubre.

En las primeras horas del día 4 la ciudad estaba nuevamente asediada, esta vez por su propio gobernador y parte de su guarnición. Pero antes de emprender su ataque, Rodríguez inició negociaciones oficiando a la Junta de Representantes y compeliéndola a que ejerciera su autoridad legal, prometiendo oír sus reclamaciones y contemporizar con ella, pero con la expresa circunstancia de desconocer la ingerencia de cualquier otra autoridad.

El Cabildo, que era el aludido, se inclinó ante la necesidad, esperando que Dorrego urgentemente solicitado llegara con su cuerpo de ejército para apoyar el movimiento. La Junta de Representantes se reunió en el convento de los Capuchinos a fin de deliberar con mayor libertad, y acordó ratificar la designación del general Rodríguez para gobernador y una amnistía completa a los ciudadanos que hubieran intervenido en el movimiento del 1º de octubre, mandando que las tropas volviesen a sus cuarteles a las órdenes del gobernador.

Estas resoluciones fueron comunicadas al Cabildo y a los jefes militares, que por boca de Pagola y de la Quintana manifestaron que acatarían lo que la autoridad comunal a su vez resolviera. Pero las tropas cívicas excitadas por sus oficiales las rechazaron, apercibiéndose para el combate que era ya inevitable.

Advertido del fracaso de las negociaciones, Rodríguez avanzó con su cuerpo de ejército para estrechar el cerco de la ciudad. Rozas y Vilela situados en las plazas Concepción y Monserrat hicieron marchar sus escuadrones en dirección a las plazas Victoria y 25 de Mayo por la calle Méjico y sus paralelas, en tanto que Rodríguez con los Cazadores que le restaban y los Cívicos del primer

tercio se adelantaba por las calles Bolívar y Defensa ([43]). Pagola había hecho cavar trincheras en todos los cruces de las calles que afluían a dichas plazas, — que ahora forman una sola con el nombre de plaza de Mayo — emplazando su artillería en las calles antes nombradas y en Balcarce y Victoria, con sus bocas hacia el este y el sur, donde sus avanzadas señalaban la dirección del ataque. Al mismo tiempo hizo ocupar fuertemente los edificios de las esquinas de Bolívar y Alsina y los de ésta y Defensa, frente a la iglesia de San Francisco.

A las doce del día 5 el general Rodríguez inició su ataque general con los Cazadores y los Cívicos del primer tercio, que respondieron al violento fuego de los cantones y piezas de Pagola, para cubrir el avance de los escuadrones de Rozas y Vilela que se acercaban con precaución. El combate se desarrolló con gran impulso y gallardas demostraciones de valor en ambos bandos. Pagola estaba en todas partes animando a sus artilleros que tiraban a metralla bajo la temible puntería de los Cazadores, y a sus infantes, que enfrentaban con vigor a los del primer tercio. Montado en un caballo blanco de hermosa estampa, lo que realzaba aun más su varonil figura, espada en mano y con su recia voz de mando, que dominaba el estrépito pareció durante las dos horas que duró la brega un paladín redivivo de las edades heroicas.

No pudiendo batir con su fuego frontal a los de Pagola, Rodríguez cambió de procedimiento, y mientras en las calles continuaban las fuertes guerrillas, los Cazadores saltando por las azoteas ocuparon los edificios de mayor

---

(43) Nombres actuales.

altura que podían dominar las casas en que se parapetaban los revolucionarios. Desde las nuevas posiciones se hizo un nutrido fuego a poca distancia que obligó a ceder a los Cívicos de Pagola, después de encarnizada resistencia. Abandonando los cantones se replegaron en desorden a las plazas, donde ocuparon las trincheras defendidas por la artillería.

En esos momentos llegaban Rozas y Vilela con los regimientos 5º y 7º. Sus escuadrones montados en buenos caballos dieron una serie de cargas por las calles Victoria, Bolívar y Defensa. Sostenidos por el fuego de la infantería rechazaron a los artilleros e infantes y pudieron entrar a las plazas Victoria y 25 de Mayo, "causando, dice López, una tremenda confusión".

Pagola tentó aún resistir en el Fuerte y en los edificios que, en previsión, había hecho ocupar en el lado este de las plazas sobre la calle Rivadavia, pero el espíritu de la defensa estaba agotado después de tantos y tan valerosos esfuerzos. Comprendiéndolo así, dió la orden de retirada, desbandándose en su mayor parte los Cívicos del segundo y tercer tercios y los infantes del Fijo, cayendo otros prisioneros, conjuntamente con los artilleros que servían las piezas.

Sin perder la sangre fría que le hizo famoso y rodeado por el doctor Agrelo, Malavés, Bares y sus ayudantes, Pagola se puso en marcha por la calle de la Catedral — hoy San Martín — al paso de su caballo, hacia el norte, en la dirección que suponíase vendría Dorrego.

El día 7 de octubre supo Pagola en las inmediaciones de San Fernando que, desde Luján, Dorrego con su cuerpo de ejército se había puesto a las órdenes del gobernador

Rodríguez y que éste había dispuesto la ejecución en la plaza pública de Jenaro González Salomón, jefe del segundo tercio, y de Felipe Gutiérrez, oficial del tercero, así como la tenaz persecución de Pagola y sus acompañantes. Juzgando perdida la causa, dispersó a sus leales compañeros y se embarcó para Montevideo, donde mandaban los luso - brasileños.

El gobernador Rodríguez conservó el mayor encono contra Pagola y otros dirigentes de la reacción de octubre. Más de un año después, en noviembre de 1821, propuso a la Junta de Representantes una "ley de olvido por opiniones políticas", aplazando, no obstante, la facultad de regresar al territorio de la provincia de los generales Soler y Alvear, de los coroneles Pagola y Dorrego, del doctor Agrelo y de cuatro ciudadanos más, alguno de los cuales nada tuvo que ver con aquel movimiento. [44]

PAGOLA EN LA CONSTITUYENTE

Como otros jefes artiguistas que regresaron al país durante la ocupación luso - brasileña, Pagola obtuvo a mediados de 1821 del gobierno de Montevideo algunos cientos de cabezas de ganado realengo, para poblar los campos de Canelones que habían pertenecido u ocupado su familia. Desde entonces cae sobre su nombre un largo silencio y la tradición familiar afirma que permaneció entregado a las tareas de campo, sin inmiscuirse en el movimiento político.

Al producirse en 1825 la invasión libertadora de Lava-

(44) A. Zinny. "Hist. de los Gobernadores". T. II.

lleja y sus compañeros, Pagola, como Otorgués, Llupes. Gatell y otros antiguos oficiales, o no fueron aceptados en virtud de sus antecedentes militares por la reacción antiartiguista de 1825 - 1830, de que era principal factor el general Alvear, o fueron anulados por el barón de la Laguna, gobernador de Montevideo que hizo aprehender a muchos ciudadanos orientales para evitar que se unieran a los patriotas ([45]). Con respecto a Pagola ocurrió, probablemente, lo primero, porque su nombre vuelve a la superficie de los acontecimientos cuando eliminado Alvear del escenario guerrero, escribió al general Lavalleja desde Canelones, el 27 de agosto de 1827, felicitándole por su designación para mandar el ejército republicano en los términos que siguen: "Amigo y apreciado paisano: nunca más que ahora me ha llenado de satisfacción cuando he visto que la mutación inesperada del Gobierno, ha acertado de un modo que no lo creía, en la elección del general para el desgraciado Ejército de la República: ahora será feliz y lo tengo por tal y también creo de buena fe que de un golpe serán concluídos esos miserables que han retozado con Alvear, a pesar de los buenos deseos de sus jefes y oficiales. Su amigo Pagola lo felicita a Vd. mil veces, y deseando como buen oriental tener una parte en las glorias de sus paisanos como antiguo servidor y contra los enemigos que nos oprimen con injusticia, ofrezco a Vd. mis servicios para que si los halla necesarios eleve mis deseos al Gobierno Republicano, pues no quiero que en ningún tiempo digan mis paisanos

(45) C. M. Ramírez. "Artigas".

que en lo más peligroso me mostré indiferente a la causa general" (46).

Este documento demuestra que Pagola era contrario a la presencia del general Alvear en el ejército y que la resistía como en 1820, por creerla perjudicial a la causa de los orientales. Es de admitirse que Alvear le pagaría en la misma moneda, y que mientras desempeñó el comando en jefe su influjo evitó el ingreso de Pagola a las filas patriotas.

No se conoce la respuesta de Lavalleja a la carta antes inserta; pero, aunque no haya utilizado sus servicios militares, es evidente que no se opuso a que Pagola figurara en la vida pública, puesto que en las elecciones de Asamblea General Constituyente y Legislativa de 1828, en las que el Jefe de los Treinta y Tres ejerció visible influencia, aquél resultó diputado por Durazno.

Pagola ingresó a la magna asamblea el 28 de noviembre del citado año y ejerció su mandato hasta la disolución de la misma, formando parte de las comisiones Militar y de Reforma. Al no tomar parte en los debates y asistir como espectador silencioso a la creación jurídica del Estado dió acabada prueba de su discreción, porque, ajeno como era a las disciplinas del derecho y sin experiencia de las gestiones de gobierno, su figura se habría empalidecido frente a tan conspícuas personalidades como José Ellauri, Santiago Vázquez y Jaime Zudáñez. Su prestigio como guerrero americano, su significación cívica y la gloria militar que aureolaba su frente dieron suficiente autoridad a la firma que estampó al pie de la Constitución

(46) "Archivo del Gral. J. A. Lavalleja", publicado en 1935 por el Arch Gral. de la Nación.

de 1830 y en el Manifiesto de la Asamblea Constituyente a los pueblos del nuevo Estado.

Al apartarse definitivamente de las contiendas políticas de Buenos Aires, Pagola hizo abandono absoluto de su grado militar, de modo que al disolverse la Asamblea Constituyente y reintegrarse a la vida privada se encontró en la situación de simple ciudadano, sin título alguno, sin sueldo o pensión y sin medios de fortuna.

La reacción antiartiguista, a que ya hemos aludido, impidió el reingreso a los cuadros militares precisamente de los dos jefes que habían obtenido grados más altos en los ejércitos de las Provincias Unidas, como Pagola, que no reclamó de ello, y Fernando Otorgués, cuyo recurso no fué atendido por la Asamblea General Constituyente y Legislativa.

LA REPÚBLICA EN DEUDA CON PAGOLA

Durante el gobierno del general Oribe, de quien había sido compañero de armas en las guerras sostenidas contra los caudillos del litoral argentino, Pagola recurrió al cuerpo legislativo para que amparara su indigencia. El trámite dado a la solicitud decía que: "el coronel de la República Argentina don Manuel Vicente Pagola se presenta pidiendo que se le señale una pensión para sostener a su familia, en atención a los servicios que ha prestado en la carrera militar, de cuyas resultas se halla inutilizado para dedicarse a ninguna clase de trabajo."

La Comisión de Peticiones de la Cámara de Representantes compuesta por Alejandro Chucarro, Gregorio Vega, Simón Latorre y Francisco Haedo se expidió favorable-

mente. "Contraída la Comisión, dice el documento respectivo, al caso especial que motiva este informe, relativamente a la solicitud de don Manuel Vicente Pagola, atenta su consideración a los importantes servicios que este ciudadano ha prestado a la República, a la situación deplorable a que se halla reducido y finalmente a que en las Comisiones Legislativas ha depositado la acción el poder benéfico de acordar pensiones según se registra en el Art. 17 de la Constitución, la Comisión propone la adjunta minuta de decreto en que se asigna la cantidad de seiscientos pesos anuales y aconseja su adopción". ([47])

La propuesta fué votada sin oposición por la Cámara, y no debe extrañarse el monto ínfimo de la pensión que, si no correspondía a los méritos de Pagola, estaba en relación con los escasos recursos de un Estado de reciente y rudimentaria organización económica.

Pero la minuta de decreto no alcanzó a convertirse en ley, porque la Comisión de Peticiones del Senado no la apoyó, a pretexto de que Pagola no había prestado su concurso durante la guerra de 1825 - 28 contra el Brasil, y de haber percibido el importe de su reforma como coronel argentino.

En su informe que sólo llevaba la firma del senador Carlos Anaya, decía la Comisión que: "ha registrado los documentos que justifican los méritos y servicios en que funda su solicitud el ciudadano don Manuel Vicente Pagola como coronel argentino, igualmente que la minuta de decreto acordado por la H. Cámara de Repre-

---

(47) D. de sesiones de la C. de Represts., actas 125 y 129 de 26 de febrero y 24 de marzo de 1836.

sentantes en sesión del 26 de marzo ppdo., asignándole la pensión de cincuenta pesos mensuales sobre el Tesoro Nacional, en justa recompensa de aquéllos, de su quebrantada salud y escasa fortuna. En cuanto a lo primero, la Comisión no encuentra sino testimonios irrefragables de relevantes servicios que como militar y distinguido ciudadano ha prestado a la Patria y Libertad Americana contra la dominación española, motivos para respetar altamente la resolución de la otra H. Cámara, conforme a los principios de equidad y justicia en favor de los defensores de la independencia.

"Mas la Comisión no puede prescindir de la notoriedad con que se afirma, que este mismo agraciado obtuvo reforma militar por los años 822 o 23, con que fueron premiados varios generales, jefes y oficiales del ejército argentino, remuneratoria de los sacrificios con que habían cooperado en auxilio de la Patria y como en el supuesto caso la República Oriental puede considerarse desligada de recompensas que reclama el señor Pagola, luego que en el tiempo corrido hasta la fecha (y principalmente en la última guerra contra el Brasil) no haya concurrido a defender la causa de su independencia, la Comisión no puede conformarse con dicha Minuta de Decreto, sin que el interesado haga constar ante el Gobierno no haber percibido tal reforma, máxime cuando lo afirman algunas personas respetables, a menos que V.H. considere, sin embargo, que el estado de indigencia que manifiesta el suplicante, sea suficiente fundamento para acordar, conforme con la otra H. Cámara, en cuyo caso la Comisión someterá su dictamen a la mayoría del sufragio que así lo estimase de justicia. Bajo tales conceptos la Comisión

remite este negocio a la deliberación de la H. Cámara del Senado". [48]

La República quedó en deuda con el intrépido defensor de la causa americana, pero su mérito fué oficial y definitivamente reconocido con la votación de la Cámara de Representantes, que en la época sólo amparaba a los militares y civiles que habían prestado positivos servicios, y con el propio dictamen de Anaya, cuya parte desfavorable a la actitud de Pagola en lo referente a la guerra de la independencia queda sin valor frente a la carta antes inserta de éste a Lavalleja, y al hecho de haber sido diputado a la Asamblea General Constituyente.

Durante las luchas de 1836 - 37 entre Oribe, presidente constitucional, y Rivera, caudillo de las masas cívicas, Pagola permaneció inactivo. En realidad no perteneció a ninguno de los partidos que encabezaban ambos generales, y con tal actitud prescindente demostró su resistencia a intervenir en las guerras civiles de su patria, después de actuar en las de Buenos Aires y haber adquirido la suficiente experiencia de los inmensos males que producen y los dudosos beneficios que reportan.

No obstante, al comienzo de 1838 tuvo Pagola un momento de actuación pública. La campaña militar sostenida por el presidente Oribe contra el general Rivera tomaba mal sesgo para la causa gubernista, después de la victoria de Yucutujá obtenida por el último, y la acción indecisa del Yí, librada por el mismo contra el principal núcleo de las fuerzas legales que comandaba el general Ignacio Oribe. El gobierno, a cargo interinamente del presidente del Senado Anaya, concentró todos sus recursos

(48) . D. de sesiones del Senado. T. II.

para defender la plaza, y al acercarse Rivera con sus fuerzas el 25 de enero dió el mando de las armas de la capital al general argentino Soler. Este avezado hombre de guerra convocó a sus antiguos compañeros residentes en la ciudad, entre ellos al coronel Indalecio Chenaut y Manuel Vicente Pagola.

Con el encargo especial de organizar las milicias cívicas, Pagola fué designado jefe político y de policía, pero los sucesos se precipitaron sin que la guarnición bastante numerosa de Montevideo influyera de ningún modo en el desarrollo de las operaciones militares. El 15 de junio Rivera conquistó sobre Ignacio Oribe el triunfo definitivo de Palmar, y en 10 de julio siguiente Soler renunciaba el mando de las armas y con él se alejaron Pagola y Chenaut.

JUSTICIA PÓSTUMA

Desde entonces hasta su fallecimiento ocurrido en 1851, el nombre de Pagola no se encuentra mezclado a los acontecimientos políticos y militares de aquel período. Su vida terminó en la indigencia, el silencio y el olvido.

La gratitud de la nación, expresada por sus órganos representativos, hacia los buenos servidores llega siempre, aunque la demoren las pasiones o la indiferencia, aunque el merecedor de la recompensa no alcance a disfrutarla. Así sucedió con Pagola.

Al año siguiente de su muerte, el Cuerpo Legislativo concedió a sus hijos menores la pensión que había negado al padre, reconociendo implícitamente su grado militar. La Comisión de Milicias del Senado formada por Tomás

Gomensoro y Dionisio Coronel manifestó en su informe que "el coronel Pagola había prestado relevantes servicios a la patria" y que, en su mérito, sus hijos debían ser amparados ([49]).

Diez años después fué mejorada aquella pensión. La Comisión de Peticiones de que era miembro informante el diputado Hipólito Gallinal, decía en su informe a la Cámara de Representantes: "Notorios son los servicios que el finado coronel Pagola rindió a la patria contra la dominación extranjera, como lo es también la situación desgraciada en que falleció, y por lo mismo la Comisión cree innecesario entrar en otros pormenores, que, por otra parte, se encuentran bien detallados en los comprobantes con que la peticionaria acompaña su solicitud".

En la sesión del 20 de marzo de 1863, el diputado y ex-constituyente Tomás Diago apoyando a la Comisión de Peticiones, rindió en precisos términos el homenaje debido a los méritos del prócer: "El coronel Pagola, dijo, como lo saben todos los hombres antiguos que existen en el país, salió en el año 14 y fué al Alto Perú; allí mandó el Regimiento Nº 9 compuesto todo de orientales. En la batalla de Sipe-Sipe de las 700 plazas que tenía le quedaron en pie 70; lo demás todo fué arrasado a la bayoneta y bala; y refiriéndose precisamente a la resistencia de ese Regimiento, le decía el general en jefe, que no recuerdo quien era, al Virrey, que los revolucionarios de las Provincias Unidas donde quiera que desplegaban en batalla *echaban raíces*. Luego después el coronel Pagola debe reunir para nosotros cierto grado de consideración; fué uno de los

(49) D. de Sesiones del Senado. Sesión del 6 de julio de 1853.

constituyentes que puso su firma en la Constitución y murió pobre como mueren generalmente los buenos ciudadanos. Era hacendado de una regular fortuna, pero vinieron los desórdenes de la revolución y todo desapareció". (50)

EL HÉROE ANTE LA POSTERIDAD

Fué Pagola hombre de pasiones fuertes y de actitudes decididas, como todos los militares de acción que en ésta y en la otra margen del Plata definieron entre azares y peligros su personalidad. Dotado de un espíritu de magnífico temple carecía para completarlo de visión política, y acaso no comprendió bien el sentido de los importantes acontecimientos en que intervino, ni las situaciones resultantes de los hechos. Pero el análisis sereno de toda su actuación demuestra que sus propósitos fueron siempre rectos, sus procedimientos, si alguna vez erróneos o apasionados, invariablemente sinceros; su desinterés patriótico proverbial.

Nada le quita al héroe que el historiador argentino López asegure que fué un hombre de "pasiones brutales", sin apoyar su afirmación en hechos concretos que acrediten que la brutalidad de esas pasiones se ejerció contra alguien o contra algo, o que cometió tropelías como las que se reprochan a tantos de sus contemporáneos. Esta su opinión personal no le impide al mismo historiador levantarse indignado contra el autor de la obra "Ostracismo de los Carrera", que afirma que fueron los chilenos man-

(50) D. de Sesiones de la C. de Representantes. T. VIII.

dados por José Miguel Carrera quienes derrotaron a Pagola, en los sucesos de Buenos Aires del 1º al 5 de octubre de 1820. "¿A quién se figuran nuestros lectores, dice aquél, que se debió el sangriento triunfo del general Rodríguez contra el bravo Segundo tercio de Cívicos y sobre el temerario coronel Pagola? Según el señor Vicuña Mackenna se debió a los chilenos; porque para él estos chilenos son como los enjambres de las moscas en el campo que aparecen sin ser vistas dondequiera que hay sangre, batalla, matanza, catástrofe..." ([51]).

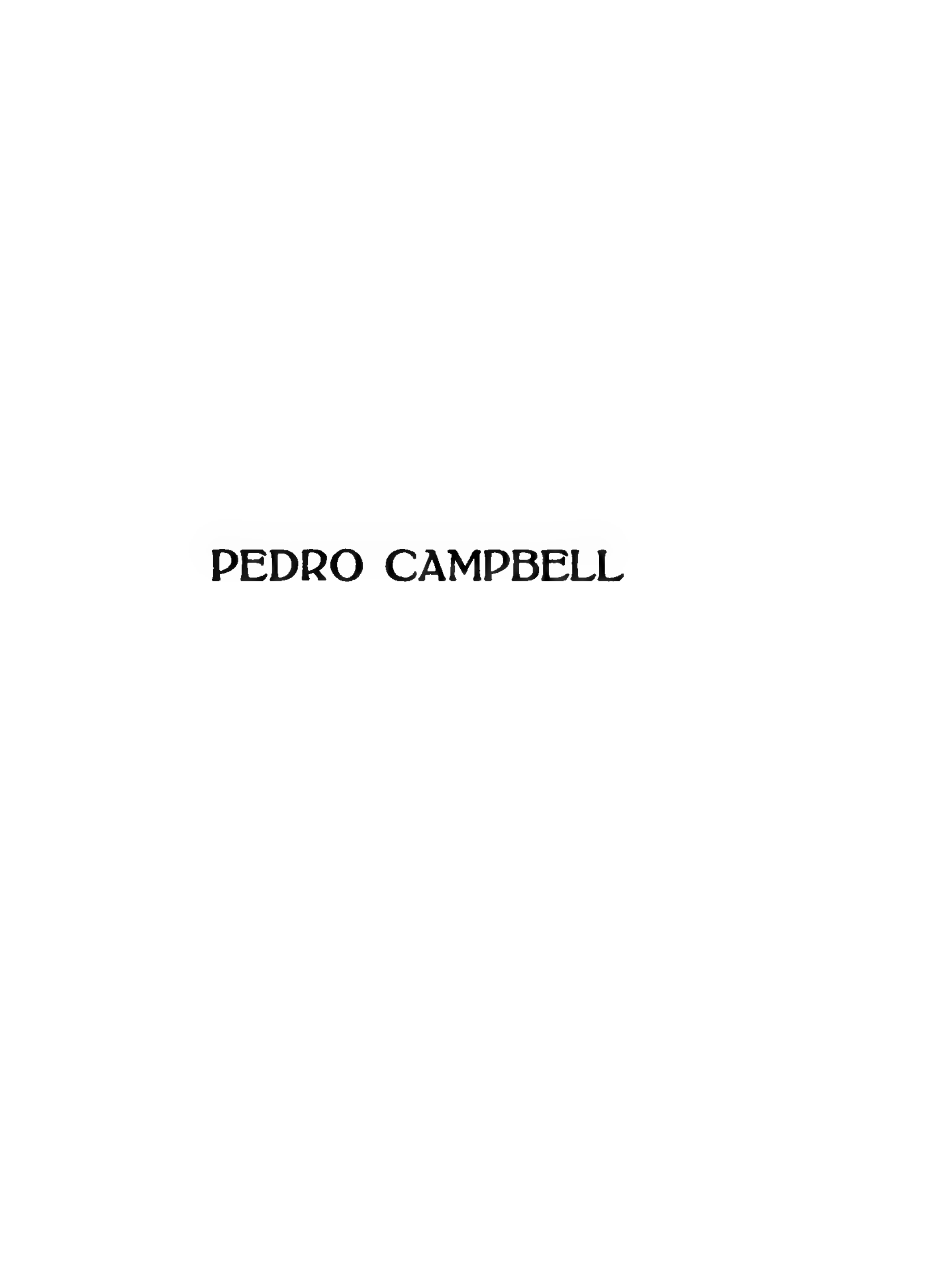
Debió ser obra muy meritoria y particularmente difícil vencer a un militar de la capacidad y el ímpetu de Pagola, cuando también el historiador Saldías quiere reivindicar para Juan Manuel de Rozas la exclusividad de aquella derrota, desconociendo la decisiva intervención en el combate del gobernador Rodríguez y los infantes que personalmente mandaba.

Ya hemos narrado que la intervención de los jinetes de Rozas y Vilela se produjo después que la infantería de Rodríguez con la superioridad de sus fuegos, hechos desde mejores posiciones, había desalojado a la de Pagola, que se replegó desordenadamente. Pero Saldías hace surgir la victoria de las cargas dadas por los milicianos del 5º y 7º regimientos de caballería irregular, contra los cantones ocupados por la infantería reglada y la artillería cubierta por parapetos e inflamadas ambas por el hálito de un guerrero como Manuel Vicente Pagola, lo que supone un procedimiento de combate completamente desatinado. Cabe aquí repetir el concepto de un escritor militar de que la

(51) Ob. cit.

generalidad de los historiadores no militares escribiendo o comentando los hechos de guerra confunden la estrategia con la táctica, al mismo tiempo que mezclan la realidad con la fantasía.

Felizmente para la tradición militar de nuestro país si la existencia de Pagola se extinguió en la oscuridad, y el eco de sus proezas fué ahogado entonces por el rumor de las batallas libradas entre Rivera, Oribe y Urquiza allende y aquende el Uruguay, su nombre fulgura con mayor serenidad y nuevo brillo cuando a un siglo de distancia sus eminentes cualidades guerreras y cívicas, sus servicios a la causa de la libertad de América, su férvido patriotismo y su desinterés lo destacan como una de las más ilustres figuras históricas del Río de la Plata.



PEDRO CAMPBELL

PEDRO CAMPBELL

Todas las referencias históricas a su respecto coinciden en que Campbell vino al Río de la Plata, como soldado o marinero, en la primera expedición naval - militar inglesa del almirante Popham y del general Beresford, en 1806. En tal carácter habría tomado participación en los numerosos y violentos combates librados en una y otra margen del estuario, entre las tropas españolas y las nativas contra la flota y el ejército británicos que fueron finalmente rechazados, capitulando la división que había entrado en Buenos Aires al mando de Crauford.

Una capitulación corta el vínculo de la disciplina, especialmente en un ejército mercenario como lo era el que Inglaterra envió para la conquista de estas tierras. Campbell, irlandés y católico, no se creería obligado a continuar su servicio en las tropas que habían rendido sus armas, y que estaban compuestas por hombres de nacionalidad y religión diferentes de las suyas.

No se sabe en que tiempo y circunstancia, si violentamente o con la adquiescencia de sus superiores, Campbell — como Juan Tomás Ardets, Yates y otros muchos — abandonó el servicio de Inglaterra. Su primer propósito fué dedicarse al trabajo y en su procura se dirigió a Corrientes donde lo halló, colocándose como curtidor de cueros, que era su oficio, en el importante establecimiento de Angel Fernández Blanco.

Al producirse la revolución de mayo su nombre comienza a ser conocido. Con gran facilidad que resultaba extraordinaria en un europeo nórdico adoptó la vestimenta y las armas de los gauchos, se asimiló sus costumbres y lenguaje y se hizo el más arriesgado de los jinetes, entre aquellos hombres para quienes el caballo era el complemento indispensable de sus trabajos, sus comodidades, sus proezas y sus placeres.

"Mientras el país estuvo tranquilo, dicen los escritores J. P. y W. P. Robertson Parish don Pedro Campbell se condujo como un sujeto sobrio, quieto y bien portado. Pero no bien estalló la revolución, su carácter turbulento y emprendedor lo indujo a ofrecer sus servicios a Artigas; llevó a efecto muchos hechos audaces y de ese modo se difundió el temor de su nombre, con especialidad en la provincia de Corrientes, llegando en breve a ser hombre formidable y por consecuencia influyente. Sus proezas personales fueron prodigiosas; no había gaucho alguno que lo aventajara como jinete, ni en la ciencia generalizada en el país a la cual apelaba con frecuencia, de la esgrima con un largo cuchillo en lugar de espada y con un poncho envuelto en el brazo izquierdo a guisa de escudo.

"Nunca tuvimos noticia de que en sus combates cuerpo a cuerpo hubiera muerto a su contrario, pero había mutilado, herido o inutilizado a muchos, de suerte que nadie se atrevía a pelear con él.

"Con frecuencia hemos oído que llegaba a una pulpería, o sea almacén de bebidas sudamericano, cuando los filosos cuchillos brillaban a su alrededor y ponían término a la bacanal con la muerte de uno o dos de los concurrentes.

La entrada de don Pedro y su dominio de toda oposición, con su poncho envuelto en el brazo izquierdo y con el sable en la diestra, dando cortes y mandobles en todo sentido, aunque sin herir sino a aquéllos que se le oponían, bastaba para que los gauchos asesinos se amilanaran, cesara el entrevero, ante la presencia del vigoroso gaucho irlandés de pelo colorado.

"Se carecía entonces de justicia bastante poderosa y vigilante para tomar conocimiento de tales hechos. Los cuerpos de los que se mataban en las pulperías, eran conducidos a la puerta de la iglesia y allí quedaban hasta que se pagaban los derechos de sepultura, sin cuya función preliminar no era posible tener en Corrientes un entierro decente, más de lo que sería posible obtenerlo en Londres.

"Así, pues, don Pedro Campbell era tal como lo he descripto y en la época en que se me presentó era temido por los gauchos, admirado por los estancieros y respetado por los habitantes en general. Como gozaba de la confianza de Artigas, unía a sus títulos personales la deferencia, el conocido favor y el patronato de aquel cabecilla omnipotente y sin ley (!), por lo cual era, sin duda alguna, persona temible como enemigo y digna de ser cultivada como amigo, en tiempos de subversión". (1)

Era, en resumen, Campbell un hombre mucho menos cruel que extravagante, a quien se le ocurrían las ideas más originales, que ponía en ejecución sin calcular las consecuencias, que luego afrontaba, por malas que fuesen, con la mayor bravura. Relata Zinny en su "Historia de los Gobernadores" que el intrépido irlandés profesaba malquerencia a los paraguayos sólo por que usaban el cabello

(1) "Letters on South America".

largo y dividido en trenzas, como era moda en las mujeres de la época. En cierta oportunidad apresó un barco paraguayo que conducía contrabando de guerra; hizo desembarcar los tripulantes y les notificó que iban a ser decapitados, para lo cual mandó que se echaran a tierra boca abajo. Preparada la escena apareció el pseudo verdugo con un hacha bien afilada y después de algunas fintas de decapitación se limitó a cortar las trenzas de los paraguayos, que en seguida fueron puestos en libertad sin sufrir daño alguno.

La pulcritud en la vestimenta masculina no era costumbre muy difundida en Corrientes a principios del siglo pasado, por lo que no debía causar extrañeza que el aspecto exterior de Campbell careciese de los atributos de la elegancia y fuera más varonil y pintoresco que aliñado. Pero sería absurdo suponer que abrigase malos sentimientos, sólo porque llevase la indumentaria de los guerrilleros de la época.

Uno de los Robertson Parish, que le tenía más temor que afecto, lo describe así: "Estando sentado una tarde bajo el corredor de mi casa, vino hasta mi misma silla, a caballo, un hombre alto, huesudo, de aspecto feroz, vestido de gaucho, con un par de pistolas de caballería, un sable metido en una vaina de acero aherrumbrado pendiente de un cinturón sucio de cuero medio curtido, barba y bigotes rubios, el pelo desgreñado, del mismo color, adherido por el sudor y cubierto de polvo. La cara no sólo estaba quemada del sol, hasta parecer negra, sino que estaba ampollada hasta los ojos, mientras grandes pedazos de la arrugada piel estaban prontos a desprenderse de sus paspados labios. Llevaba un par de aros sencillos, un som-

brero de los que usan los salteadores, un poncho hecho jirones, una chaqueta azul adornada con cinta roja descolorida, un enorme cuchillo en una vaina de suela, un par de botas de potro y espuelas de fierro aherrumbrado con rodajas de un pie y medio de diámetro. Detrás de este Orlando Furioso cabalgaba un jinete a quien llamaba su paje; pero jamás he visto un paje semejante... Eran Mr. Pedro Campbell y su escudero Eduardo; éste me fué presentado como compatriota, oriundo de Tipperary". (2)

Lon andrajos de Campbell, su poncho hecho jirones, su chaqueta descolorida, sus botas de potro se habrán consumido al mismo tiempo que su envoltura carnal allá en su olvidada tumba del Paraguay. Lo que sobrevive, lo que realmente interesa es el recuerdo de su formidable figura, que nada tuvo de los petimetres del ambiente ciudadano, pero que fué la de un guerrero que desde la cubierta de sus barcos en cinco combates navales y a la cabeza de sus jinetes en otras tantas acciones terrestres, en defensa de las ideas políticas que adoptó con menosprecio de todo bien material y riesgo incesante de la propia vida, demostró la entereza de ánimo de los héroes auténticos.

SU PRIMERA ACCIÓN NAVAL

Al producirse la escisión entre Artigas y el directorio de Buenos Aires, Campbell se mostró afecto a las ideas republicanas y federalistas, ofreciendo sus servicios al Jefe de los Orientales, que los aceptó encargándolo del mando de una flotilla en el Paraná.

El intrépido jinete se transformó entonces en audaz

(2) Ob. cit.

marino. Aplicando la originalidad de su inventiva formó una escuadrilla de faluchos y lanchones armados cada uno de ellos con un cañón y tripulados por sus parciales correntinos, que tan pronto eran marineros como infantes o jinetes. Con tan escasos medios se enseñoreó del Paraná, enarbolando el pabellón artiguista, sin que Buenos Aires o el Paraguay pudieran hacer nada contra él en mucho tiempo.

Desde diciembre de 1814, en que el jefe artiguista Basualdo batió al correntino Perugorría, hasta el segundo semestre de 1820, con el solo interregno de dos meses y algunos días en que José Francisco Vedoya detentó el poder, los gobernantes correntinos respondieron a la liga federal encabezada por Artigas. Unas veces por orden de éste y otras acatando al gobierno de Corrientes, Campbell fué en ese período de cerca de seis años el capitán de la fuerza naval correntina, que impidió eficazmente el pasaje de las armas de guerra enviadas por el directorio porteño al dictador paraguayo Francia, e hizo efectiva la soberanía de Corrientes sobre el gran río.

Se encontraba Campbell con su flotilla en la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná vigilando los movimientos de las fuerzas del dictador paraguayo, que no abandonaba sus antiguos propósitos de ocupar los pueblos correntinos y misioneros de la margen izquierda del Paraná, cuando supo la entrada de Andresito Artigas con sus tropas a Corrientes para deponer al gobernador Vedoya. Inmediatamente zarpó aguas abajo y al llegar al puerto de la capital de la provincia recibió orden de perseguir a Vedoya, batido en la acción de Saladas por el caudillo guaraní y que se había embarcado con sus parciales y puesto en fuga para Buenos Aires.

Campbell llegó hasta el puerto de Goya y sus faluchos más ligeros hasta el de Esquina, pero a pesar de su actividad no pudo alcanzar a los fugitivos, por lo que regresó a Corrientes ocupando la ciudad con su gente de desembarco el 16 de agosto, a la espera de Andresito que permanecía en Saladas.

Al asumir el gobierno de Corrientes el 21 de agosto de 1818, Andresito nombró a Campbell comandante general de marina, con el encargo de reorganizar las fuerzas navales que iban a ser utilizadas en la guerra contra Buenos Aires.

Estos sucesos habían hecho descuidar la vigilancia fluvial, que Campbell emprendió con nueva actividad en seguida que Andresito entró en la capital. A fines de setiembre sus barcos patrulleros apresaron y condujeron a Corrientes dos pailebotes de bandera paraguaya, uno de los cuales estaba cargado con cajones de armas y municiones que el directorio porteño mandaba al Paraguay.

El dictador Francia imaginó rescatarlos y, como represalia, hacer incendiar todos los buques anclados en dicho puerto. Con ese fin envió aguas abajo cuatro o cinco chalupas "bien armadas y tripuladas con orden de trasladarse al puerto de Corrientes y proceder sin miramientos, hasta conseguir la liberación de los dos barcos paraguayos con toda su tripulación". La flotilla llegó a Corrientes y "sin ninguna intimación previa, empezaron a cañonear unos buques correntinos, echando uno a pique y rescatando los dos buques detenidos. Conseguido su objeto las chalupas con los dos pailebotes rescatados emprendieron su regreso favorecidos por un fuerte viento pampero; pero la gente de Artigas avisada de lo que su-

cedía en el puerto acudió presurosa y desde el barranco iniciaron un fuerte tiroteo de fusil ocasionando bajas a la tripulación de las chalupas". ([3])

Esta fué la versión oficial del dictador Francia, pero la escaramuza naval se desarrolló en forma distinta y con resultados muy diversos de los transcriptos, aunque, en efecto, el jefe paraguayo procedió "sin miramientos y sin previa intimación". Dos testigos presenciales, los médicos suizos Rengger y Longchamp, afirman que la flotilla paraguaya apareció en el puerto de Corrientes el 10 de octubre de 1818, pero que el ataque fué mal dirigido y que los partidos se limitaron a cambiar bastantes cañonazos, retirándose en seguida los paraguayos sin rescatar los pailebotes cuyas tripulaciones quedaron prisioneras. ([4])

Reduciendo estas expresiones a su justo valor no resulta sino que Campbell rechazó a cañonazos la incursión de los paraguayos, y que la retirada de éstos fué definitiva. La flotilla artiguista dominó completamente el Paraná y el tráfico comercial quedó suspendido hasta mayo de 1819, en que, por gestiones de algunos comerciantes de Buenos Aires, Artigas consintió la reanudación del comercio fluvial.

CAMPAÑA DE SANTA FE. 1818 - 1819

Dos meses más tarde, dejando constituídas las autoridades provinciales y a Juan Bautista Méndez ocupando el gobierno, Andresito con la mayor parte de sus tropas se dirigió a Goya descendiendo la margen izquierda del

(3) J. Böglich. "El dictador del Paraguay J. G. R. de Francia". Cap. 15.

(4) "Essai historique sur la révolution du Paraguay". Cap. VI.

Paraná, en tanto que Campbell le acompañaba por el río con su flotilla.

A principios de noviembre entraba en la provincia de Santa Fe el ejército porteño llamado de Observación, que se había organizado en San Nicolás de los Arroyos bajo el mando del general Juan Ramón Balcarce. Eran cerca de tres mil hombres que debían operar en combinación con un fuerte destacamento desprendido del Ejército Auxiliar del Perú, a las órdenes del coronel Juan Bautista Bustos.

Ante el peligro que lo amenazaba, Estanislao López gobernador de Santa Fe que integraba la liga federal, pidió ayuda al Jefe de los Orientales, quien dispuso que fuera inmediatamente en su auxilio una expedición compuesta de correntinos y guaraníes. Pertenecían los primeros al cuerpo de voluntarios de Campbell, y los segundos al regimiento de infantería indígena del mayor Francisco Javier Siti.

El 24 de diciembre zarpó Campbell del puerto de Goya. Su expedición la componían una zumaca, una balandra y un bergantín, los tres artillados, siete lanchas y algunas canoas embarcando un total de doscientos hombres. Al mismo tiempo la fuerza de tierra marchaba por el Chaco, concentrándose todos los elementos fluviales y terrestres cerca de Santa Fe.

La aparición de Campbell, que fué saludada con el grito de ¡Viva la patria oriental! reanimó a los santafecinos que se mantenían a la defensiva ante las tropas de Balcarce, y que al recibir tan valioso refuerzo quisieron asumir una actitud más enérgica. ([5])

---

(5) B. Mitre. "Hist. de Belgrano". T. III, Cap. XXXVIII.

Dejando a Siti a cargo de las fuerzas de tierra, Campbell siguió adelante con su flotilla buscando el contacto de la escuadra de Buenos Aires, que anclaba delante de Santa Fe, bajo el comando del marino francés Angel Hubac. Componían esta fuerza naval los bergantines "Belén" y "Aranzazú", la goleta "Invencible" y varios lanchones armados en guerra, teniendo a su bordo además de sus respectivos equipajes trescientos entrerrianos mandados por Hereñú.

Campbell sólo disponía de buques menores, pero acercándose sin ser sentido al fondeadero de la escuadra porteña, el 6 de diciembre se arrojó de improviso sobre los lanchones de Hubac, uno de los cuales estaba artillado, apresándolos con veinticuatro tripulantes. En seguida cañoneó los barcos mayores con miras de abordarlos. Hubac era personalmente muy valeroso pero no estuvo a la altura de su cometido; enteró a Balcarce, de quien dependía en aquellos momentos, que su situación era insostenible y fué autorizado para levantar el bloqueo y retirarse, lo que hizo con siete buques armados en guerra, teniendo a su bordo víveres para cuatro meses. El gobierno desaprobó este acto de debilidad, dice Mitre y ordenó a Balcarce reponer el bloqueo, enviando al mismo tiempo para reforzar la escuadra el bergantín "Chacabuco". Pero estas órdenes llegaron tarde y la escuadrilla, con la expedición Hereñú a su bordo, se replegó a San Nicolás, al mismo tiempo que Balcarce al Rosario.

Obtenido este primer triunfo que le daba el dominio del Paraná desde Santa Fe hasta Corrientes, Campbell volvió a asumir el mando de las fuerzas de tierra. Los pequeños barcos que acababan de imponerse a la escuadra

de Buenos Aires, fueron enviados aguas arriba hasta Esquina; y Campbell, comisionado por el gobernador López, fué a sitiar la Capilla del Rosario — actual ciudad de ese nombre — ocupada por las tropas que mandaba personalmente el general Balcarce, el que habiendo avanzado hasta la población de Santa Fe tuvo que retroceder vivamente hostigado por las guerrillas santafecinas.

En los primeros días de enero de 1819 Campbell puso sitio a Rosario. Su primer ataque fué rechazado el día siete con pérdida de diez muertos y muchos heridos de los sitiadores y de menor número de los sitiados, pero "el resultado, dice Mitre, resultó una verdadera derrota para la plaza, pues con los tiros se dispersó su caballada, los montoneros arrebataron el ganado con que contaban para su subsistencia y en medio del combate se pasaron nueve húsares a los sitiadores". (6)

La lucha continuó diariamente con fuertes pérdidas en muertos y heridos de ambos campos, experimentando los sitiados muchas deserciones que raleaban sus filas (7). "Los montoneros acometen y acosan tenazmente, dice el escritor argentino M. F. Santillán. Los sitiados prestos a la acción rechazan los ataques. Las jornadas son verdaderamente tremendas; todo el área de la aldea y sus aledaños están sembrados de cadáveres y heridos. La flotilla de Hubac que se había visto obligada a retirarse de Santa Fe, secunda al ejército con sus menguados recursos; pero el paisanaje y la indiada de Campbell decididos a todo y extraordinariamente resistentes a toda fatiga, implacables, no levantan el sitio". (8)

---

(6) Ob. cit.
(7) Of. de Balcarce. cit. por Mitre.
(8) "La Nación" de B. Aires, del 19 enero 1936.

Desalentado Balcarce, que era un valiente sin capacidad militar, luego de proponer al gobierno porteño diversas soluciones ilógicas y sin sentido, terminó por enviar su caballería a la frontera de Buenos Aires, siguiéndola más tarde con sus infantes y cañones, después de incendiar la población de Rosario. Campbell lo persiguió tenazmente tiroteándolo en todo el trayecto hasta San Nicolás, donde el cinco de febrero se libró un nuevo y violento combate en que tomaron parte, quedando a la defensiva ante las cargas de Campbell, las mil novecientas plazas y la artillería que le restaba a Balcarce, quien fué relevado en seguida por el general Viamonte, que llegaba de Buenos Aires con quinientos soldados.

Campbell sin ser molestado se retiró a San Lorenzo para incorporarse al ejército del gobernador López, por el que fué entusiastamente aclamado, repitiéndose el grito de ¡viva la patria oriental!

Pocos casos se presentan en la historia militar de que una fuerza irregular en gran inferioridad numérica sitie durante muchos días a otra más numerosa, mejor armada y equipada y la obligue por fin a retirarse. Esto fué, sin embargo, lo que hizo Campbell con Balcarce, pues el jefe artiguista disponía solamente de ochocientos hombres: doscientos correntinos, otros tantos entrerrianos y orientales y cuatrocientos infantes indígenas que comandaba Siti, en tanto que Balcarce tuvo hasta tres mil plazas, la mitad de ellas veteranas. (9) Así se dió por terminada la que, en concepto del historiador Mitre, fué "una de las más tristes campañas de las guerras civiles argentinas". (10)

---

(9) Legajo "Campaña de Santa Fe 1818 - 1819". Arch. Gral. de la N. Argentina.

(10) Ob. y T. cits.

LA HERRADURA Y BARRANCAS

La segunda parte de la campaña iba no obstante a comenzar. Viamonte sumando sus hombres a los que le entregara Balcarce formó una sólida columna de dos mil cuatrocientas plazas con artillería, situándose al sur del río Carcarañá, en territorio santafecino. El gobernador López pudo concentrar en la población de Santa Fe un número de fuerzas equivalente, formado por sus milicias santafecinas, ochocientos orientales y entrerrianos que le envió el caudillo Francisco Ramírez con López Jordán y setecientos correntinos y guaraníes de Campbell.

A mediados de febrero marchó López con todas sus fuerzas contra Viamonte, haciéndose sentir en la línea del Carcarañá. El general porteño que era tan poco capaz como su antecesor y que ya otras veces había sido derrotado por las divisiones federalistas, se mantuvo indeciso a pesar de la superioridad de sus tropas.

Como se lo aconsejaba la prudencia, López se abstuvo de atacarlo. Dejando frente a los porteños algunos escuadrones santafecinos para ocultar su maniobra, se corrió por su flanco derecho con las milicias restantes y las de Campbell y López Jordán para atacar la división del coronel Bustos que acampaba en La Herradura, sobre el río Tercero, en la provincia de Córdoba.

La columna de Bustos era poco numerosa, pero estaba integrada por tropas excelentes que pertenecían al Ejército Auxiliar del Perú, comandado en la época por el general Belgrano. La componían el regimiento 2º de infantería, del que era jefe el propio Bustos, una compañía de

Granaderos de los llamados de Terrada al mando del mayor Francisco Sayós, doscientos milicianos de Córdoba, dos piezas de artillería, el regimiento de Húsares y un escuadrón de Dragones que comandaban, respectivamente, Gregorio Araoz de la Madrid y José María Paz, con un total de algo menos de mil soldados.

Llevando como jefe de vanguardia a Campbell, la columna de López compuesta de mil quinientos hombres salvó en dos jornadas los tres días de marcha que separaban su posición del Carcarañá de La Herradura y el diez y ocho de febrero por la mañana estaba sobre el enemigo. El campo de éste "se hallaba situado, dice el general Paz en sus "Memorias" sobre la barranca del río, en la parte cóncava de un arco que describe frente a la posta de La Herradura, que está al otro lado, en la margen derecha. El terreno que ocupábamos era perfectamente limpio, pero siguiendo la ribera para arriba y abajo estaba guarnecida de bosque. Nuestro campo estaba cerrado con postes puestos a distancia, en los que había varas atravesadas, para impedir que saliesen los caballos que teníamos adentro. Esta débil barrera se aprovechó para colocar la infantería en orden sencillo, porque el recinto era extenso, poniendo las monturas de los infantes como los marineros ponen sus camas en los buques de guerra, para que les sirvan de parapetos. Es verdad que el parapeto quedaba muy bajo, pero hincados los soldados alcanzaban a cubrirse una parte del cuerpo. La caballería estaba en segunda línea, teniendo cada escuadrón un portón enfrente, para salir cuando fuese preciso; interinamente se habían cerrado esos portones con cuerdas o lazos que se quitaban en el momento oportuno. Dos cañoncitos de muy

poco calibre que teníamos estaban colocados convenientemente". ([11])

Esta posición, de ninguna importancia ante una batería bien servida, era sobradamente fuerte para los federalistas que no disponían de cañones, ni de más infantería que la de Campbell. "Era éste, dice Mitre, el inventor de una nueva táctica de combate, que consistía en que la infantería montada y armada de fusil con bayoneta, cargaba a gran galope como caballería, se dispersaba en guerrillas del mismo modo, echaba pie a tierra por parejas o por grupos, cuidando uno los caballos y rompía el fuego dentro del tiro de fusil. En caso de avance, se reconcentraba y cargaba a pie o a caballo, según obrase como infantería o caballería, y en caso de retirada saltaba rápidamente sobre sus caballos y se ponía fuera del alcance de su enemigo. Esta operación era protegida por escuadrones de verdadera caballería que servían de reserva" ([12]).

Este procedimiento, que era, en realidad, el que Artigas prescribió a sus tropas irregulares, fué el que, efectivamente, se puso en ejecución en La Herradura, recayendo todo el rigor de la pelea sobre Campbell y sus infantes correntinos y guaraníes.

Durante la mañana el regimiento del mayor Siti desplegado en guerrillas sostuvo un nutrido fuego en todo el frente de la posición, que la infantería de Bustos reservando sus municiones para la acción general apenas contestaba. Después de medio día los escuadrones santafecinos y entrerrianos de reserva se adelantaron, y Camp-

(11) T. I, Cap. IX.
(12) Ob. y T. cits.

bell reuniendo todos sus contingentes y haciéndolos montar en sus caballos se lanzó al asalto de la posición, vigorosamente sostenido por la caballería; hizo echar pie a tierra para su maniobra acostumbrada y con las bayonetas caladas avanzó denodadamente, pero fué rechazado por los fuegos del 2º de infantería y de los Granaderos, que se comportaron con la disciplina y serenidad de los veteranos. Al mismo tiempo que se producía el rechazo los Húsares y Dragones salían por los portones y, sable en mano, con La Madrid y Paz al frente, dieron una terrible carga contra los federalistas, que fueron sableados y arrollados más de media milla, dejando en el campo treinta muertos. Intervinieron entonces con gran ímpetu los escuadrones de López y de López Jordán haciendo retroceder a la caballería de Bustos, que en perfecto orden regresó a su campo bajo la protección de los fuegos de la infantería.

En esta brillante acción las tropas de Bustos demostraron su buena calidad táctica y maniobrera, que era relevante característica del Ejército Auxiliar a que pertenecían; pero los federalistas "se habían batido, dice Mitre, que los denomina montoneros, con verdadero fanatismo, ninguno había pedido cuartel en la derrota y todos habían muerto peleando individualmente con las armas en la mano. Esto indicaba que las tropas que iban a combatir, no serían vencidas tan fácilmente como se habían imaginado" los gobernantes porteños. ([13])

Al día siguiente por la mañana López renovó sus tentativas contra el campo de Bustos, circunvalándolo de guerrillas que con sus fuegos molestaban seriamente a

(13) Ob. y T. cits.

la infantería y caballería enemigas, a la vez que sustraían sus propias reservas del alcance de los cañones y jinetes de Bustos. Tan incómoda situación se prolongaba y para terminarla los Húsares y Dragones salieron repentinamente para envolver las guerrillas, pero Campbell no se dejó sorprender; sus voluntarios se replegaron y saltando en los caballos con su habitual destreza se pusieron en lenta retirada, con el propósito visible de atraer a los jinetes enemigos sobre los escuadrones de López. Tampoco La Madrid y Paz se dejaron engañar y después de logrado su objetivo de hacer retirar las guerrillas volvieron al recinto cercado, al amparo del fuego de varias compañías de infantes que se adelantaron con ese fin.

Bustos continuó a la defensiva, suficientemente instruído sobre el valor de los federalistas y de su empuje en campo abierto. López comprendiendo que no podría sacar a las tropas regulares de sus posiciones abandonó la empresa, y el día veinte se puso en marcha para la capital de Córdoba, llegando a la Villa de los Ranchos (Rosario de Córdoba), donde permaneció algunos días. Allí supo la derrota de sus escuadrones de observación en Coronda y sin pérdida de tiempo se puso en marcha hacia Santa Fe.

La suerte de las armas le deparó en el camino la victoria que inútilmente tratara de alcanzar en La Herradura. El general Viamonte advirtió después de algunos días la marcha de López a Córdoba y la escasez de las fuerzas que se le oponían. Dispuso entonces, a principios de marzo, que su jefe de vanguardia hiciera un reconocimiento a fondo en la dirección seguida por López, cuyo paradero exacto ignoraba. El coronel Hortiguera que mandaba la

vanguardia marchó rápidamente, con seiscientos soldados de línea, hacia el oeste rechazando las patrullas enemigas, alcanzó el Paraná y remontándolo por su margen izquierda batió y puso en dispersión en Coronda a los escuadrones santafecinos, a los que tomó caballos, ganados y equipos de guerra.

Regresaba ya con la satisfacción del triunfo, cuando el diez de marzo lo alcanzó en Barrancas, en las proximidades del Carcarañá, la vanguardia de López al mando de Campbell. Se empeñó inmediatamente un vivísimo combate del que pretendió pero no pudo zafarse Hortiguera, pues "el gaucho de pelo rojo" no soltaba con facilidad su presa. La llegada de López con el grueso de la columna significó la aplastante derrota del jefe porteño, que sufrió muchas bajas y una dispersión tan completa que solamente con diez y seis soldados pudo llegar al campamento de que procedía.

Desalentado Viamonte por la destrucción de su vanguardia abandonó la línea del Carcarañá encerrándose en Rosario. Sin caballería y sin caballos para el arrastre de sus cañones el jefe porteño fué sitiado, como su antecesor, por López y sus aliados, pero abastecido por la vía del Paraná, donde predominaba nuevamente la escuadrilla porteña mandada por Hubac, se mantuvo firme, confiando en la buena calidad de su infantería.

Aunque triunfante y teniendo a su adversario cercado, la situación del gobernador López no era satisfactoria, pues el general Belgrano con el Ejército Auxiliar fuerte de tres mil veteranos marchaba contra él desde Córdoba. Creyó aquél, además, por algunas comunicaciones del general San Martín caídas en su poder, que una de las divisiones

de éste que repasara los Andes estaba destinada a la guerra contra Santa Fe.

Perspicaz y prudente como era, pensó López que no podría hacer frente a tantos enemigos y procuró obtener la paz. En los primeros días de abril propuso un armisticio a Viamonte, que ignorando la proximidad de Belgrano, lo aceptó. Belgrano que era enemigo declarado de las contiendas civiles dió su adquiescencia, y el doce de ese mes se firmó el convenio que aunque puso fin a las operaciones fué sólo un interregno.

Campbell regresó inmediatamente al norte con sus correntinos y la flotilla, quedando con el gobernador López el regimiento de guaraníes que comandaba Siti, hasta el mes de agosto en que lo requirió Artigas para continuar la lucha contra los luso-brasileños. [14]

"Así terminó por el momento esta guerra del Peloponeso argentino, que hemos llamado del litoral, porque tuvo por teatro las provincias bañadas por las aguas del Uruguay y Paraná. Imprudentemente provocada por el Gobierno general; mal conducida por sus generales; enérgicamente sostenida por los montoneros; los contendores volvían a encontrarse en su punto de partida y el armisticio del Rosario no era sino una tregua. Cuatro ejércitos había empleado Buenos Aires en ella y sufrido otras tantas derrotas". [15]

---

(14) M. F. Mantilla. "Crónica histórica de Corrientes".

(15) B. Mitre. Ob. cit. T. III.

GOBIERNO DE CAMPBELL

A mediados de 1819 se levantaron en armas algunos caudillos correntinos que no representaban una tendencia política determinada. José Mariano Torres, elemento que respondía al exgobernador Vedoya y que era de los dispersos de la batalla de Saladas, sublevó los distritos de Caa - Catí, San Miguel y Yaguareté - Corá; Tomás Escobar que estando preso en el campamento de Artigas logró fugar, reunió gente y rechazando al comandante José Pedro Casco en Curuzú-Cuatiá, estableció allí un gobierno que fué fugaz; José Luis y Domingo Escobar proclamaron la rebelión en otros distritos, poniéndose todos de acuerdo para marchar unidos contra la capital.

El gobernador Méndez no perdió tiempo para defenderse. Sirviéndole de base la compañía de infantes guaraníes del bravo capitán Lorenzo Ticurey, llegada en esos días de Santa Fe, concentró sus fuerzas en San Roque, poniéndolas a órdenes de Campbell, que había reasumido su cargo de comandante de marina. Bajo su enérgica impulsión el alzamiento fué rápidamente sofocado. Casco reforzado por infantes guaraníes batió en Abalos a dos de los Escobar, que huyeron al Paraguay donde fueron fusilados. Torres y sus acompañantes chocaron con otras milicias correntinas y se desbandaron refugiándose en las selvas; y el inglés Ardets, jefe de vanguardia de Campbell, alcanzó en el paso de Aguirre del Santa Lucía a los otros dos Escobar, dispersándoles su gente después de un corto combate.

Asegura Zinny que Domingo y José Luis Escobar y

nueve insurrectos más que cayeron prisioneros fueron mandados degollar por Ardeta, a quien se le atribuyen otras fechorías parecidas. ([16]) Pero de esta iniquidad, que las crónicas de la época describieron con los más vivos colores, no resulta responsable Campbell, o por lo menos, no fué directa su responsabilidad. Por censurables que parezcan ante la historia tan terribles procedimientos ellos constituían el final casi obligado en los combates de las guerras civiles, y los jefes, aunque no mandaran ejecutarlos, se encontraban ante los hechos consumados e impotentes contra la bárbara costumbre. Solamente generales con el ascendiente moral sobre sus tropas y los sentimientos humanitarios de Fructuoso Rivera y José María Paz, quisieron y lograron evitar la inmolación de los rendidos después de la batalla.

A fines de agosto de 1819 Artigas dispuso la concentración en Cambay de los regimientos guaraníes y milicias correntinas. El gobernador Méndez se encargó de realizarla, marchando desde San Roque con los cuerpos que mandaban Siti y Abiaró, llevando la vanguardia Ticurey. Desde las Misiones, cruzando por San Miguel y Yaguareté-Corá, marcharon Sotelo, Baibé y Uré, con todas sus tropas y catorce cañones tomados a los luso-brasileños, que iban a cargo del último.

Artigas designó nuevo comandante general de las Misiones a Siti, en reemplazo de Andresito que estaba prisionero en Río Janeiro; y Campbell asumió el cargo de gobernador delegado en Corrientes, al ausentarse el titular Méndez. ([17])

---

(16) "Hist. de los Gobernadores". T. II.
(17) M. F. Mantilla. Ob. cit.

Corto y accidentado fué el gobierno de Campbell. El mayor orden reinaba en la capital, pero la campaña estaba aún convulsionada por algunos núcleos de las dispersas fuerzas de los Escobar que permanecían en armas y que debieron ser activamente perseguidos y disueltos; por otra parte estaba el constante peligro de los indios chaqueños, que cruzando el Paraná en sus veloces canoas cometían toda clase de depredaciones y regresaban a sus bosques cargados de botín.

Contra los primeros envió el gobernador delegado al comandante Casco y otros subordinados, que en el transcurso del mes de setiembre lograron tranquilizar la campaña. Para batir a los segundos reorganizó la escuadrilla de vigilancia con una polacra, un bergantín y algunos lanchones con que hizo patrullar activamente las aguas del Paraná.

Las incursiones de los indios cesaron, pero una nueva tarea cupo en seguida a Campbell: la organización dispuesta por Artigas del continente correntino, para ir por segunda vez en ayuda del gobernador López que, representando a la liga federal, iniciaba la campaña contra Buenos Aires.

Campbell convocó a los bravos correntinos que un año atrás habían combatido a su lado en Rosario, La Herradura y Barrancas, formó con ellos un regimiento al que dió la singular organización que respondía a su táctica, y delegando en el Cabildo el mando político y militar de la provincia se puso en viaje Paraná abajo, con un total de quinientos voluntarios contando los que tripulaban la flotilla.

CAMPAÑA DE BUENOS AIRES. 1820

La tregua pactada el doce de abril no había satisfecho al centralismo porteño, irreductible en sus pretensiones de dominar las provincias, ni a los caudillos del litoral López y Ramírez que, compartiendo las ideas federalistas de Artigas aun no comprendiéndolas lo bastante, avanzaron sobre Buenos Aires "para libertarla del Directorio y del Congreso que pactaban con las cortes de Portugal, España, Francia e Inglaterra la coronación de un príncipe europeo en el Río de la Plata contra la opinión de los pueblos que han jurado sostener la forma republicana federal". (18)

El recelo mutuo entre provincianos y porteños se tradujo en algunos hechos que precipitaron el desarrollo de los sucesos políticos y militares. Sin previa declaración del comienzo de las hostilidades, las partidas santafecinas quisieron apresar un convoy de seis carretas cargadas de equipos para el Ejército Auxiliar, no consiguiéndolo por que el jefe de las fuerzas de escolta, mayor Ignacio Inarra lo defendió con toda resolución, logrando entrar en el territorio de Córdoba que era neutral. Esto ocurrió a principios de octubre, y a mediados del mismo mes el general Marcos Balcarce, el diputado Mariano Serrano, redactor del acta de la independencia argentina, y varias personas de distinción que iban en otro convoy fueron aprehendidos sin motivos y maltratados, señalando éstos y otros actos semejantes, la terminación del armisticio.

A fines de diciembre estaba reconstituído el ejército

(18) A Saldías. "Hist de la Confed. Argentina". T. I.

federalista en las márgenes del arroyo Pavón, a una jornada de marcha del arroyo del Medio, que señala el límite entre Santa Fe y Buenos Aires. Lo componían más de dos mil hombres, la mitad de los cuales pertenecían a los Dragones y milicias santafecinas y algunas tribus de indios chaqueños; además, el regimiento de Campbell, doscientos chilenos de José Miguel Carrera y seiscientos entrerrianos y orientales llevados por el gobernador Francisco Ramírez, que asumió el mando en jefe.

En junio de 1819 había sido elevado al cargo de director supremo de las Provincias Unidas el general Rondeau, en momentos que la guerra civil ardía en todo el territorio. En seguida se vió obligado a organizar un ejército para oponerse al avance de los federalistas: secundado por las autoridades militares de la capital y la campaña, pudo concentrar sucesivamente en San Nicolás las mejores tropas disponibles. A fines de diciembre estaban en su campo una batería, el batallón veterano de Aguerridos, el 8º de los tercios cívicos, los regimientos de Blandengues, Dragones de la Patria y Voluntarios de la Frontera y los contingentes de milicias organizadas por el general Martín Rodríguez y coronel Gregorio Perdriel, formando un efectivo total de más de dos mil hombres, de los cuales mil doscientos de infantería a las órdenes del general Juan Ramón Balcarce.

La escuadra de Hubac apoyaba al ejército de Buenos Aires, manteniéndose aguas arriba de San Nicolás. Mientras las fuerzas federalistas se observaban y organizaban, Campbell, de acuerdo con sus aliados, fué a sorprender a Hubac. Desde el puerto de Santa Fe donde anclaba su flotilla se deslizó aguas abajo sin ser sentido y el 26 de

diciembre acometió resueltamente a la porteña, superior en número, en porte y en cañones.

El éxito que pudo haber obtenido atacando por sorpresa una fuerza naval considerablemente mayor se malogró, porque los oficiales correntinos llevados del entusiasmo lanzaron antes de tiempo su grito de guerra, lo que advirtió a Hubac de la inminencia del peligro. Inmediatamente hizo tocar zafarrancho de combate y cuando los buques de Campbell se acercaron a la distancia de tiro fueron recibidos con un intenso cañoneo, siendo alcanzados los faluchos "Artigas" y "Oriental" por numerosos disparos que mataron a todos los oficiales, salvándose a nado el resto de la tripulación. Pero la lucha se equilibró porque los tres faluchos que quedaban a Campbell lograron asegurar con garfios a sus contrarios y saltando a su bordo los correntinos y guaraníes entablaron una terrible pelea con armas blancas que causó la muerte de casi todos los oficiales de ambas escuadrillas.

Las fuerzas correntinas tuvieron setenta y seis bajas de tropa y muertos el mayor Ramírez, el capitán Dolores Angel Méndez y cuatro ingleses (19). La escuadrilla porteña sufrió a su vez serias pérdidas, teniendo que retirarse hasta Punta Gorda. "Por tierra, dice el historiador Gómez, no fueron los sucesos más felices para Buenos Aires". (20) Dejando sus buques en Santa Fe, Campbell regresó inmediatamente al ejército, con sus indomables marinos correntinos y guaraníes, transformados de nuevo en jinetes.

---

(19) Parte de Campbell al gobernador Méndez del 29 de Dbre. 1819 Arch. de Corrientes.

(20) Ob y Cap. cits.

Desde San Nicolás, en territorio porteño, donde había concentrado totalmente sus tropas, avanzó el director Rondeau sobre los federalistas, que a su vez se adelantaron hacia el arroyo del Medio. Numéricamente se equilibraban ambos ejércitos; las ventajas del material y la organización estaban del lado de Rondeau, pero el espíritu que animaba a uno y otro era muy diferente. El ejército directorial más homogéneo por su composición cumplía sin entusiasmo, mecánicamente, la obligación que le era impuesta de defender Buenos Aires. Su aire de visible desánimo no era el más aparente para conducir una campaña victoriosa; por lo contrario, los federalistas a quienes unía en aquella empresa el fuerte lazo político de sus ideas, marchaban con gran resolución y entusiasmo.

La guerra comenzó con choques parciales a lo largo del arroyo del Medio. La caballería porteña, menos ágil y peor montada que su adversaria, era constantemente rechazada en las escaramuzas de reconocimiento con serias pérdidas de hombres y caballos. Campbell estaba siempre en la primera fila, combatiendo personalmente con su habitual arrojo, animando a sus hombres que, siguiendo su ejemplo, tan pronto hacían fuego como infantes o cargaban como jinetes.

Llegó así el año 1820. El cuatro de enero la columna derecha de los federalistas que era mandada por Campbell amenazó en dirección a Pergamino; el director envió contra ella una división ligera de caballería y cazadores de infantería montada, que vadeó el arroyo del Medio en su persecución. Campbell y López que le reforzó batieron en Los Manantiales a la columna porteña y la arrollaron con bastantes pérdidas, hasta que pudo ser protegida por

el grueso del ejército, que con su oportuna intervención la salvó de un desastre total. "El espíritu militar estaba tan apocado entonces, dice el general Mitre, que este contraste en que apenas se peleó, fué relatado como un gran triunfo en pomposos partes y ensalzado en los periódicos, publicándose en ellos con recomendación, los nombres de todos los jefes y oficiales que, desde comandante hasta alférez, habían concurrido a la jornada. Todo esto presagiaba una derrota". ([21])

Otros encuentros tuvieron lugar durante el mes de enero y a fines del mismo, Ramírez, después de oir a sus aliados, dejó su campo de Pavón y fué a colocarse al norte del arroyo del Medio. Rondeau, por su parte, dice el historiador López, "cuando sintió la aproximación del peligro marchó hacia la confluencia del cañadón de Cepeda con el arroyo del Medio, teniendo en vista que el terreno le era más favorable allí que en otra parte, para resistir al empuje de la caballería enemiga; pues que además de estar cerrado por los arroyos de Ramayo y del Medio, se componía de lomadas y albardones bastante pronunciados, donde podía colocar la artillería y la infantería de manera que dominasen el campo, y que sus fuegos pudiesen ofender eficazmente las masas de la caballería enemiga. Colocado allí podía también defender las entradas de la provincia y proteger a Pergamino, flanqueando o amenazando por la espalda a cualquier grupo considerable de montoneros (federalistas) que penetrare". ([22])

El treinta y uno de enero estaban frente a frente los adversarios. Durante el día se desplegaron y combatieron

(21) Ob y Cap. cits.
(22) "La revolución argentina". Cap. IX.

las guerrillas en misiones de reconocimiento. De pronto las hostilidades fueron suspendidas para la apertura de las negociaciones de paz iniciadas por Rondeau y aceptadas en principio por Ramírez, pero que a ningún resultado práctico condujeron.

En la noche los federalistas no permanecieron inactivos, porque notaron gran movimiento en el campo directorial, que lo mismo podía ser el apresto para combatir, que los preparativos de una retirada. En previsión de esto último, algunos escuadrones santafecinos se situaron al flanco derecho de Rondeau para impedir la marcha hacia San Nicolás, mientras otros irrumpiendo audazmente sobre el campo directorial le arrebataron la mayor parte de su caballada.

El alborear del primero de febrero encontró a los adversarios prontos para combatir. El ejército de Rondeau desplegado con frente al este se cubría con la cañada de Cepeda, apoyando la izquierda que mandaba el comandante Pedro Castellanos en una curva saliente de la cañada; el centro a cargo de Balcarce se componía de infantes y cañones, éstos en medio de aquéllos y la casi totalidad de la caballería comandada por Rondeau en persona constituía el ala derecha, teniendo a su frente un terreno despejado y propicio para maniobrar.

Los federalistas no habían adoptado su dispositivo de combate, sino que estaban formados en tres columnas a cuyas respectivas cabezas se veían a Ramírez, López y Campbell. El comandante en jefe Ramírez, que ya había dado muestras de suficiente pericia militar, efectuó con Carrera el reconocimiento visual de la posición enemiga, comprobando la imposibilidad de un ataque frontal contra

la infantería y artillería porteñas, defendidas por una corriente de agua y terrenos pantanosos. La decisión que en consecuencia tomó fué acertada. Por diferentes puntos y fuera del alcance de la artillería enemiga hizo vadear con los suyos la cañada de Cepeda, para colocarse sobre el flanco derecho y la retaguardia del ejército directorial.

Con su habitual impasibilidad e indecisión, Rondeau lo vió maniobrar sin moverse y cuando quiso hacerlo ya era tarde. Su ordenación táctica se dislocó; su izquierda pasó a ser derecha y viceversa; su centro se encontró con el tren de carretas adelante de las piezas de artillería, impidiendo sus fuegos y la acción combinada de las armas se confundió ante la audaz maniobra de Ramírez.

"A las ocho y media de la mañana se levantó una bandera colorada en el centro del ejército federal. A esta señal se oyeron los clarines de los Dragones de Santa Fe, los timbales de los guaraníes de las Misiones y las bocinas de los indios del Chaco, sonando la carga de los montoneros, en medio de gritos salvajes que atronaban el aire. López y Campbell, a la cabeza de la columna, cargaron sable en mano y a carrera tendida, sobre la caballería directorial, que los esperaba a pie firme. La infantería y artillería directorial, con una compañía de cazadores desplegada sobre su izquierda, abrió fuegos diagonales con el intento de contener las cargas; pero fueron ineficaces. La caballería porteña, al amago de la carga, se dispersó casi sin combatir, envolvió en su derrota al director supremo, y fué perseguida por más de cinco leguas en todas las direcciones, sufriendo considerables pérdidas entre muertos y prisioneros". ([23])

(23) B. Mitre. Ob. y tomo cits.

En esto consistió lo principal de la batalla; lo demás fué rápidamente liquidado. La caballería entrerriana conducida por Ramírez envolvió el ala que comandaba Castellanos destrozándola y luego se volvió contra el centro, pero allí encontró la más firme resistencia. Tuvo que volver Campbell después de la derrota de la caballería de Rondeau, para arrollar a la infantería, erigiéndose así en factor capital de la victoria. ([24])

La acción terminó con el incendio de los pajonales resecos por el estío que bordeaban la cañada, lo que impidió la continuación de la brega. Balcarce que se mostró en la oportunidad como un jefe sereno y con influjo en el ánimo de sus soldados, se retiró con la infantería, las piezas, las carretas de municiones y muchos dispersos de la caballería en la formación de columna; y cubiertos los flancos y la retaguardia de tiradores a pie, logró llegar a San Nicolás sin ser eficazmente hostilizado.

La noticia del desastre de Cepeda produjo el derrumbe de la institución directorial; el Cabildo de Buenos Aires asumió el gobierno y formó un cuerpo de tropas que denominó Ejército Exterior, poniéndolo a órdenes del general Miguel E. Soler. Sin perder de vista a Balcarce que quedaba con su columna sobre el Paraná, Ramírez, López y Carrera, a los que se unió luego el general Carlos de Alvear, avanzaron sobre la ciudad de Buenos Aires, pero Ramírez tuvo la idea de hostilizar al mismo tiempo la escuadrilla para que no pudiera embarcar las fuerzas porteñas escapadas de la batalla.

Al efecto mandó al incansable Campbell. Este, dice el historiador López, corría a Santa Fe, de allí a Goya, a

(24) "Dicc. Biográf. Contemp. Sud Americano".

tripular de prisa cinco lanchones con un batallón de indios Tapes reconocidamente bravos y venía inmediatamente con ellos aguas abajo, ocultándose en las islas para no ser sentido. El trece de febrero por la madrugada se arrojó de repente sobre el bergantín "Aranzazú", que era el buque de mejores condiciones que tenía la escuadrilla de los porteños y logró sorprenderlo con bastante felicidad. Mandaba allí dentro el capitán de marina D. Angel Hubac, hombre demasiado bravo para resignarse a la mala suerte que caía sobre él; pero tenía por fortuna suya una compañía de sesenta cívicos del segundo tercio, criollos belicosos y ágiles de los que llamaban entonces "compadritos". Así que el capitán sintió el ataque se puso en armas e incorporó su fuerza, casi mezclada ya y confundida con los asaltantes, trabándose en la cubierta del buque una pelea de cuerpo a cuerpo, a cuchillo y fusilazos, que fué una verdadera y horrible carnicería. Un cuarto de hora después Hubac y los cívicos habían triunfado: los Tapes habían sido literalmente destrozados y descuartizados; el segundo de Campbell, inglés también llamado Oliffrant, estaba degollado colgando de un mastelero con la cabeza pendiendo de los últimos músculos como de una cuerda atada al tronco. El resto de los Tapes, Campbell entre ellos, tirándose al agua, lograban alcanzar la ribera derecha e internarse en la campaña en busca de las partidas de Ramírez. Pero veintitrés cívicos y diez y ocho marinos yacían en la cubierta nadando en charcos espantosos de sangre; y el mismo capitán Hubac estaba postrado allí con las dos piernas destrozadas y con muchas otras heridas de que a los pocos días murió. [25]

---

(25) Ob. cit. Cap. IX.

Este combate librado en aguas de San Nicolás no fué adverso ni favorable para Campbell, que sólo tuvo diez o doce bajas más que su adversario y que perdió dos de sus lanchones. Pero, como el éxito de una acción táctica debe apreciarse por los resultados que produce en el conjunto de las operaciones, Campbell pudo quedar satisfecho de saber que una parte de sus propósitos se realizaban, pues dos días después el general Balcarce "para evitar nuevas tentativas que pudieran inutilizar sus recursos" se embarcó para la capital con su columna.

Los lanchones restantes remontaron el Paraná, fondeando en Santa Fe; Campbell y sus voluntarios correntinos y guaraníes se incorporaron al gobernador López, cooperando al asedio de Buenos Aires y en las operaciones militares que obligaron a su gobierno a suscribir el tratado de la Capilla del Pilar, el veintitrés de febrero de 1820.

Este convenio que fué en su texto y en su apariencia el triunfo total de las líneas federalistas de Artigas, resultó en su esencia el más completo éxito de la diplomacia porteña dirigida por Manuel de Sarratea, a la sazón gobernador de la provincia de Buenos Aires. Los caudillos que pocos días antes habían combatido juntos en el arroyo del Medio y Cepeda, y que en estrecha unión habían asediado Buenos Aires hasta obligar a su gobierno a la firma del pacto, se separaron profundamente disgustados. Ramírez sacó el mejor partido porque obtuvo abundantes armas y municiones, dinero y vestuarios de Sarratea, e inducido por éste marchó para Entre Ríos a combatir contra Artigas [26]. López acompañado de Campbell se

(26) B. Mitre. Ob. y tomo cits. Cap. XLIV.

retiró a su provincia en actitud pacífica, pero sin descuidar la vigilancia de la línea del arroyo del Medio.

El chileno Carrera se unió al general Alvear, para sostener con unos quinientos hombres armados las pretensiones del último a la gobernación de Buenos Aires.

Campbell llegó a Santa Fe donde anclaban los barcos que quedaban de su flotilla, se despidió del gobernador López con el que conservó las mejores relaciones y puso las proas para Corrientes, a cuyo puerto arribó en mayo de 1820.

ÚLTIMA ETAPA DE CAMPBELL.

Desde su regreso hasta el último mes del gobierno de Méndez, Campbell dedicó su actividad a la vigilancia del Paraná, patrullando constantemente para evitar las correrías de los indios abipones.

Las divergencias entre Artigas y el caudillo entrerriano Ramírez habían comenzado ya. Este sintiéndose apoyado por Buenos Aires se desligaba de la influencia de aquél, primero en la correspondencia inamistosa cambiada entre ellos, y luego, como Artigas quisiera reducirlo a la obediencia que debía a la liga federal, acudiendo a las armas. Victorioso en el primer encuentro de Las Guachas, el Jefe de los Orientales fué luego batido en La Bajada y sus tenientes en Sauce de Luna, Yaquerí, Mandisoví, Las Tunas y por último en Avalos y Cambay el mismo Artigas, que se retiró a la tierra paraguaya de su exilio definitivo.

El gobernador Méndez, aún cuando enviara en ayuda de los orientales dos escuadrones correntinos que comandaba Juan González Alderete, permaneció indeciso, con-

servando a su mando directo la mayor parte de las fuerzas de la provincia y la escuadrilla naval que Campbell había reorganizado. Su ayuda militar pudo haber dado el triunfo en aquellos momentos a la causa federal; su abstención y la derrota de ésta acarrearon su ruina.

Triunfante de Artigas, Ramírez marchó contra Corrientes. Mientras su ejército se acercaba por tierra, la escuadrilla entrerriana al mando de Manuel Monteverde reforzada por parte de la porteña, lo hacía por el Paraná.

Dónde estaba entre tanto la escuadrilla de Campbell? se pregunta el historiador Gómez. Y en seguida se contesta: "El comandante de marina era indiscutiblemente hábil. Conociendo la inferioridad de sus elementos, que sólo le darían la victoria aprovechando de una sorpresa o del apoyo de las fuerzas de tierra, había internado sus buques en el río Corrientes. Los soldados reunidos en Esquina no tenían otro objeto que el de tirotear la escuadrilla de Monteverde, pero reforzada ésta y sustituída su capitana la "Caraguatay" por el bergantín "Belén", pudieron los invasores dar la batalla. Prodújose ella el treinta de julio, cayendo en poder de Monteverde las embarcaciones de Campbell, consistentes en los lanchones "El Carmen", "La Victoria" y "La Correntina", armados cada uno con un obús de seis; la lancha número siete artillada con un obús de seis pulgadas y la número uno llamada "La Esperanza" con un pedrero. Campbell marchó por tierra a la capital". (27)

Ante el anuncio de este revés el gobernador Méndez resolvió entregarse. Desde San Roque, Ramírez dispuso el seis de agosto que se encarcelara a Campbell y "demás

(27) Ob. cit.

magnates, expresa textualmente la orden, que caigan por ese destino, posesionándose de los intereses de todos".

"El veintisiete de agosto, dice Mantilla, fué reconocida por bando la autoridad suprema de Ramírez; éste hizo su entrada en la ciudad el diez y nueve de setiembre, con seiscientos hombres. Ramírez arrambló con cuanto se titulaba poder público; capturó y encarceló a Méndez, Campbell y los principales instrumentos de ellos; embargó bienes; tratando en lo demás, hombres y cosas, con la altanería de un conquistador caprichoso, incauto y malo". ([28])

Aunque vencedor afortunado, Ramírez no era más que un gaucho de oscuro origen ([29]) y no había que esperar que fuera generoso con su antiguo aliado Campbell, el verdadero vencedor de Cepeda. Para congraciarse con el dictador del Paraguay, Rodríguez de Francia, le remitió engrillados a Campbell y a su propio secretario Juan Bedoya, paraguayo de nacimiento, bajo la custodia de su ayudante Villanueva y otro oficial, para que castigara en ellos los perjuicios causados al comercio de su país. "Pero el dictador hizo encadenar a los oficiales entrerrianos y se limitó a colocar los dos prisioneros bajo la vigilancia del comandante de la villa del Pilar, en la desembocadura del río Paraguay". ([30])

En efecto, el dictador Francia de quien la historia no consigna un solo rasgo de sensibilidad o de respeto a la dignidad humana, "admirado del valor o de la crueldad de Campbell le perdonó la vida, permitiéndole establecerse

(28) Ob. cit. parág. 118.
(29) Gral. Paz. Ob. cit. T. I.
(30) J. Bóglich. Ob. cit.; Rengger et Longchamp. Ob. cit.

en Ñeembucú (Villa del Pilar), donde volvió a practicar el oficio de curtidor hasta su muerte, ocurrida en 1832. ([31])

Pero la absolución de Campbell no fué tan espontánea como se afirma en las obras citadas. Francia hizo interrogar severamente a los acusados, y después de conocidos sus descargos dispuso que permanecieran detenidos en territorio paraguayo, ordenando al mismo tiempo que el ayudante Villanueva y el oficial que le acompañaba fueran encarcelados bajo incomunicación. ([32])

Probablemente no fué ajeno al perdón de la vida de Campbell el recuerdo de aquel episodio, ya narrado y que el dictador Francia por su extraordinario servicio de informaciones no debía ignorar, en que el original irlandés, después de una parodia de decapitación, sólo hizo cortar las trenzas de los tripulantes de dos pailebotes paraguayos y los devolvió a su país sin hacerles ningún daño.

UN AVENTURERO...

Se dice generalmente, para desprestigiar del punto de vista histórico al jefe de la escuadrilla artiguista del Paraná que fué un aventurero. Pero no se aclara cual de las diversas acepciones de ese vocablo es la que corresponde a las modalidades de Campbell y a su actividad guerrera y política, dentro del cuadro general de las luchas de Artigas contra el gobierno de Buenos Aires.

En el sentido militar y europeo la denominación de aventurero sólo indicaba al jefe de bandas colecticias que

(31) "Dicc. Biográf. Contemp." cit.; P. Lamy Dupuy. "Artigas en el cautiverio".

(32) J. Bóglich. Ob. cit. Cap. XVII.

hacía la guerra bajo una bandera de su elección, la de la tierra de su nacimiento o contra ella, a su propia costa, sin sujeción a orden ni disciplina, y cobrándose en robos, saqueos y exacciones los sueldos que los gobiernos o partidos le prometían y que, por lo general, no le pagaban. También era la denominación genérica de las agrupaciones de voluntarios irregulares de cualquier clase, que durante toda la edad media desolaron las diversas regiones de Europa.

La formación de los ejércitos nacionales o permanentes en el último período de la edad media y al principio de la moderna, concluyó definitivamente con las bandas armadas que aterrorizaron las poblaciones pacíficas y fueron la constante preocupación de los gobiernos, constreñidos a veces a transar con ellas en condiciones poco decorosas.

El tipo del aventurero que se extinguía en Europa apareció en América, desempeñando activo papel en las guerras de la conquista. Las expediciones españolas y portuguesas que la emprendieron contaron siempre con la compañía de voluntarios irregulares, tan numerosos o más que ellas. Fueron, por lo común, hombres a quienes complacía la vida errante y de aventuras de todo género, ociosos, sin profesión u oficio los más, que buscaban enriquecerse rápidamente, aunque algunas veces hubieran de batirse con los autóctonos, o entre ellos mismos, lo que hacían con singular fiereza y desprecio de la vida.

Movidos solamente por el afán de lucro, creyendo llegar cada uno al fabuloso El Dorado, sufrieron para alcanzarlo innúmeros peligros y terribles vicisitudes, los rigores del clima, las asechanzas de las fieras y de los animales pon-

zoñosos en las selvas vírgenes, y la privación de sus alimentos habituales en tierras que no los producían.

Cuando aquellos hombres pudieron realizar en todo o en parte su objeto, demostraron una voracidad y una falta de escrúpulos de que guardará memoria duradera la historia americana. Pero también esa clase de aventureros desapareció en el siglo segundo de la conquista, con el asentamiento del sistema colonial, la fundación de ciudades y pueblos y la creación de los organismos de gobierno municipal.

Campbell no perteneció a ninguno de esos tipos de aventureros. Traído al Río de la Plata por una expedición militar, que lo mismo pudo llevarle a otro continente donde Inglaterra hubiera tenido intereses coloniales, fué un soldado que no podía preguntar donde le llevaban, y no un desocupado en busca de aventuras personales.

Al ser dejado libre, o eludiendo el servicio de Inglaterra después de una derrota, esto no importa ni se sabe, se dedicó al trabajo; pero la revolución americana que sacó de sus hogares a todos los hombres válidos para las armas, le atrajo en su vorágine. Los gérmenes de valor, de energía, de voluntad que existían en su personalidad acentuadamente varonil, su aptitud para la guerra y el manejo de los hombres de armas se desarrollaron entonces; buscó apasionadamente el peligro, se arrojó a las más atrevidas empresas y dominando el Paraná desde la cubierta de sus pequeños barcos o cargando a sable al enemigo en las llanuras de Santa Fe, adquirió en la perspectiva histórica el perfil del protagonista de una leyenda.

Sus hazañas, la jurisdicción que ejerció por más de un lustro sobre el comercio en el Paraná y su gobierno de

Corrientes no le proporcionaron bienes de fortuna, que tampoco buscó. Se igualó así, en el desinterés, a su jefe Artigas, al que no vió más después de la caída política de ambos, pero con quien le unieron hasta la muerte el más firme afecto y la irrompible solidaridad en la idea republicana y federalista.

Y como Artigas debió Campbell buscar el sustento ejerciendo su humilde oficio en el Paraguay, lo que honra infinitamente más su memoria que si hubiera vuelto repleto de oro a su lejana tierra natal.

FIN

ÍNDICE

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRI-
MIR EN LOS TALLERES DE
A. MONTEVERDE & CÍA.,
EL 15 DE SETIEMBRE
— DE 1936 —

